
3 1761 06740327 9

APLAUSOS

Y

CENSURAS



BIBLIOTECA BASCONGADA

DE FERMÍN HERRÁN

TOMO 22

APLAUSOS

Y

CENSURAS

POR

FERMIN HERRAN

VOLUMEN SEGUNDO

BILBAO:

Imp. y Enc. de Andrés P.-Cardenal, Banco de España, 3, interior.

1898

PQ
6039
H47
v.2

691142
8.1.59

LIBROS Y AUTORES BASCOS

EL FUERO BASCONGADO

Y

JULIÁN ARRESE

I

Un vascongado, un hijo de este noble y privilegiado suelo es el autor del libro que vamos á reseñar.

Alejado de su hogar por las circunstancias de su vida laboriosa y agitada; en medio de una sociedad que agoniza, víctima del egoismo y la ambición de algunos, de sus hijos, ha visto con profundo dolor la inutilidad de los remedios empleados para curar los males de la patria y desesperanzado de que los hombres de hoy encuentren uno eficaz y poderoso, ha dirigido una mirada á su país, mirada suplicante y angustiosa, y ha encontrado en sus instituciones, en su admirable administración, el único é infatigable medio de curar las heridas de esta desdichada nación.

Ha visto en el régimen y gobierno de las provincias bascas las explicaciones de la felicidad y el bienestar relativos de este privilegiado rincón de España, y su corazón noble y caritativo, ajeno de cálculos egoistas, le ha hecho desear para su pobre patria la dicha, la tranquilidad de que aquéllas han gozado siempre. Deseo noble y elevado, pero que hubiera sido inútil si á él no se hubiera unido la voluntad firme y decidida de poner de su parte cuanto pudiera contribuir á realizarlo y ponerlo en práctica.

El Sr. Arrese (D. Julián) no se ha limitado á querer dar á la patria común el medio de que levante la cabeza, sacudiendo el marasmo en que yacía por culpa de bastardos ambiciosos, políticos intrigantes, sino que ha hecho más, se lo ha dado. Y se lo ha dado en la forma de un libro que, cual otro Jordán del siglo XIX, va á ser el manantial que limpie y purifique las llagas de la corrompida sociedad actual. Un libro que encierra un tesoro de doctrina, no nueva ni acomodaticia, sino sólida y antigua, como los solares del país en que se ha formado, y cuya práctica llevará á los pueblos que la profesen la ventura, la tranquilidad y la bienandanza de que aquél goza.

II

La centralización es la apoplegía en el corazón, la paralisis en las extremidades.

LAMEMNAIS.

Al poner el Sr. Arrese esta sentencia de Lamemnais, al frente de su libro, indica de una vez cuál es la causa de los males de la patria y cuál su remedio.

Es, á su entender, la centralización esa acumulación de fuerzas é individuos en un punto en perjuicio de los demás, lo que ha traído á España á la angustiosa situación en que se encuentra, y es cabalmente la descentralización, pero no una descentralización precipitada é insensata, sino la que sirve de base á las instituciones vascongadas, suizas y americanas, pero especialmente á las primeras, la que ha de servir de maravillosa panacea, de bálsamo regenerador y de eficaz preservativo á la madre patria.

En el fuero bascongado es donde el señor Arrese ve la explicación más gráfica y conveniente de la descentralización, y el fuero basco comparado con las instituciones suizas y americanas y con el gobierno centralizador de España, es lo que se propone presentar como la manera más práctica y factible de llevar á

las provincias los beneficios de la descentralización, aplicando á todas ellas la doctrina y las fórmulas del fuero bascongado.

Después de ocuparse, en la introducción, del método que piensa seguir en su trabajo, y manifestar de dónde ha tomado la materia para el mismo, haciendo incidentalmente algunas atinadas reflexiones acerca del tan debatido problema social de las relaciones que deben existir entre el capital y el trabajo con referencia á las provincias vascongadas, para hacer un paralelo entre el sistema centralizador ó absorbente y el descentralizador ó vascongado, en el cual, alternando las observaciones que sobre uno y otro sistema le sugiere el examen de cada una de las instituciones de que se ocupa, empleando casi siempre la forma interrogante y dialogada, viene á dar una idea sucinta y detallada de la división foral de la provincia de Alava, que escoge para tipo de su paralelo de su gobierno provincial, sistemas electorales, naturaleza y carácter de los cargos provinciales, con lo que deja ver claramente el organismo de la administración alavesa.

Al efecto de ir desentrañando, poco á poco, este organismo nada complicado ni misterioso, empieza por ocuparse de las provincias en general, autoridades que en ellas rigen, manera de despacharse los negocios provinciales,

número y elección de los funcionarios, división territorial, reuniones que celebran, centros de enseñanza, culto y clero, repartos por ayuntamientos, empréstitos, subvenciones, adquisiciones, mejoras, etc., que llevan á cabo con completa autonomía é independencia del Gobierno central, y sigue exponiendo las ventajas que con el sistema descentralizador reportan á las provincias los municipios bascongados, cuyos individuos son vecinos del pueblo y responsables ante el pueblo que los nombra.

Hace una comparación entre el municipio bascongado y los municipios de las naciones centralizadoras, en la que resalta, desde luego, la superioridad del primero sobre los últimos para el régimen y administración de los pueblos; superioridad que se funda principalmente en la independencia, iniciativa, libertad, administración económica y personalidad del municipio bascongado que se manifiesta en su elección, atribuciones y la autonomía con que ejerce sus funciones, delibera, proyecta y ejecuta sin intervención del poder supremo.

En el *capítulo primero* se ocupa de la división foral de la provincia de Alaba en concejos, ayuntamientos, hermandades y cuadrillas, cuya formación expone, así como el número de habitantes y pueblos que concu-

rren á completar los círculos ó regiones en que Alaba se encuentra dividida.

Ocúpase á renglón seguido con los concejos, su autonomía, atribuciones, ventajas que esta institución obtiene del sistema descentralizador y modo de formarse; trata de la formación del ayuntamiento en las poblaciones rurales, de sus atribuciones, que le hacen aparecer como un pequeño estado dentro de la provincia, intervención de todos los vecinos en la aprobación de los asuntos municipales; nombramiento de empleados, duración de sus cargos y fundamento de la prohibición de ser reelegidos; de las hermandades, objeto de su institución y modo de constituirse, atribuciones de las mismas y padres de hermandad; de las cuadrillas, su objeto y formas en que celebran sus juntas, terminando este capítulo con algunas luminosas y oportunas comparaciones entre el fuero alavés y las constituciones suiza y americana, indicando cuáles son las disposiciones que España debe adoptar para establecer un sistema descentralizador como el á que obedece la organización foral alavesa, que, como dice muy bien el Sr. Arrese, se se verifica «de abajo á arriba, porque las construcciones deben principiar por los cimientos.»

III

En el *capítulo segundo* presenta la administración bascongada en funciones activas, poniendo en movimiento la máquina foral; manifiesta la división de los cargos forales en amoviles y vitalicios, autoridades forales que gobiernan la provincia; Junta general, Junta particular y Diputación general; grupos que constituyen el Senado consultivo, el Consejo provincial y la plantilla de empleados, indicando los elementos que los forman, misión que desempeñan, costumbre generalmente observada en la representación de los procuradores y emisión de su voto, número de hermandades representadas, de procuradores reunidos en junta y de votos que concurren al Congreso alabés, división de las Juntas generales, época de su convocatoria y reunión y distinta manera de celebrarse en las tres provincias hermanas, todo lo que sirve al señor Arrese para hacer una profunda comparación entre las naciones centralizadas y el país basco.

Continúa exponiendo el punto en que se celebran las Juntas generales ordinarias, que varía en la legislación de Mayo, y en la de Noviembre es Vitoria, manifestando las razones que existen para hacerlo así y comparan-

do este sistema con el de los reinos centralizados, cuyos congresos se reunen constantemente en la capital de la nación.

Pasa en seguida á exponer los asuntos que competen al Congreso alavés, que comprenden todo lo que es materia de la administración en las naciones centralizadas y las prescripciones reglamentarias del mismo, significando que en la elección del presidente y nombramiento de secretario nunca puede haber lugar á crisis y conflictos, efecto de la sabia y prudente organización del Congreso.

Al ocuparse de la libre iniciativa del procurador alabés, hace ver la ventaja que resulta de este sistema sobre el de que las proposiciones sean autorizadas por las secciones, lo cual hace al Gobierno central árbitro de la libertad de los diputados, pudiendo admitir ó desechar sus proposiciones, estén ó no fundadas en razón.

Reseña luego el sistema observado por la asamblea alabesa en su primera sesión, en la que el Diputado general lee el discurso de reglamento, los procuradores y alcaldes de hermandad prestan juramento con arreglo á formulario, la junta particular informa sobre los poderes de los procuradores que asisten por primera vez, se da cuenta del sorteo de los asientos, hecho por la Junta; y ocupados éstos por los procuradores y alcaldes de her-

mandad se declara constituída la Junta general con dos terceras partes de los cuarenta y seis procuradores con obligación perpetua.

Ocioso fuera decir que todo esto sugiere al Sr. Arrese brillantes comparaciones entre el fuero alabés y las constituciones supradichas, después de lo cual señala la misión que la Junta particular y general de Alaba ejercen en la Asamblea alabesa, añadiendo que ésta no es soberana porque el fuero no reconoce parlamentos omnipotentes.

Y continuando su trabajo detiénese á exponer el número y objeto de las comisiones, misión y carácter de cada una y procedimiento empleado por la Junta después de nombradas aquéllas.

Pone luego en parangón su sistema de contribución directa eminentemente descentralizador, con el señalado en la constitución española de 1812 y el empleado por las naciones centralizadas, así como la deuda pública en esta y en la provincia de Alaba, sentado la siguiente profunda máxima que deben de tener en cuenta los políticos del día: *democracia con deudas es lo mismo que libertad con cadenas.*

Continúa exponiendo la duración de las Juntas generales de Alaba, número de sesiones que celebra, límite del período de cada legislatura, medida que tiene por objeto evi-

tar el parlamentarismo ó abuso de la palabra porque las hermandades pagan dietas á sus procuradores. Los bascongados, dice el señor Arrese, no necesitan grandes discursos para administrar sencillamente al país.

Sigue manifestando los casos en que la provincia de Alaba celebra Juntas generales extraordinarias, modo de formarse éstas, á quién corresponda su convocación, lugar donde se celebran y duración de las mismas.

Viene luego á ocuparse detenidamente de la Junta particular, su misión, división de sus sesiones, objeto de la misma y trámites establecidos por el fuero para legalizar sus actos; del Diputado general Maestre de Campo y Comisario, su misión y atribuciones; forma en que se reunen las Diputaciones de las tres provincias, convocación de estas reuniones, atributos esenciales del Diputado general y esfera de acción de esta autoridad; asambleas ó círculos alabeses, padres de provincia, consultores y sus obligaciones, escribanos-secretarios y las suyas, principales empleados de la Diputación,—en número de siete—y sus auxiliares, cuyo jefe es el Diputado general, sistema que observa la administración foral en el despacho de los negocios según que estos sean importantes, graves, gravísimos, urgentes y trascendentales, reglamentos vigentes del gobierno interior de Ala-

ba, terminando el capítulo con la indicación de la forma en que podría generalizarse en el resto de España la descentralización bascongada, no sin manifestar que ese conjunto de asambleas independientes que comprende la administración alabesa puede reducirse á la siguiente fórmula: *Federación, democracia; gobierno del pueblo por el pueblo,* DESCENTRALIZACIÓN ADMINISTRATIVA.

IV

En el *capítulo tercero* se encuentran perfectamente detallados los sistemas electorales, en que tan fecundo es el fuero de Alaba, como basado en la descentralización, dánse en él á conocer las condiciones de elegibilidad, que son, principalmente, la naturaleza, vecindad, legitimidad y mayor de edad; las excepciones ó incapacidades, entre las que se cuentan las de los empleados por los inconvenientes que de lo contrario resultan, y porque según un refrán antiguo *el que sirve no es libre,* toda vez que la compatibilidad entre un cargo cualquiera y el ejercicio de su empleo, destruye la independencia y la imparcialidad del procurador.

Al ocuparse de la excepción de los eclesiásticos se expresa así: *los clérigos, según el fuero, no deben ser republicanos, ni absolutistas ni blancos, ni negros. Mezclar en monstruosa*

amalgama la idea religiosa con la política, el espíritu divino con la naturaleza humana, la moral cristiana con las ambiciones y pasiones mundanales, es convertir las creencias en vil granjería, para desprestigiar á la vez la religión y el sacerdocio.... El sacerdote verdaderamente cristiano, lejos de poner su influencia al servicio de banderías recuerda las palabras del Redentor: MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO. Este precepto prohibitivo impuesto al sacerdocio—dice á continuación—significa la independencia de la *Iglesia* y del *Estado:* la Iglesia libre y el Estado libre. Jesús, anunciando una de las más grandes revoluciones políticas, dijo: *Al César, lo que es del César;* el fuero, repite, realizando la forma iniciada por el Divino Maestro: *al César lo que es del César.* Cuántos conflictos, cuántas perturbaciones se evitarían si el precepto cristiano fuese universalmente observado. En las tres provincias bascongadas rige este precepto, y el fuero de Guipúzcoa, después de afirmar «no ser conforme á la calidad del estado eclesiástico el introducirse á gobiernos de materias políticas, meramente seculares» dice: «Ningún clérigo podrá ser procurador de juntas: si no obstante esto, fuese nombrado ó enviado á juntas, no será recibido en ellas, y el pueblo poderdante pagará de multa 10.000 maravedís.» En las Ordenanzas municipales de la villa de Tolosa

(Guipúzcoa), se lee el párrafo siguiente: «El elector para cargos concejiles, que al ir á votar, se encuentre con un clerico, y hable con él, pierde el derecho de votar por aquel año.»

La confederación helvética, los estados americanos presentados continuamente como modelos de pueblos libres, al establecer la doctrina del fuero bascongado, en este punto, hacen iguales ó parecidas consideraciones, al contrario de lo que se observa en las naciones centralizadas, en las que los clérigos son elegibles para los cargos de diputado, senador y miembro del poder ejecutivo, interviniendo simultáneamente en asuntos espirituales y temporales, y el estado á su vez interviene en la esfera espiritual, colocando al clero bajo la dependencia del gobierno con lo que la confusión civil y eclesiástica es inevitable.

El elemento civil es el predominante en el gobierno foral de Alaba, siendo tan respetado este principio, según dice el señor Ortiz de Zárate, que las Ordenanzas de Ayala disponen «que si algunos concejales por ser militares ú otras causas pueden usar de uniforme han de vestir de negro ó paisano, y dejar el bastón, cuando asistan á las sesiones del Ayuntamiento.» Creemos, añade el señor Arrese, que difícilmente se presentarán entre todos los sistemas políticos conocidos, leyes de incompatibilidad en sentido más radical y

absoluto, no cabiendo mayor perfección en la serie foral de incompatibilidades parlamentarias.

Al manifestar la manera de nombrarse los procuradores, deja ver claramente la libertad que existe en las elecciones que no se verifican de un modo igual en unas hermandades que en otras, ni los electores son los mismos, dando por razón de esto el derecho inconcuso que á la hermandades asiste para nombrar procuradores toda vez que, no afectando este asunto, en bien ni en mal, al estado ni á las provincias, sólo á las respectivas localidades ínteresa; *hé aquí la variedad en la unidad,* contrastando con la uniformidad, signo característico de la centralización, cuyos efectos son establecer la tutela indefinida, sometiendo todas las localidades á leyes generales é inflexibles que no se acomodan á las diversas necesidades de pueblos diferentes. La variedad es la vida, la uniformidad es la muerte, decía Benjamín Constant.

Prosigue indicando la duración del cargo de procurador de hermandad, legislaturas que comprende, renovación de la junta general, prohibición de las elecciones, el número de votos de cada hermandad, en lo que están perfectamente igualadas, evitando así que las pequeñas sean absorbidas por las grandes, nombramiento de la junta particular y de la

comisión de contadores, condiciones de elegibilidad para el cargo de compromisario y modo de hacerse la elección, orden de preferencia en la junta particular, turno de las cuadrillas, razones por las que una sola persona ejerce la Diputación general ó poder ejecutivo, duración del cargo y época y lugar de la elección, forma de la misma, sistemas y casos en que se emplean, acuerdos que deben tomarse en los casos de no elección ó empate, causas por las que el fuero rechaza la elección de diputados generales por sufragio universal directo, porque de otro modo la elección resultaría en beneficio de ambiciosos, dando lugar á cabildeos, intrigas y farsas indignas y pudiendo llegar á producir la guerra civil, todo lo cual perfectamente evita el fuero bascongado.

Extiéndese después en consideraciones sobre la inconveniencia del sufragio universal directo, pasa á indicar los requisitos que exige el fuero para que la Junta general apruebe en Alaba los dos diputados electos, quiénes son elegibles para estos cargos, incompatibilidades para desempeñar el mismo, clases incapacitadas foralmente, para ejercerlos, excepciones de las mismas y peligros que ofrece la confusión de poderes.

Avanzando en su tarea de desenvolver el organismo foral alabés, indica brevemente las

particularidades que ofrece la organización de las tres autoridades forales—Procuradores, Junta general y Diputado—quién nombra los padres de provincia y circuntancias que se exigen para obtener esta distinción honorífica, trata después de los consultores, su nombramiento y cualidades que deben reunir los nombrados, de los secretarios y las suyas, de los empleados y sus incompatibilidades, sistemas electorales vigentes en la asamblea alabesa, turnos forales, su significación; ventajas y conveniencias, y termina el capítulo tercero manifestando á quién corresponde el nombramiento de todos estos funcionarios y el de los miñones, peones camineros y otros cargos de corta importancia enumerados en los reglamentos.

V

El capítulo cuarto es, sin duda, el más importante, toda vez que habiendo en los anteriores analizado, pieza por pieza, el mecanismo gubernativo alabés, organizado y dado vida á la administración provincial, construído y puesto en movimiento la máquina foral, dáse en este á conocer la calidad de los materiales que entran en su formación.

Ocúpase de la naturaleza y carácter de los cargos provinciales, que, teniendo un espíritu

exclusivamente local—puesto que, recayendo en vecinos de la provincia, siendo nombrados é indemnizados por ésta y responsables ante la misma—son conforme á los principios democráticos aplicados á la organización de las autoridades forales: insolicitados, electivos, obligatorios, juramentados, indemnizados, temporales, irreelegibles, responsables y revocables.

Exponiendo las razones que militan en pro de tan sabias prescripciones, manifiesta el señor Arrese, cómo el fuero alabés prohibe pretender la procuración de hermandad y diputación general, cuya pretensión convierte al que la formula en humilde pretendiente, le crea compromisos particulares con los electores, compromisos tal vez opuestos á los intereses generales y permanentes del país, y despoja á la autoridad de la independencia moral que necesita para desempeñar dignamente su misión, sembrando prodigiosamente la corrupción y la inmoralidad, en fomentador de la cual se convierte desde el instante en que pretende. Por eso el fuero declara estos cargos insolicitables y considera inmorales los trabajos é intrigas electorales, porque, como dice muy bien el Sr. Arrese, «el buen paño en el arca se vende» y «no se mueven grandes masas de electores sin gastos considerables». El pais bascongado es el único en

el mundo en que rige una ley tan sabia y previsora.

Los cargos forales son *electivos,* porque el país, que tiene derecho á elegir libremente sus gobernantes, como nombra un particular el administrador que más confianza le inspira, se somete sin repugnancia á las autoridades que ha elegido. Y en vano es que el ejemplo de las naciones en que rige el sistema electivo, nos presente la disolución social como producto de la intriga y la corrupción, vicios inherentes á los sistemas electivos, porque el representante del poder ejecutivo en el país bascongado no tiene presupuesto que repartir, ni medios, por consiguiente, de crearse partidarios, porque los empleados son inamovibles; no cobra cantidad alguna para gastos secretos, porque en el gobierno foral todos los gastos son públicos y no tiene derecho á cesantía porque la ley bascongada no reconoce los derechos pasivos.

Los cargos forales son obligatorios é irrenunciables, por lo tanto, excepto el de Diputado general, que puede renunciarse mediando justa causa, apreciada por la asamblea; ley que obedece al principio de que cuando el poder no es goce sino deber, como sucede en el gobierno bascongado, es necesario declarar forzosos los cargos públicos, porque los ciudadanos están obligados á servir al

pueblo, y el fuero bascongado, para no hacer ilusoria esta obligación, impone á los rebeldes multas que varían de dos mil á diez mil maravedís. Además, la irrenunciabilidad produce libertad en las discusiones, evitando crisis, derrotas y cuestiones de gabinete.

Todos los que ejercen cargos amovibles en la asamblea alabesa deben prestar juramento de fidelidad en la misma, cuya forma satisface la necesidad de reconocer por medio de solemne promesa la legalidad común, sin que impida las discusiones y reformas legales, como no impide las insurrecciones armadas *contra las arbitrariedades y perjuicios del poder.*

Los cargos provinciales son remunerados, evitando de este modo las oligarquías en beneficio de las clases acomodadas, porque los servicios gratuitos son generalmente sospechosos y todo servicio público debe ser retribuído, no en cualquiera forma, sino en la de indemnización, que es la que emplea el fuero bascongado. La Junta general señala el importe de las dietas que perciben los procuradores, que varía según las costumbres y recursos de cada hermandad, y tienen también el carácter de indemnización.

El fuero bascongado no concede cesantías ni pensiones á las autoridades forales y sus familias, porque no reconoce en los gobernantes derecho á percibir cuando ha cesado el

deber de trabajar, disposición común á los estados suizos y americanos, á diferencia de lo que sucede en las naciones centralizadas, en donde, faltando buenas leyes de incompatibilidades, el legislador-empleado, contratando consigo mismo, concede cesantías al empleado-legislador.

Las autoridades forales son amovibles, haciéndose los nombramientos á plazos cortos y renovándose por períodos determinados, que no pueden prorrogarse, ni aun por medio de reelección. De este modo se evita el que los que ejercen cargo sin tiempo limitado puedan preparar anticipadamente la continuación en los mismos, abusando de sus facultades; se evitan asimismo las oposiciones sistemáticas, turbulentas y ambiciosas, que arruinan al país, imposibilitando la marcha regular y ordenada de la administración.

Los que desempeñen cargos forales en la provincia de Alaba no pueden ser reelegidos sin mediar el hueco de otra elección, medida que impide todo cuanto queda dicho sobre delitos electorales y funestas consecuencias de los mismos, habiéndose mostrado siempre la opinión pública en el país basco contraria á la reelección.

Las autoridades forales son responsables ante el pueblo que las elige, principio saludable que garantiza los derechos del ciuda-

dano y por consiguiente revocables, porque siendo el pueblo dueño absoluto de sí mismo, puede deponer las autoridades cuando violen las leyes del país ó cuando excedan el límite de sus atribuciones, como puede variar de administrador el propietario que ve desatendidos sus intereses.

He aquí el secreto de la prosperidad del pueblo bascongado: *hacienda, tu amo te vea; el ojo del amo engorda el caballo; más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.* La independencia y libertad del país basco ó sea la autonomía provincial, se funda en estos refranes, expresión universal del buen sentido, realizándose la administración de la provincia por la provincia, el gobierno del pueblo por el pueblo, punto objetivo de la democracia, verdadera palanca de Arquímides que removerá todos los obstáculos para producir tarde ó temprano la victoria del trabajo sobre la ociosidad.

Hay, sin embargo, en la provincia de Alaba, cargos vitalicios é inamovibles, como son los padres de provincia, consultores y empleados. Los primeros, respetables por su edad, independencia, sadiduría, patriotismo y práctica en los asuntos del país, forman un cuerpo consultivo que pudiera llamarse senado provincial, *como los padres de Hermandad, constituyen en otro círculo el senado municipal.*

Los abogados consultores, tan instruídos en la ciencia del derecho como en el régimen foral, forman otro cuerpo consultivo, esencialmente científico, también inamovible, satisfaciendo la necesidad de conservar funcionarios cuya única profesión se limite á tener constantemente á la vista la constitución foral, y constituyendo el elemento conservador que consolida y conserva las reformas que introduce el elemento impulsivo representado por las autoridades amovibles.

Los empleados son también vitalicios, lo que hace que se instruyan y se moralicen, lo primero adiestrándose extraordinariamente con la repetición de actos, en el desempeño de su cometido, y lo segundo con la posesión tranquila y pacífica de su destino. Además la inamovilidad ahorra á las autoridades un tiempo precioso que pueden dedicar al estudio y resolución de los negocios, en vez de invertirlo en variaciones sobre personal; cierra las puertas á las cesantías; mata el favoritismo, la empleomanía, la ineptitud la indolencia, el espíritu intrigante y la corrupción administrativa.

VI

Termina el libro del señor Arrese, con un breve resumen, en el que después de señalar

los más graves defectos del sistema representativo moderno que califica de BANDOLERISMO LEGALIZADO, dirige una rápida ojeada sobre lo que deja expuesto, haciendo al reasumirlo una comparación entre el fuero bascongado y los gobiernos modernos, é ilustrando sus proposiciones con ejemplos sacados de la historia en los que siempre lleva la mejor parte el primero, aun en aquellos casos en que se les pone en parangón con los pueblos suizo y americano que los hombres del día presentan como modelos de pueblos libres.

El trabajo que acabamos de reseñar no es, como muchos han creido, un mero compendio foral, toda vez que, existiendo como existen, otros de no escaso mérito, que el pueblo conoce y consulta, no podríamos afirmar la necesidad á que aquél responde, ni la oportunidad que desde luego le hemos concedido. Es una brillante apología del fuero bascongado hecha de modo que obliga y seduce, esto es, que disponiendo de argumentos incontrastables y una lógica inflexible, lleva al entendimiento más preocupado y menos dispuesto á creer, la convicción más profunda y permanente, como que se basa en la única é indiscutible verdad, en la experiencia; y á la voluntad más refractaria y tenaz, la persuasión íntima de la virtud, conveniencia, sencillez y universalidad del fuero bascongado.

Ya en otras ocasiones han intentado hombres eruditos, dignos y honrados patricios, beneméritos de la provincia de Alaba, dotar á su pueblo de un compendio ó manual, donde estuviesen comprendidas las prácticas forales y señalados los sistemas de gobierno, los fueros y franquicias del pueblo basco y sirviera al mismo tiempo que de instrucción de pauta y norma segura para que pudiese usar de sus derechos sin separarse de sus deberes, pero, quizás, considerando innecesario el que pueblos extraños tuviesen conocimiento del régimen foral bascongado, tal vez suponiendo que bastaba el conocimiento desnudo de nuestras leyes sin comentarios que ilustren y expresen su razón de ser, las necesidades á que responden y fines á que conspiran, hicieron únicamente una cartilla foral en la que sólo podía admirarse el fuero en toda su sencillez, comprendiéndose exclusivamente de su lectura que éste era bueno, pero sin hacerse cargo de las ventajas que obtenían sobre todos los sistemas de gobiernos conocidos.

El pueblo euskaro necesitaba más, necesitaba conocer y darse cuenta de los principios que presidieron á la formación de sus leyes seculares, necesitaba exprimir la esencia de las máximas saludables que en ellos se encierran, necesitaba, en fin, conocer el fuero y

gustarlo, entender y sentir, pensar y raciocinar y á éste fin va encaminado el libro del señor Arrese, que con un tacto sin igual ha conseguido, afortunadamente, dotar á su pueblo de ese libro que tanto echaba de menos y que tan indispensable le era, en efecto.

Pero no era este el único propósito del señor Arrese; alabés y español no ha considerado incompatibles estas dos cualidades y desnudo de egoísmo y lleno de la más noble intención, ha creído que podía muy bien hacer á su patria general el donativo del tesoro que la patria particular ponía á su disposición, toda vez que, no mermándose éste como no se merma el fuego al comunicarse, ni la ciencia al extenderse, y redundando más bien este hecho, en gloria de su primera y más querida patria, no podía ser acusado de prodigarlo á manos llenas en perjuicio de quien á él tenía un derecho basado en la posesión de cinco siglos y medio.

El señor Arrese ha demostrado, con su libro, que conoce el fuero bascongado, no de una manera superficial, sino profunda y concienzudamente y quien le mire sustituirse en las personas de los dignos patricios que formularon el fuero y de los que le escribieron, creerá, sin duda, que el señor Arrese debió tener alguna noticia directa de estas personas, toda vez que no podemos atribuirle la cuali-

dad de adivinar lo pasado ni suponerle contemporáneo suyo. ¡Tan maravillosamente interpreta las virtudes y sentimientos que debieron dar origen á nuestras admirables leyes!

No es menor la erudición que muestra el Sr. Arrese, haciendo aplicación á la tesis que presenta de las diversas épocas y fases de la historia, en las que los pueblos conmovidos por las escenas populares y guerras extranjeras, azotados por las tiranías y las calamidades públicas, víctimas hoy del despotismo, mañana de la anarquía; pobres, estenuados é intranquilos, hubieran encontrado un remedio á sus males con la aplicación de las instituciones bascongadas, merced á las cuales, el pueblo en donde han regido, se ha visto y se verá libre de tan sanguinarios y crueles azotes.

Por eso el Sr. Arrese, condolido de los males de la España, y de ver que, en vano se buscaba su remedio, ha querido aplicar, como el único é infalible, el de la adopción del sistema foral bascongado, y bajo este concepto sus méritos son dobles y la gratitud que se le debe es inmensamente grande, aunque por otra parte la apatía y la indiferencia hayan impedido que se manifieste ó bien el pueblo alabés haya creído que el Sr. Arrese al dar á luz su recomendable obra, no haya

hecho otra cosa que *cumplir con su deber.* ¡Tal es la creencia de los bascongados, de que nada se debe al que hace un beneficio, toda vez que se encuentra suficientemente pagado con su satisfacción interior y el aprecio de sus conciudadanos! Lástima grande es, por otra parte, que el Sr. Arrese no pueda llevar su voz, intérprete de tan santas doctrinas, al santuario de las leyes, porque allí, en una asamblea compuesta de los representantes de todas las provincias, la propagación de las mismas sería más rápida y eficaz y la nación entera los acogería con aplauso, cumpliéndose así los laudables propósitos del señor Arrese, que sólo hubiera necesitado para ello los sufragios de sus conciudadanos.

Para terminar. El libro del Sr. D. Julián Arrese, no es una obra recreativa y sin embargo encanta y seduce á la imaginación; no es una obra de ciencia y á pesar de eso sus principios son universales y fijos. Escrito en lenguaje claro, correcto, natural, sencillo y castizo, en un estilo ameno y agradable, es un tratado de lógica foral que ni cansa ni fastidia, que eleva del suelo á sus causas y desciende á sus consecuencias; que enseña y persuade, instruye y deleita; entrañando un sentimiento de noble vanidad y de acendrado patriotismo y que será, á no dudarlo, un monumento que las generaciones legarán como

preciosa herencia de un hombre que, usando de su talento y aplicación poco comunes, expone el fuero, lo compara con los demás gobiernos, para deducir numerosas reflexiones que apreciarán en lo que valen cuantos lean la *Descentralización Universal* ó *El Fuero Vascongado* de D. Julián Arrese.

*
* *

Julián Arrese tenía una inteligencia clara, una reflexión profunda y una ilustración general muy escogida. No podemos decir que poseía una erudición vasta y especial sobre determinados estudios, pero, cuando le sorprendió la muerte había llegado á adquirir un dominio y un conocimiento profundo sobre determinadas materias económicas y sobre la ciencia política y mostraba gran afición á las instituciones del país basco, que amaba con verdadero cariño filial.

Arrese había nacido en Vitoria en Diciembre del año 1829, teniendo al fallecer el 26 de Abril de 1876, 46 años.

Dedicado en sus juveniles años al arte de la música y á la profesión del comercio se hizo notar por sus rápidos progresos en aquél, habiendo llegado á tocar el primer violín, en compañías de ópera, en el coliseo de esta población á la edad de 11 años, ejecutando muy

regularmente el piano y componiendo para dicho instrumento y canto, para orquesta y bandas militares varias piezas ligeras, de sumo gusto, que se han tocado en nuestro teatro y en nuestro paseo de la Florida, sobre todo, en la época en que estuvo por primera vez de guarnición en Vitoria el regimiento de América, á cuya brillante banda de música dedicó algunas de sus composiciones.

Compartiendo su afición á la música y al comercio, con la que al mismo tiempo manifestaba á otra clase de trabajos, se consagró á las matemáticas y á la astronomía, con tal intensidad que su salud se resintió gravemente y se hizo necesario para recobrarla que abandonase por completo el estudio, durante una larga temporada, teniendo que someterse á un severo régimen facultativo.

Estudió también, por sí mismo, la taquigrafía, que llegó á poseer perfectamente, y no sólo obtuvo este resultado, sino que simplificó muchísimo el arte taquigráfico, habiendo escrito un manual dispuesto en nueve lecciones, por el que enseñó á varios amigos suyos, de los que alguno vive aún entre nosotros y puede atestiguar la verdad de nuestras palabras.

Se dedicó también con grande empeño y muy lisongero éxito al estudio de la frenolo-

gía, y colaboró en varios periódicos de Barcelona, escribiendo artículos que le valieron las más expresivas felicitaciones del propagador de aquella ciencia en España D. Mariano Cubi y Soler, y de otros distinguidos frenólogos de la capital del Principado.

Abolido el privilegio del observatorio astronómico de San Fernando para la publicación del calendario, utilizó *Julián Arrese* sus conocimientos matemáticos y astronómicos para componer un almanaque, que fué el primero, dado á luz por un particular, pues se anunció su venta uno ó dos meses antes de que apareciesen otros debidos á la iniciativa y al trabajo individuales.

Habiéndole hecho desistir por completo de la carrera del comercio su vocación irresistible á otro género de estudios y ocupaciones, se trasladó á Madrid hacia el año 1861, y obtenida una digna y honrada colocación en la compañía de seguros contra incendios *La Unión,* ha venido consagrándose por espacio de catorce años, con el mayor celo é inteligencia, al servicio de dicha Sociedad, sin descuidar por eso el cultivo de otros estudios en las horas que le dejaban libre las atenciones y deberes de su cargo. Entre las tareas que desempeñó en servicio de *La Unión* fué una la de haber sido redactor único del *Boletín oficial del porvenir de las familias,* de cuyos

negocios se hizo cargo aquella Sociedad. Nos consta que también formó parte de la redacción de un periódico semanal extraño á los intereses de *La Unión,* dedicado al estudio de cuestiones económicas, y sabemos igualmente que aunque no llevan al pie firma alguna, se debe á su aplicación y talento multitud de artículos brillantísimos, publicados en diferentes periódicos, y de los que sólo citaremos como muestra el que bajo el epígrafe de *La deuda pública y el impuesto* vió la luz en la *Gaceta de los caminos de hierro* cuando el crédito de la nación estaba amenazado de muerte, bajo la desastrosa influencia de las ideas económicas que llegaron á privar en los momentos más críticos por que, tal vez, ha pasado nuestra patria durante el período republicano.

El último artículo escrito por *Julián Arrese* apareció en *La Voz de la Caridad,* correspondiente al día 1.º de Enero del año que murió. Es un verdadero himno inspirado en un sentimiento de gratitud inmensa hacia una benéfica institución que existe en la capital de España bajo el nombre de *Siervas de María* y que prestó un servicio propio de su instituto á la familia del Sr. *Arrese,* asistiendo en una gravísima enfermedad á su niña Elena. *Julián Arrese* dió á luz varios folletos sobre asuntos relacionados con sociedades de crédito, y en-

tre ellos recordamos uno muy extenso en que hace un estudio comparativo de los sistemas de seguros mutuos á prima fija, de los que no nos ocupamos hoy, contentándonos con decir que están escritos tan concienzudamente como todo lo que salía de su correcta pluma.

Pero su obra maestra, el hijo mimado de su ingenio, digámoslo así, fué el libro que consagró á su país querido, en momentos bien tristes y peligrosos, con el título de *La Descentralización universal ó el Fuero vascongado.*

A este libro, en que *Julián Arrese* encerraba á la vez el cariño hacia su tierra querida y el amor hacia su obra más preciada, consagró sus últimos momentos y á su mejoramiento vivía consagrado cuando le sorprendió la muerte. Dejó preparada una segunda edición con aumento y mejoras notables, que publicará su hermano D. Daniel, el sabio catedrático de árabe de la Universidad de Sevilla y cada día más entusiasta vitoriano, acompañada de un concienzudo prólogo. En las cuartillas de esta segunda edición se trata magistralmente de la deuda pública y su amortización y de la manera de contratar empréstitos, presentando además un proyecto de constitución política llamado á fijar extraordinariamente la atención del público; incluyendo á manera de epílogo ó apéndices el juicio que esta obra mereció á la prensa de

provincias, altamente favorable para su autor, pues infinidad de periódicos de todas las capitales le aplaudieron con entusiasmo, contrastando con tan justa conducta la inicua de la prensa de Madrid, que no se ocupó de él, si se exceptúa la importante *Revista de España*.



EL ROMANCERO DE NABARRA

(Primera serie del basco-nabarro), por don Hermilio Olóriz, con un prólogo de don Manuel Valcárcel.—Pamplona 1876.

Acabo de terminar la lectura de este libro, primera serie de otros que han de constituir un *Romancero Basco-Nabarro,* y todavía no me doy cuenta ni me explico satisfactoriamente la grata impresión, el entusiasmo más bien, que en mi ha despertado. No es, de seguro, la sublimidad del objeto, aunque bien pudiera por tocar casi los límites de la misma; ni la perfección del desempeño, que no decae ni se debilita, en todo el curso de los tres poemas ó episodios que contiene este libro; ni lo maravilloso del conjunto; ni la riqueza y propiedad de los detalles, aunque este no sea el menor de sus méritos; ni la novedad del asunto; ni su relación con cosas ó sucesos que merezcan á cualquiera afición ó simpatía extremada.

Nada de esto es, y si he de manifestar lo que en su vista he experimentado, juicios é impresiones, me será forzoso investigar, dedu-

ciendo de aquí y de allá el por qué de mi regocijo, al leer esta obra.

Hermilio Olóriz es un poeta, aunque hasta ahora jamás habia publicado versos, y tiene una gran cualidad para serlo; ama á su patria, se recrea con sus glorias y se complace en cantarlas.

Admirando las grandes tradiciones de su país, se inspira naturalmente en las mismas; los detalles no son fingidos, la historia se los presenta generosamente, porque los hechos que él canta están escritos en el suelo que tantas veces ha pisado.

Como el pintor en su paleta tiene colores para todos los objetos, y sabe, mezclándolos discretamente, producir los efectos de la luz y sombra, los tonos y relieves, los muros y paños, *Olóriz* posee, en su robusta inspiración, todos los registros, desde el que responde á la invocación tierna y sentimental á Dios, á la patria ó al amor, hasta el que se resuelve en violento apóstrofe, ruda descripción, ó salvaje acometimiento.

Y ahora comienzo á darme cuenta del efecto que su obra me ha causado. He visto, en primer lugar, el poeta tal como me lo figuraba, con inspiración y dotes suficientes para dar cima á su empresa; lo he visto poseyendo todas las condiciones y facultades necesarias para que su obra sea lo que debe ser, esto es,

gusto, discreción, amor al país cuyos hechos enaltece, conocimiento del asunto, pulcritud de forma, sencillez de estilo y entonación propia y adecuada á cada episodio y á cada pasaje. Este es el modo de ser del romancero, así nos lo han hecho concebir los antiguos romanceros amorosos, caballerescos y heróicos, y esto es lo que me ha seducido y cautivado, junto con la noble intención, el laudable propósito de sacar á luz glorias no olvidadas, sino un tanto oscurecidas; porque es santo, es bueno, es noble recordar á un pueblo sus hazañas, sus acciones gloriosas que haciéndole olvidar pequeñas miserias, le obligan á admirar el valor y el honor y otras virtudes que se siente irresistiblemente inclinado á imitar, cuando oye cantarlas, y el cantor sobre ser hijo del mismo país, sabe revestir sus canciones de todo el encanto de la poesía y la harmonía y cadencia del lenguaje. No debo extrañar, pues, mi entusiasmo, porque tiene natural y fácil explicación.

He conocido un nuevo poeta. Y le he visto emplear dignamente su inspiración, invocar á una musa que siempre responde á tales llamamientos. Y el corazón se me llena de placer, y no encuentro frases para ensalzar como quisiera el propósito, la ejecución, el objeto de una obra por todos conceptos estimable. La crítica me perdonará por esta

vez, porque estoy más dispuesto á alabar que á censurar; yo prescindo en esta ocasión de la titeratura para ver sólo la patria. ¡La patria! ¿Hay cosa más querida, ni á la que con más justicia puedan dedicarse nuestros afanes, las primicias del talento, de la inspiración: el fruto de largas y laboriosas meditaciones?

En cada página del libro de *Hermilio Olóriz,* se destaca la idea de la patria, este pensamiento acompaña constantemente al autor, y ora cante sus desdichas, ora sus glorias y venturas, la idea no le abandona, y en ella se inspira, y en su amor se complace, y con su memoria se recrea.

Hermilio Olóriz merece bien de su patria.

Hoy, en que tan pocos ejemplos se dan de esta adhesión incondicional y ciega á todo aquello de que somos parte ó de que procedemos: hoy, en que hijos espúreos rasgan, rompen, dividen y destrozan en menudos girones las tradiciones de la historia, la gloria inmensa de los pueblos que debieran merecerles protección y amparo, un hombre como el poeta que me ocupa, es un fenómeno bastante común en nuestro país, donde todo es fenomenal, un ejemplar rarísimo que nos envidiarían otros pueblos, si fueran capaces de comprender su valor y el de la idea que representa.

No prosigo en esta clase de consideraciones, porque lo reciente de los hechos que lamento, podría hacer suponer en mí intención premeditada de soliviantar los ánimos y agitar pasadas discordias, suscitando cuestiones que la historia revolverá en su día.

Con enviar desde estas columnas mis pláceme y enhorabuenas cordialísimos á *Hermilio Olóriz*, me doy por satisfecho, y guardando para mejor ocasión lo mucho que aún pudiera decir, doy término á esta materia, y paso á ocuparme de su libro.

Corto en sus dimensiones, pero grande en su valor intrínseco literario, contiene el libro de *Olóriz* tres romances, escritos en puro y castizo castellano, con los títulos respectivos de *Roncesvalles, Olant, Pamplona.* Ya el erudito prologuista, que ha tenido la fortuna y el honor de presentar al poeta al público, ha dicho discreta y oportunamente que existe en estos tres episodios una gradación que, ó bien indica el deseo ó el propósito de irse corrigiendo de los defectos y lunares que, una obra de esta clase no podía menos de tener, ó el entusiasmo creciente que se traduce en más poderosa inspiración. En el primer caso, se explica el esmerado aliño del segundo episodio con relación al primero y del último respecto de éste: en el segundo tienen explicación los toques más enérgicos, los rasgos

felicísimos que se van sucediendo, el progreso marcado, la perfección distinta y la amplitud del conjunto con la complacencia en los detalles.

En todos tres adopta el método de la división en párrafos de distinto asonante, con lo que se consigue desterrar un tanto la monotonía de algunos, bastantes, romances antiguos, y se da al poeta más ancho campo para explanar su pensamiento, permitiéndole entregarse á diversos órdenes de ideas y consideraciones, libre de toda traba y sometido sólo á su ardiente imaginación, que le lleva por senderos fáciles y amenos á realizar cumplidamente lo que en su principio se había propuesto.

En el primero, *Roncesvalles,* se refiere la rota de los franceses con su Rey Carlo Magno por los nabarros en Altabiscar, y, si hemos de ser francos, aunque este episodio no es el mejor de los tres, tiene tal sabor histórico-romancesco, sus descripciones adoptan tal carácter de localidad, los apóstrofes, deprecaciones y parlamentos están tan perfectamente acomodados, tan en su lugar, el tono general de la composición es tan propio y característico, respira tanto entusiasmo y amor patrio, que se me antoja ser un romance antiguo castellano que el Sr. *Olóriz* escribió en otro tiempo ó ha sabido trasladarse á él copiando los

rasgos, apartes y floreos, mojando su pincel en la misma paleta que nuestros romanceros de entonces y resucitando el gusto, la discreción y el tino de aquellos con singular maestría y donosa habilidad.

Conocido es el asunto que motiva este romance para que me entretenga en reseñarlo; ni me pararé á hacer de los demás otra mención que la de los títulos, toda vez que cuantas bellezas en éste he señalado, cuantos méritos en él resaltan, engrandecidos, sublimados en cuanto cabe, existen y se destacan en aquellos que llevan, como he dicho, los títulos de *Olant* y *Pamplona,* y que, como el primero, son relaciones de hechos guerreros, llevados á cabo con gran gloria por los *navarros* y *euskaldunas.*

En esta obra se revelan dos cosas: primera, un poeta notable que bebe en los buenos modelos la inspiración más pura; segunda, un corazón ardiente y entusiasta, esto es, la mente que concibe, el alma que presta calor y vida á las concepciones, y completando la obra, en harmónico conjunto, el gusto depurado y extraño á las aberraciones de una escuela determinada, discerniendo con acierto, escogitando con tino; más aún, el talento maduro y experimentado, el genio valiente é impetuoso; la naturaleza y el arte, la verdad y la belleza, la historia y la poesía.

Yo, que soy admirador de lo bueno, donde quiera que lo hallo, me complazco en hacerle presente mi admiración estéril, pero fundada; y, si algo valiera mi opinión, aconsejaríale seguir por el camino que con tan buenos auspicios ha emprendido, en la seguridad de que ha de caberle no pequeña porción de gloria y honor si persevera en la buena senda y procura ser fiel intérprete de un género hoy apenas cultivado, y paladín de una literatura, nueva en fuerza de resucitada, si contar con que el país, en cuyo loor quema el incienso de su inspiración, ha de tributarle el homenaje de su agradecimiento; ni con que los hombres imparciales y graves que se hagan cargo de la importancia y trascendencia de su empresa le acordaran también sus plácemes y parabienes, en todo lo cual ha de encontrar la satisfaccción consiguiente y el galardón á que se habrá hecho acreedor.

Y ahora vengo en que el libro de que trato es sólo primera serie de otros trabajos que, ligados y relacionados entre sí, han de formar el verdadero libro que, con el título de *Romancero Basco Nabarro,* dará gloria y fama á su autor y brillo á la historia de este antiguo país, que trata de cantar é ilustrar.

Para entonces prometo un juicio más detenido y severo, en el que nada he de perdonar á la alabanza y á la censura, ya que ahora he

sido sorprendido por la admiración y entusiasmo, por tratarse de un país al que amo entrañablemente y al que he consagrado y consagraré siempre cuanto soy y cuanto valgo, sintiendo indecible gozo, inefable placer al verme secundado y eficazmente auxiliado en la obra de toda mi vida, en procurar el mayor esplendor, la más alta grandeza, la mayor suma de bienes materiales y morales, á un país en cuyo servicio han encanecido mis mayores, y en el que pienso educar á mis hijos, ya que siempre ha sido el lema de mi bandera:

¡Todo por y para el país euskaro!



LA CUESTION BASCONGADA

POR

EULOGIO SERDÁN

Eulogio Serdán es uno de los escritores más batalladores de la juventud bascongada y de los escritores más aptos para el periodismo. Que escriba libros como la *Biografía de D. Ramón Ortiz de Zárate* ó como el que va á ser objeto de estas líneas, en ellos se ve siempre el articulista de fondo, que tiene que llenar dos columnas de la primera plana del periódico, sea el asunto el que quiera, y á lo mejor, sobre lo que no da motivo para llenar ni una columna, ni cuatro lineas. Crea esto en los escritores un mérito y un demérito. Les da por una parte más afluencia, más abundancia, una facilidad de expresión tan grande que, con la más ligera idea, entretienen al lector en innumerables páginas, sin que, al cabo de ellas, podamos sacar más defecto que la constante repetición de conceptos, en medio de la admiración que nos causa tanta palabrería hueca, pero bien hilvanada. Pero por otra, precisamente á consecuen

cia de esa abundosa pluma, que tantas vueltas y revueltas da, incurren en el defecto de que no guardan proporción la escasez del fondo con lo dilatado de la forma.

Y hé aquí cómo he dado desde el principio en la parte flaca, en el defecto capital, que, como libro, tiene *La cuestión Bascongada* de Eulogio Serdán.

Conoce Serdán mi carácter, la debilidad que tengo por los amigos y, aunque apartado de las exageraciones, por lo cual más de una vez habrá pensado que mi amistad no era tan cordial como la de otros, sabe que le quiero muy de veras y muy sinceramente, y, por tanto, estoy seguro de que cuanto diga de su libro no ha de echarlo á mala parte, sino al natural amor que yo tengo á todos los problemas bascongados y á mi afán y á mi deseo de que se traten y resuelvan con una tranquilidad de espíritu y con una madurez de juicio tan grande que, por fuerza, tienen que estar fuera del periodista á diario, que se ve obligado á posponer cuestiones que necesitan más preparación.

Claro está que si el libro de Serdán no tiene, en último termino, más objeto que decir á los bascongados que no abandonemos el campo, que batallemos un día y otro, sin descanso, por reivindicar nuestra autonomia foral, que en el artículo cuarto de una malha-

dada ley, y en el artículo catorce de la ley de presupuestos de 25 de Junio de 1887, tenemos áncora de salvación para agarrarnos; entonces, si así fuese, no tendríamos más que aplaudir el trabajo de nuestro amigo y desear que todos los que nos sentimos con fuerzas coadyuvemos, como él ha coadyuvado, á que el espíritu esté despierto y el centinela alerta, y deberíamos concluir enviando, como de todas manera lo hacemos, nuestros plácemes al señor Serdán.

Pero *La Cuestión Bascongada,* aparte de que es un asunto que, en cuanto ponemos en él la mano, nos cuesta soltarla, encierra ciertos puntos gravísimos, que no son para pasados, como sobre ascuas, de la manera que Eulogio lo ha hecho. Si fuéramos á discutir esos puntos, no sólo necesitaríamos, sino que deberíamos necesitar, para cada uno de ellos, mucho más espacio que el que tiene su libro, pues en esos puntos se hallan contenidos los que han sido objeto de discusión durante toda la vida política de este país, en este siglo.

No nacen, no, los problemas políticos de procedimiento y de conducta de la ley del 39; nacen de aquella avalancha que arroja el canónigo Llorente contra este país, por mandato de más altos personajes; nacen, aún más allá, desde el momento que el poder central se intrusa en las cosas bascongadas y nace

entre nosotros la división de criterios: unos de resistencia á todo trance, «sálvense los principios aunque el país se convierta en ruinas», y otros que juzgan irremediables los males que puede causar la intrusión del poder central ejecutada por los extraños, y hacen de la habilidad, de la diplomacia, de la moderación, el medio de salvar, en lo posible, los restos de derechos lesionados.

¡No hay que apasionarse tanto, amigo Serdán!

Continuamente atenacea mi conciencia la duda de si habremos obrado mejor los que sostuvimos en un principio la bandera de la intransigencia foral, ó los que, más acomodaticios, creyeron con su cooperación servir en algo á su país. No puedo olvidar que, al día siguiente de ser nombrado presidente de la Diputación Provincial don Juan Aldama, cuyo euskarismo, hasta entonces, nadie podía poner en duda, tropezamos como á las nueve de la noche en la Plazuela de la Diputación y nos detuvimos, porque éramos muy amigos literarios, y yo muy admirador suyo.

Don Juan me dijo con acento lastimero:

—Yo he aceptado el cargo porque creo poder servir algo al país; si no fuese así, ¿qué móvil podría empujarme si yo no tengo ninguna ambición, ni he gustado jamás de la vida pública?

En el momento de encontrarme iba yo á una reunión, casi secreta, de intransigentes

fueristas, en la que debía de dar lectura de una proclama ardentísima, cuyo original aún conservo entre mis papeles, y, á pesar de mi entusiasmo y de la fiebre que me dominaba, no dejó de hacerme mella la verdad que encerraban de las palabras de D. Juan, y le contesté:

—Yo no sé á quién dará la razón la historia, pero comprendo que se necesita más abnegación para el papel de ustedes que para el nuestro.—Y nos despedimos; él, para subir la escalera del palacio que tantos recuerdos forales trae á mi memoria, y yo para asistir al conciliábulo en donde, al calor de otros más vehementes que yo, desaparecieron mis escrúpulos.

Hoy, después de tantos años, cuando he leído el libro de mi amigo Eulogio, han reverdecido aquellos escrúpulos y me he hecho esta observación, en que casi se sintetiza el espíritu del libro de Serdán: «La autonomía foral ha desaparecido ilegalmente, el artículo cuarto de la ley de 21 de Julio de 1876 la consagraba, los gobiernos que la han atropellado han cometido una ilegalidad, y el país bascongado está en perfecto derecho legal al pedir su restauración.»

¿Es esto lo que quiere decir Serdán? Pues ¿por qué se ha perdido la autonomía foral si está consagrada por una ley? . . . . . .
. . . .

¿Quién tenía razón, don Juan Aldama ó nosotros? . . . .

. . . .

Para que me contestes á estas preguntas voy á contarte un hecho histórico. En 1634, con motivo de los alborotos é inquietudes causados en Bizcaya desde 1631 por el impuesto sobre la sal, se decretó en lo que entonces era como nuestras Juntas generales posteriores, que no se ejecutase la orden que contenía el pregón dado por el corregidor, del cual corregidor deberían ser las consecuencias que de aquel se originasen, mandando á la secretaría «que por el celo del Señorío cumpliesen lo que se les mandaba.» Uno de estos secretarios era Ajorabide.

El día 24 de Mayo de 1634 padecieron en Bilbao la pena de garrote el licenciado Morga, Juan de la Puente y el secretario Ajorabide, y fueron ahorcados el escribano Juan de Larrabaster y los dos hermanos Vizcaigarras, por defender los acuerdos del Señorío.

Pues bien; Serdán, échate á buscar por esos libros de Dios, y no encontrarás ni las maldiciones que merecen el Duque de Ciudad Real, el Corregidor Morales y el Corregidor Alonso de Uría, que fueron los verdugos; ni los recuerdos y los aplausos de aquellos mártires de la causa foral.

POESIAS POSTUMAS

DE

OBDULIO DE PEREA

¡Pobre Obdulio! Apenas hace un año eras tú el consuelo de los afligidos, el tierno amigo de tus semejantes, porque todos los que te conocieron eran tus amigos: te apreciaban y te amaban. ¡Tú eras el trovador del Ateneo, su infatigable bibliotecario, el buen caballero, el cariñoso hermano, el benemérito patricio!

Hoy eres para nosotros, tus queridos amigos, un recuerdo indeleble nada parecido á una lágrima que se seca, á un latido que se extingue, á un suspiro que se pierde. Eres el pensamiento triste y consolador á la vez de nuestros corazones; eres la ausencia sentida y llorada de una madre amorosa que muere, de una gloria alabesa que no volverá!

Otra vez vuelve Vitoria á leer en la portada de un libro de inestimable valor el nombre

de su poeta favorito, el nombre de Obdulio de Perea; libro de mérito tanto más relevante cuanto que encierra dos obras que no lo tienen pequeño, y es, á la vez, un recuerdo de amistad que sus amigos le consagran después de muerto, algo parecido á lo que hicieron con Gustavo Becquer los suyos.

Contiene el libro que nos proponemos examinar, *El poeta y el mundo,* poema dividido en veintiocho cantos, y la comedia de costumbres *En el matrimonio... amor,* en tres actos y en verso.

Es *El poeta y el mundo* poema de un género particular; algo extraño á nuestra literatura, y que goza de gran boga en Polonia, así como Krazewáky autor, á quien, Obdulio de Perea, con su natural modestia, dice, seguir en el curso de su poema. Carece éste de pensamientos valientes, excépticos, filosóficos, pero en cambio tiene tal sentimiento, tal melancolía, que es imposible leerlo sin sentir lo que siente el poeta, lo que sufren sus personajes. Perea nos ha probado una vez más que no posee gran genio creador, pero que sabe cubrir de originalidad los asuntos más triviales. Perea no es excéptico como Espronceda, ni atrevido como Zorrilla; pero es tan tierno como Arnao, tan sentimental como Enrique Gil. Cada palabra de Gustavo, protagonista de la obra, arranca á veces un grito de dolor,

de desesperación; otras de compasión, de consuelo. El pensamiento del poema es trivial, y muy conocido; sus episodios no son nuevos tampoco; pero ¡qué contraste de situaciones! ¡qué ternura en unas! ¡qué melancolía en otras! ¡qué verdad en todas! Su versificación es rotunda, harmoniosa, natural y fácil; todas ellas cualidades de la musa del poeta. Merecen especial mención el Canto VII, *La ciudad,* en el que se describe detalladamente la vida de las grandes poblaciones, poniendo de manifiesto la bondad de esos hombres de bien, que nunca lo hacen. que adulan al que hace mal y que son buenos en sentido negativo. El X, *Relaciones,* fantástico como algunos del *Diablo Mundo,* en donde Adán consigue hacer renunciar á Gustavo á su decidido propósito de seguir estudiando la medicina, valiéndose el autor del ingenioso medio de poner en boca de esqueletos y huesos reclamaciones de justicia contra el juez doctor Adán. Decae algún tanto el interés que excita el protagonista á la terminación del poema, porque vemos hacer á Gustavo lo que tanto nos indigna en los demás y lo que al no hacerlo es precisamente causa de que tanto simpaticemos con él en el principio de la obra.

La comedia *En el matrimonio... amor*, versificada por Perea y escrita en prosa por don Juan Cancio Mena, no es una obra notable

en su género, pero es muy digna, no solamente de ser publicada, sino también puesta en escena, como lo ha sido algunas veces en vida del autor. Su objeto, altamente moral, es «corregir uno de los defectos más graves que aquejan á la sociedad, cual es el preferirse por muchos padres la riqueza á la virtud, al talento y al amor, siempre que se trata de buscar esposo para sus hijas.» Ni su fin es original ni su desenlace deja de serlo; con asunto trivial, y mejor aún, vulgar, manoseado, ha tegido el autor una serie de escenas que interesan y que agradan, pero cuyo principal mérito consiste en la no muy correcta, pero sí espontánea y poética versificación que adorna toda la obra.

En resumen, tanto el poema, como la comedia, merecen un buen lugar y son muy dignas de haberse coleccionado, siendo de tanto más mérito cuanto que Perea, viviendo en Vitoria todo el tiempo que ha empleado en escribir estas obras, carecía del estímulo y de la atmósfera literaria, de que tiene que carecer necesariamente una población de poca importancia, no quitando fuerza alguna á lo dicho, las pequeñas sesiones literarias que algunos amigos celebran en el salón del Ateneo, en el que hemos tenido el gusto de oir leer parte de las dos obras que forman este libro, otras que aún permanecen inéditas,

también de Perea, y algunas de otros literatos alabeses.

*
* *

¿Es Obdulio de Perea un poeta popular? ¿Cabe afirmar que sus producciones afectan el carácter de esta poesía? No; y vamos á probarlo.

La poesía, hija del sentimiento, á la que todos los pueblos han rendido culto, y á la que se ha dado entrada en los palacios más suntuosos, como en la más humilde choza, la poesía que tan dignamente han cultivado nuestros mejores ingenios, ha sido también fielmente interpretada por el pueblo.

El pueblo, que tiene sus creencias distintas que el resto de la sociedad, que tiene sus costumbres, más variadas y sencillas que las de la aristocracia, ha sentido y conocido la poesía y la ha abrigado en su corazón con cariño dando suelta á sus sentimientos y á sus ideas.

El pueblo, en medio de las sociedades modernas, de cuyo seno han salido todos los hombres que España se gloria de tener por hijos, es trovador, es poeta: la poesía de sus trovas y cantares habla al alma con su lenguaje sencillo que retrata la naturaleza.

Esos ecos de un alma virgen manifiestan

que el pueblo no es indiferente á sus glorias, que ama lo justo, lo bello y lo sublime. No podemos negar á la clase popular un recto criterio y un gusto perfecto.

Todas las provincias de España tienen sus poetas indígenas, que beben de la fuente de su historia y traducen fielmente en sentimentales leyendas las tradiciones y costumbres del pueblo que los tiene por hijos. Infinita es la colección de estas obras y para llegar á conocer el carácter de un pueblo cualquiera, basta escuchar á sus populares escritores. Las clases más ínfimas de la sociedad, las jóvenes hijas de artesanos, las acomodadas de los artistas y comerciantes, el jornalero, la sirvienta, el travieso estudiante y el holgazán chiquillo, todos entonan con aires diferentes millares de versos y cantares que nadie les ha enseñado y que la tradición conserva á través de los siglos.

Si pruebas queremos de esto, nos bastará citar los *zortzicos, seguidillas malagueñas y jerezanas, los boleros andaluces, la airosa muñeira de los gallegos, las tonadillas manchegas y las composiciones bilingües de valencianos y catalanes.* No citaremos más aunque pudiéramos llenar volúmenes enteros; pero no dejaremos la pluma sin añadir las *picarescas coplas y los picantes cantares de las manolas madrileñas,* y como buenos alaveses, tampoco nos olvidare-

mos de los *significativos romances, de los alegres y entusiastas aires del país, de los zortzicos vizcaínos y guipuzcoanos,* y las mil y un leyendas que esparcidas aquí y allá entretienen dulcemente en las largas veladas del invierno al labrador y al artesano, al comerciante y al tendero.

¿Quiénes son los autores de todas estas producciones? ¿Quién las enseña al pueblo y cuándo han tenido origen? Respecto de muchas de ellas nadie lo sabe; cada provincia tiene sus trovadores favoritos.

Podemos asegurar que esos cantos, esas leyendas, esas trovas que el pueblo aprende, no las olvidará jamás, y perpetuadas de generación en generación, vivirán en la memoria de los pueblos.

¡Y cuán grande se manifiesta en algunos países la afición y el entusiasmo por esos ecos del sentimiento, vivo reflejo de la índole de los paisanos! ¡Y cuán extensa es su esfera! Desde el acto más sublime, desde la virtud más heróica, hasta la cosa más vulgar, todo lo que merezca ser notado llama la atención del pueblo y éste canta sus héroes, sus victorias, sus recuerdos, lo mismo que sus tipos, sus diversiones, sus costumbres. Y todo le entusiasma, y todo le contenta, y no satisfecho con expresar sus cantos, desnudos de melodía, los adornan con una música adecua-

da, ligera, festiva y alegre, ó severa, melancólica y triste, según el carácter de los habitantes y el argumento de sus cantares.

Es por otra parte muy grande el servicio que prestan á la historia, á las ciencias, á las letras, pues cuando faltan datos, cuando la escasez de noticias históricas, arqueológicas y científicas se hacen sentir, la poesía popular, la tradicional poesía, acude en auxilio del investigador y le cuenta lo que saber desea.

Además la poesía popular contribuye á mantener viva en los pueblos la fe de sus padres y el amor á la patria y de esta suerte consuela al pueblo en sus infortunios, los anima en el combate.

Nada de esto conviene á la poesía de Perea, más culta que vulgar y más que popular erudita, manifiéstase en ella otro linaje distinto de conceptos, de ideas y de pensamientos diversamente expresados y con adornos y ramificaciones de que aquella carece; además no muestra en sus tendencias un carácter tan subjetivo, ni afecta la ruda energía con que á veces la otra se expresa. Por otra parte, dando á la imaginación más lugar que á la verdad histórica, las obras de Perea encierran notable mérito y son por todos conceptos dignas de leerse, pero bajo el punto de vista de la utilidad, como bajo el de lo gráfico de la expresión, no son tales que pueda

dársele, sin faltar á la exactitud, la consideración de poeta popular.

No terminaremos este artículo, sin decir algo del correcto prólogo que encabeza el tomo.

D. Daniel Ramón de Arrese, el que á la vez de ser su amigo más querido, fué su censor literario, como lo ha sido también de algunos otros jóvenes vitorianos; el entendido crítico, á la par que sabio consejero, ha sido el encargado de escribirlo, y en honor á la verdad, no seríamos parcos en alabanzas, si no temiéramos ofender su modestia y aparecer guiados por otros sentimientos, que siendo dirigidos á Arrese, nunca serían sino de extricta justicia.



LOS ESTUDIOS HELÉNICOS EN ESPAÑA

Tiempo ha teníamos pensado y nos habíamos propuesto hacer este trabajo, á lo que nos impulsaba, de un lado, el deseo de dar á conocer una obra—*Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España,* por el doctor Julián Apráiz-1876—de índole tan especial como la que nos ocupa, y de otro, la promesa hecha á su autor de emitir públicamente nuestro juicio acerca de ella. Y ya hubiéramos realizado nuestro pensamiento y propósito sino nos hubiera detenido la esperanza de ver que críticos más autorizados y suficientes que nosotros se harían cargo de la importancia y oportunidad del libro que vamos á hacer detenido análisis; pero, al notar la indiferencia con que su aparición ha sido acogida y observar que únicamente fuera de España es donde ha merecido ser tomada en cuenta, y donde la han dedicado frases harto lisonjeras, si bien justísimas, no podemos menos de hacer, lo que otros hubieran hecho

mejor, y con mayor obligación, puesto que nuestra amistad con el autor nos eximía de prodigarle elogios que pudieran parecer parciales é interesados.

Una vez, pues, decididos, cúmplenos llenar nuestro propósito todo lo más seriamente posible, á cuyo fin, vista y revista la obra, evacuadas las citas sobre cuestiones y dificultades que se nos han suscitado, escribimos el presente trabajo, en el que hemos procurado establecer el mejor orden y método para que pueda ser estudiado y apreciado exactamente el libro del Sr. Apráiz.

La obra de nuestro amigo está muy lejos de ser una improvisación del momento, hecha con objeto de satisfacer un capricho de su autor y de alardear una erudición que, sin embargo, cualquiera le concederá de buen grado cuando la haya leído; es, por el contrario, el fruto de largos estudios y meditaciones, de un profundo conocimiento de los clásicos antiguos, de un gusto especialísimo por estos estudios y del más laudable deseo de fomentar esos deseos en España, que ha sido la heredera de tales glorias literarias.

He aquí cómo tuvimos la primera noticia formal y completa de esta obra.—Existe en Vitoria una sociedad ó reunión no periódica, ni reglamentaria, que con el título de *Tertulia literaria del Setenta y Tres,*—por el año en

que se fundó y por el número de la casa donde celebra sus sesiones,—tiene por objeto la lectura de poesías, artículos de todas clases, traducciones de obras notables, y otros trabajos así científicos como literarios y artísticos; en dicha tertulia fué, con grande asombro por nuestra parte, donde oimos leer algunos párrafos y capítulos de esta obra, que por lo serio é importante del asunto desdecía, ó por lo menos, contrastaba con el de los demás artículos, en su mayor parte ligeros ó festivos, llamando nuestra atención hasta el extremo de rogar y obtener de su autor nos permitiese la lectura y examen del conjunto, de cuyo examen resultó el juicio que vamos á exponer; juicio imparcial que no apoyaremos en una autoridad que estamos muy ajenos de atribuirnos, sino en la simple exposición de la obra, que vamos á hacer de seguida, si no compensando, tratando, al menos, de compensar la indiferencia de nuestros críticos.

Entremos en materia.

Divídese la obra en seis partes, destinadas cada una á explanar las diferentes secciones de que se compone el plan tan discretamente concluído cuanto magistralmente realizado, y no quisiéramos en nuestro análisis separarnos un punto de él, para así hacer, sobre más fácil, más comprensible y claro nuestro trabajo.

Después de dejar sentado y probado suficientemente en la Introducción que para apreciar debidamente el griego no es rigurosamente preciso ser clasicista; de lamentar el desprecio en que ha caído en España, donde ha sido desterrado de la segunda enseñanza, y combatir con argumentos de peso, propios y extraños, las aficiones de escritores como Feijóo al francés con preferencia al griego, á pesar de ser ferviente latinista, manifestándose partidario del estudio del griego en la segunda enseñanza—en lo cual no estamos conformes.—trata en los preliminares de la importancia de la ciencia del lenguaje en general, materia á que parece imposible dar novedad por ser harto manoseada, siendo difícil distinguirse en ella como no sea dando en atrevido ó excéntrico, extremos de que huye diestramente el Sr. Apráiz, sin dejar de dar á sus ideas un tinte de originalidad agradable.

Ocúpase á continuación de los orígenes de la lengua griega, que hace proceder del sanskrito, ponderando sus excelencias y la conveniencia de su estudio; trata del alfabeto griego, que él tiene por semítico, en lo que guarda absoluta conformidad con los más notables helenistas españoles y extranjeros de ésta y anteriores épocas; hace notar las analogías ortológicas y ortográficas entre el grie-

go y el castellano; de la clave ortográfica en la derivación de las lenguas, especialmente en el griego, latín y castellano, haciendo mención de los estudios etimológicos y orígenes de la lengua castellana, según los más notables escritores, que cita y comenta, y termina los preliminares con las analogías gramaticales del castellano con el griego en las diferentes partes de la oración, y las semejanzas en el carácter de ambas lenguas, principalmente en la existencia de dialectos; asuntos todos en que á sus propios conocimientos y experiencia añade cuanto de notable y probado se conoce de escritores helenistas, á los que combate en aquello que supone ó logra probar que están equivocados, demostrando con esto su competencia en la materia.

Parécenos, sin embargo, que en ciertas cuestiones que no entrañan un asunto puramente científico, como en la referente al estudio del griego en la segunda enseñanza, no está tan acertado como en otras, lo que atribuimos, más que á falta de criterio—que de él no podría carecer quien de tenerlo excelente ha dado hartas pruebas,—á sus aficiones clásicas, que le llevan á ver excelencias de aplicación cuya existencia es bastante cuestionable. De todas maneras, su buen deseo le disculpa, y hemos de perdonarle lo que no es una falta, sino una exageración, tan

natural como inocente, en gracia de lo mucho bueno que, por lo demás, ha hecho.

Proponiéndose á continuación dar á conocer los estudios griegos en España, desde su principio, se ocupa, en la sección primera, de las colonias griegas que existieron en la Península, como principales implantadoras de su lengua en nuestro país, y detiénese en noticias históricas y fabulosas sobre la venida, progreso y fin de estas colonias, en las diferentes comarcas de España, indicando las expediciones narradas por Herodoto, el establecimiento de los griegos de Zaznito, de cuyas construcciones tiene bastante que decir, así como de los restos arqueológicos de los focenses; y después de combatir una opinión de Larramendi acerca de los elementos de civilización importados por los griegos, viene como de la mano á tratar de las primeras enseñanzas del griego en España en tiempo de Sertorio, continuadas en el de Augusto, y de los profesores de aquellos tiempos que precedieron á los helenistas hispano-romanos.

Presenta después las épocas en que los estudios históricos son una consecuencia de los helénicos, por estar enlazados unos y otros de manera que es imposible separarlos, y siguiendo el orden cronológico, sucintamente reseña los helenistas coetáneos de la domina-

ción romana, los que aparecieron haciéndose notables durante la monarquía visigótica y los que cultivaron estos estudios entre los árabes y judíos venidos á España después de la desastrosa jornada de Guadalete. Todo esto da motivo al Sr. Apráiz para investigaciones históricas de gran precio y cuestiones que se suscitan á consecuencia del enlace de unos hechos con otros; cada nombre de un helenista notable hace discutir un suceso, y van indicándose las causas que motivaron ó sirvieron de rémora á estos estudios, con tanta copia de datos y de noticias, tal tono de verdad y convicción, que, al par que convence, pasma, y fuéranos preciso para dar cabal idea trasladar aquí literalmente párrafos y aún capítulos enteros, dando lucido remate á esta sección una clara y erudita noticia de las tradiciones helénicas recogidas por la literatura eclesiástica y la primitiva poesía castellana, algo sobre la formación de los romances, principalmente el castellano, bastante de historia en relación con el asunto y un poco sobre los pricipales helenistas y helenófilos de la Edad Media. En esta sección la amenidad de los sucesos que sencilla é imparcialmente refiere harían más recomendable su trabajo si éste no fuera ya bastante por las cuestiones que plantea y que el autor resuelve con acierto, apoyado en autoridades serias, en la mis-

ma lógica de los hechos y en su propio criterio, que es excelente.

Es la sección segunda la más extensa y la más importante, si se atiende á que en las épocas que describe tomaron altísimo vuelo los estudios helénicos, debido á la decidida afición de los magnates y damas principales, á la protección de los reyes y grandes, á la creación de universidades, dentro y fuera de España, donde había cátedras de griego, y sobre todo á la invención de la imprenta. El señor Apráiz sabe hacerse cargo de todas estas circunstancias y dar cuantas noticias son necesarias para el completo y exacto conocimiento del asunto, señalando con notable tino las que contribuyeron al esplendor de estos estudios y las que sólo sirvieron para amenguar su progreso. Los estudios gramaticales y los que á ellos ó á su enseñanza se dedicaban, con noticias relativas á obras escritas y establecimientos de enseñanza, le sirven de tema para los siguientes artículos, y de época en época viene á parar naturalmente á la en que estamos, no sin dar cuenta de lo hecho, escrito y sabido de las inmediatamente anteriores, y los siglos XVIII y XIX le merecen toda la atención que á ellos debía consagrar, por ser los que más directamente nos interesan y de cuyos resultados y trabajos hemos sido testigos.

Algunas palabras se dedican á los estudios helénicos verificados en la Universidad libre de Vitoria, de que el autor fué catedrático y decano, y á los helenistas contemporáneos principales, cuyas obras y trabajos muestra conocer de una manera cabal.

La tercera y última sección está destinada á dar cuenta de las traducciones que de obras griegas se han hecho directamente en los diversos géneros de aquella literatura; y los traductores españoles y extranjeros de todos tiempos están citados por un orden relativo á su antigüedad, á la importancia de los géneros y de las obras, y perfectamente enumerados y clasificados. Trabajo es éste difícil de apreciar debidamente y que prueba la afición del autor á estos estudios, su indisputable competencia y la constancia y aplicación que necesariamente tienen que adornarle.

Concluye el autor su trabajo con un resumen general de todo él, manifestando las causas que motivaron su publicación y dando dos magníficos cuadros sinópticos; uno de los escritores griegos y sus traductores españoles y otro de los principales traductores castellanos de obras griegas, ó sea plan de una biblioteca escogida de autores griegos vertidos á la lengua castellana.

II

Llegamos á la última parte de nuestro trabajo.

Tócanos ahora examinar en conjunto el libro del Sr. Apráiz, juzgar á éste como escritor helenista, insistir en ciertas cuestiones, unas resueltas y sin resolver otras, en el curso del libro, y ver la importancia que estos estudios y las obras que como la presente á ellos se refieren, tienen en la literatura, en las ciencias y en las relaciones de las sociedades actuales.

Fruto, como hemos dicho, de detenidas meditaciones, el libro del Sr. Apráiz está escrito con esa seguridad que da el perfecto conocimiento de la materia; la parte histórica se distingue por la precisión y exactitud, así como la biográfica; los hechos que no se relacionan con la historia se hallan extrictamente relatados; la doctrina no se aparta un punto de lo universalmente convenido y sancionado, y en cuanto á las condiciones de estilo y lenguaje, creemos, y con nosotros todo el que lea, que poco deja que desear.

El Sr. Apráiz es un escritor castizo, correcto y consumado helenista; prueba lo primero, el interés que ha sabido dar á la materia, árida de suyo y enojosa para el que no tiene hacia

ella marcada predilección, y atestigua lo segundo el conocimiento que muestra tener de cuanto se ha dicho y hecho acerca de esta cuestión; su competencia está acreditada, y de no estarlo hubiera venido á acreditarla el significativo é importante hecho de haber su obra sido leída y juzgada en el extranjero, donde los estudios helénicos tienen mayor aprecio que en España, y en donde, aunque injustamente, se mira con tan soberano desprecio todo lo que nos pertenece.

Réstanos hacernos cargo de ciertas cuestiones, directas unas, incidentales otras, que el señor Apráiz ha suscitado en su libro.

La primera es, si los estudios helénicos debieran comenzarse en la segunda enseñanza ó más tarde en facultad superior.

El autor opina que debe ser del primer modo, dando como razón el que para casi todas las carreras ó profesiones se hace necesario el conocimiento del griego, especialmente para la de ciencias; afirmación que queda destruída con afirmar que de los estudios hechos de esa manera, apenas queda al que decididamente á ellos no se dedica, más que algunas etimologías y conocimientos adquiridos de viva voz y en fuerza de la costumbre; pudiendo muy bien quedar limitada la enseñanza del griego en esa época á la simple noción de las palabras técnicas castellanas proce-

dentes del griego, porque, ó hemos de sacrificar la mayoría de los que estudian, que no necesitan del griego, á la minoría que lo han menester, ó siendo lógicos hemos de prescribir el estudio de otras lenguas que también han sido ingeridas con más ó menos modificaciones en la nuestra, lo cual, además de absurdo, es imposible.

Para terminar, hallamos la obra del señor Apráiz muy buena en cuanto á la forma y al fondo, aunque no inmejorable, como él mismo se encargará de probar; bien quisiéramos que los ejemplos prácticos abundaran más, pues hay períodos y situaciones en que un caso concreto probaría más que cien argumentos; pero como, por otra parte, el mérito de la obra es tal que deja satisfecho al más exigente y escrupuloso no insistimos sobre esto. En una palabra, el Sr. Apráiz ha tomado ó escogido lo mejor de lo mejor, ha añadido sus propias reflexiones y el fruto de sus afanes, ha enriquecido el conjunto con multitud de notas que derraman inmensa luz sobre ciertas cosas que parecían oscuras y con datos. algunos hasta hace poco ignorados ó de pocos sabidos, y lo ha embellecido con las galas de una dicción correcta y estudiada, digna de la nombradía del Sr. D. Julián Apráiz, que es uno de los más notables literatos de las provincias.

GUERRITA

POR

ANTONIO PEÑA Y GOÑI

El libro de Peña y Goñi es un libro de actualidad. Los que no lo han leído estarán casi impacientes por leerlo pronto, y considero hacerles un favor el decirles lo que es este libro.

Peña y Goñi es un escritor de una oportunidad sin ejemplo en los fastos literarios españoles, y de una amenidad sólo comparable en sus dotes literarias, á la ligereza, en sus dotes taurómacas, con que está dotado el Guerra según el mismo Peña y Goñi.

El libro es ameno; no podía ser otra cosa siendo de Peña y Goñi; pero no es oro todo lo que reluce, y así como en otro tiempo se decía de la mala intención de los toros de Miura, ahora hay que dotarle de esta mala intención á Peña y Goñi, porque el libro *Guerrita* en realidad está consagrado, en la mente de

su autor, á hacer una mala partida á *Lagartijo* y á los lagartijistas. No se puede decir de este libro que aquí hay de todo como en botica, pues en él no hay más que odio, mala voluntad, venganza africana y, si quiere Peña y Goñi, estocada *frascuelina,* como él dice, contra todo cuanto se refiera á *Lagartijo* y á sus partidarios.

Increible parece que un escritor humorista, ligero, vaporoso, entretenido, lleno de luz, en el que hay armonia envidiable entre su pensamiento y su pluma, haya llegado á obsesionarse, de tal modo, que le domina una idea mucho más que á los árabes Mahoma y á los griegos el fatalismo.

Leyendo el libro *Guerrita* se pasma el lector de que un hombre como Peña y Goñi, verdadero aficionado á todas las cosas que comprende, pero aficionado de veras, entendido, inteligente, acaso más por su habilidad de expresión que por la doctrina del fondo, se le ocurra presentar como leyes históricas ineludibles dentro del toreo y de las pasiones, todas las fantasmagorías de su imaginación ó su buen ó mal humor, creadas en las conversaciones chismográficas de la mesa de un café, que no otra cosa son las trescientas y pico páginas consagradas en el libro *Guerrita* á la conspiración del lagartijismo. Porque bueno es decir que en este libro hay cien

páginas inapreciables, en las que se estudia á *Guerrita* con más acierto y con más verdad que lo han hecho hasta ahora cuantos de él se han ocupado. Estas páginas son hermosas, son un modelo de observación y de observación seria aplicada á un punto que no sé si lo merece ó no lo merece, pero de todos modos dignas de aplauso y de encomio, porque los escritores deben ser así, ó meterse ó no meterse, y si se meten, lo mismo da tratar de una ristra de ajos que de una bolea de Irún ó de las estocadas de *Guerrita*. Pequeño ó grande el asunto, insignificante ó de importancia, son circunstancias para cogerlo ó dejarlo, pero si se coge, duro y á la cabeza, hay que tomarlo con toda seriedad.

—¿Pero es que el libro *Guerrita* sólo tiene cien páginas? No, señor; tiene cuatrocientas y pico, pero las trescientas y pico restantes están dedicadas al relleno para contar algunas cosas, pero, sobre todo y ante todo, para satisfacer la sed de venganza africana que encierra el alma de Peña y Goñi contra el lagartijismo. Al leerlas, me decía yo: ¡pero cuánto habrá sufrido mi querido amigo don Antonio Peña y Goñi en estos últimos años en que todo ha sido alabanzas para *Lagartijo!* ¡Cuánta indigestión de bilis no habrá tenido que sufrir al presenciar ó tener noticias de las ovaciones tributadas á *Lagartijo* y al leer

los ditirambos que en su loor han cantado todos los periódicos!

Comprendo toda la mala voluntad que ha atesorado Peña y Goñi y que ha vertido en su libro *Guerrita:* venganza y revancha más horribles que la que él supone que tomó el puebro de Madrid y *Frascuelo* con la despedida de cada uno de los dos insignes matadores.

Luego, Peña y Goñi, no se para en barras, no se conforma con que haya habido algún exagerado lagartijista que quiera negar el fuego y el agua á todo otro torero; es preciso que la conspiración haya sido concertada, y, lo que es más, consentida, inspirada y dirigida por el mismo *Lagartijo.*

Y todo esto ni existe, ni ha existido en otro sitio que en la cabeza de D. Antonio Peña y Goñi, y habría que hacer más, que es decirle al Sr. Peña y Goñi: «Toda esta fantasmagoría, si existiese, la hubiera creado usted.»

Sí, señor; usted es un escritor de extraordinario mérito, y como escritor tauromaco ha llevado la batuta durante muchos años; partidario ciego, fanático, loco, de *Frascuelo,* si hubiera existido esa guerra, esa conspiración loca, furiosa, fanática del lagartijismo contra *Frascuelo,* hubiera sido creada por usted. Porque ¿qué escritor, comparable con usted, levantó bandera por *Lagartijo* en aquella época de las competencias en que usted luchaba por

Frascuelo? Por consiguiente, usted que levantó el grito inició la guerra, y como no hubo escritor que oponerle á usted en el combate, usted es el que ha sostenido esa guerra y ha creado toda esta fantasmagoría. No hablemos para nada de *Sobaquillo* (que está de non en España en lo que va de siglo) ni de Mazas, ni de *Aficiones,* porque estos llegaron más tarde y eso es harina de otro costal.

¡Vamos, que suponer á *Lagartijo* inspirador de esa fantasmagórica conspiración lagartijista! Usted, señor Peña y Goñi, conocía lo bastante á *Lagartijo* para comprender que esto es una bobada de niño terrible, y el niño terrible es usted, que tiene talento y competencia y escribe bien y es una autoridad y se sabe aprovechar de la influencia y de la atracción que sus propios méritos ejercen sobre el público, y sabe bien que sus libros quedan (esto es lo sabroso de su venganza) y por consiguiente, que en todo tiempo y lugar, en los años venideros, sus obras tituladas *Lagartijo, Frascuelo y su tiempo* y *Guerrita* se impondrán como una autoridad, y todos los artículos que en contra de sus opiniones de usted se publican son ráfagas de viento, flores de un día de que nadie se acordará.

Pero, en fin, aún con esta contra, bueno es tener razón, y yo quiero decírsela. Vamos á *Lagartijo.*

Lagartijo, si algo tenía extremadamente perjudicial para sí mismo, lo mismo como torero que como hombre, era la apatía, la frialdad, y bien sabe usted que la frialdad, si da condiciones de ventaja en muchas luchas, quita el ardor y la vehemencia, que también son ventajas en otras luchas. ¡Cuántas de esas hermosas heroicidades que tenía *Frascuelo* se deben á lo ardiente de su sangre!; y como *Lagartijo* era apático y frío tomaba menos parte que nadie en sus propios triunfos, en los aplausos de sus admiradores, y, aún menos, en las censuras y en las silbas que se le daban. Y además, como era modesto, y, si allá en el fondo de su alma no lo era tanto, aparentaba serlo mucho, y tenía verdadero conocimiento de lo que sabía y valía, era incapaz, verdaderamente incapaz de mostrar energía y actividad ni para proporcionarse triunfos, ni para trabajar en contra de los ajenos.

De modo que, toda esa campaña lagartijista de que usted habla le parecería á *Lagartijo* un sueño, de que, ni aún en sueños, habrá tenido él noticia.

Lástima que derroche usted tanto ingenio, tanta facilidad, tanto conocimiento y tanta habilidad en semejantes molinos de viento. *Lagartijo* y *Frascuelo* son, indudablemente, los dos soles del toreo. Yo soy lagartijista, si por

lagartijista debe entenderse el que era muy amigo suyo y que me encantaba aquella sobriedad y perfección, aquella elegancia y conocimiento jamás, á mi juicio, superados en la plaza. Pero estas condiciones, con profundo conocimiento del torero, sabía que no se le podían pedir todos los días á *Lagartijo* y que pasaban muchas corridas sin que se vieran, pero una vez vistas, aún de tarde en tarde, se quedaba uno tan maravillado que le satisfacía para mucho tiempo; y, como superior á aquellas cosas era imposible verlas, las declaraba uno como modelo de toda perfección.

Frascuelo era lo contrario, todo valor y voluntad, capaz de reñir con quien le dijese que no había puesto en la suerte todo su empeño, de donde resulta más matador y esto es lo que usted quería, señor Peña y Goñi, pero más vasto, esta es la palabra que le está cosquilleando á usted en la pluma hace veinte años y no se ha atrevido usted á decirla, y para no decirla ha inventado ese drama, esa tragedia, de que quiere hacer eterno protagonista á *Frascuelo* cuando hace como que recuerda con placer las antiguas luchas de la competencia, que destilaban sangre, pero que según usted, hermoseaban la vida de los que tomaban parte en ellas y de la fiesta nacional. Déjese usted de tonterías; lo que hermoseaba la vida y las corridas de toros era nuestra ju-

ventud, y lo que hace que ahora nos parezca todo más frío y más triste es que llevamos en el alma y en la cabeza la nieve de los años.

Ni usted con tanto escribir y tan bueno, aunque con parcialidad y pasión, ni los demás con escribir menos y admirar más hemos llegado á pintar los temperamentos toreros de *Lagartijo* y *Frascuelo* con tanta exactitud como ellos se pintaron. Lea usted.

Hace tres lustros, poco más ó menos, lidiaron *Lagartijo* y *Frascuelo* en una plaza de provincias. Terminadas las corridas, sus amigos les obsequiaron con un banquete, que duró hasta las primeras horas de la mañana. Entonces, con las cabezas un poco calientes y en el terreno de la sinceridad, *Lagartijo* y *Frascuelo* pisaron el terreno de las confianzas y de las mutuas satisfacciones. Ambos se decían:

«Que no podían menos de quererse los que tantas veces habían arrostrado juntos el peligro de la muerte salvándose de él mutuamente.»

De *Frascuelo* decía *Lagartijo*—«que era el torero de más valor y más condiciones que habia pisado plaza.»

Y de *Lagartijo* decía *Frascuelo:*

«Que sabía más que todos y que hacía las cosas como nadie las había hecho.» No hay más sino que cuando yo voy al toro digo:

el toro ó yo.—Y *Lagartijo* concluyó la frase de *Frascuelo* diciendo:—y cuando yo voy al toro digo siempre: *el toro y nunca yo.*



NOVELAS Y NOVELITAS

FRA FILIPPO LIPPI

POR

EMILIO CASTELAR

Como tenemos los españoles la manía de juzgar por lo que otros dicen, sin tomarnos la molestia de leer la obra que juzgamos, hemos dado en la costumbre de aplaudir á tontas y á locas, aunque muy justamente, todos los discursos de Emilio Castelar, sin hacer caso de sus demás obras, que consideramos como accesorios ó entretenimientos de un genio prepotente; y por tal defecto, apenas existen media docena de españoles que hayamos leído y juzgado con algún acierto el libro más monumental de Castelar, *Fra Filippo Lippi.* Las generaciones venideras, al estudiar las obras de este insigne escritor, se llenarán de asombro al considerar que en esta tan inapreciable producción apenas si pararon mientes sus contemporáneos. Y bien sea origen de ello su mucha extensión, ó la ligereza de nuestros escritores, lo cierto es que

ningún crítico ha consagrado sus desvelos á analizarla, y menos aún á celebrarla como merece. Pero de tan punible olvido no puede ser cómplice *El Imparcial,* que consigna en sus páginas todos los sucesos notables y todos los acontecimientos literarios. Por esto no juzgamos tardío el ocuparnos en *El Imparcial* de *Fra Filippo Lippi,* de la obra más genial, más pensada, más grandiosa y más completa de Emilio Castelar, en la cual ha adquirido la prosa española de este siglo su más alta perfección; y ha mostrado el autor cómo puede su ingenio concebir y desarrollar la más interesante acción dramática, novelesca y aún trágica.

¿Qué es *Fra Filippo Lippi?* ¿Qué representa? ¿Cuál es su destino?

He aquí lo que importa saber y lo que vamos á decir, tomando para ello nuestros conceptos del genio mismo de la obra, que hemos leído y releído infinitas veces, y cada una con más satisfacción y más íntimo contento.

La concepción de este precioso libro, de este monumental poema, es de lo más grande, de lo más elevado y sublime que puede imaginarse. Resucitar la historia y el movimiento de una época fecunda en sucesos maravillosos; despertar de su letargo seres y entidades que fueron en otros tiempos tipos de grandeza y esplendor, presentar en anima-

dos cuadros y magníficos episodios, el espectáculo del renacimiento de las artes en Italia, cuyos beneficios recogió y ha conservado el mundo entero; hacer á la historia acudir sumisa ó depositar en páginas brillantes los tesoros de su sabiduría, para engarzar en ella los no menos ricos de una imaginación esplendorosa, de un talento profundo y exquisitamente razonado, de un genio sobrenatural; servirse de las pasiones y de los afectos de los hombres, combinarlos, enlazarlos, conspirando á un mismo fin; llamar en su auxilio á las artes y á las ciencias, á la poesía y á la música y unir tan distintos elementos, en un todo completo, armónico, admirable, esto es lo que ha hecho el autor de *Fra Filippo* al escribir su obra, que ha de ser inmortal.

Encarnado, personificado en un tipo especial y característico, que es el héroe del poema, los rasgos de una nacionalidad, ha conseguido fotografiar toda una época, todo un pueblo con sus costumbres, con sus grandezas y miserias, con sus vicios y virtudes, con su idiosincrasia y su carácter que reflejan los del protagonista de la fábula, como una concentración infinita de sentimientos y de ideas, que permite contemplar el vasto panorama que despliega á nuestra vista, reducido á sus más diminutas proporciones, á la miniatura, pero sin que por eso pierda nada de la exac-

titud de los detalles, de la regularidad de los contornos, de la propiedad de las figuras, y de la magnificencia y los encantos de la perspectiva.

De este modo, *Fra Filippo* no es solamente el héroe de una historia novelesca, es la misma historia; representa un pueblo y una época, y por eso se le ve siempre en constante contradicción consigo mismo; incomprensible, pensando hoy una cosa y mañana otra, sintiendo de distinto modo por la mañana que á medio día, y volviendo á sentir á la tarde como el día anterior; haciendo propósitos firmísimos que luego no ha de cumplir; maquinando intrigas; proyectando aventuras que ha de abandonar para atender y seguir las que sin querer él le persiguen y le envuelven; amando lo aborrecible ó aborreciendo lo adorable; errando á cada instante; equivocándose obstinadamente y acertando sin sospecharlo; juguete de sus pasiones; esclavo de su imaginación; hombre valiente, honrado, leal, galante y comedido, y al mismo tiempo medroso, criminal, traidor, descortés y desvergonzado; adornado de todas las virtudes, aun las más heróicas, y enfangado en todos los vicios, hasta en los más vergonzosos; mezcla del ser y del no ser; imagen de un revuelto mar donde luchan encontradas corrientes, remedo de la tempestad que origina el relám-

pago que ilumina brevemente, el trueno que espanta é impone pavor, y el rayo que mata y aniquila.

Figúrese el lector un cuento interesante y dramático, una historia sentimental, en la que, alternando, se empujan y suceden las descripciones más poéticas verdaderas, las pinturas de caracteres y costumbres de una época, los rasgos de ingenio y de imaginación más brillantes y felices, todo esto envuelto en una filosofía puramente racional y humana, adornado de la elocuencia más exuberante y persuasiva, y tendrá una idea aproximada de lo que es la obra *Fra Filippo Lippi.*

Bajo el mágico poder de la fantasía de Castelar resucitan la época y los personajes de la novela, obran como si fueran vivos, aparecen los lugares y los sucesos tales como si se estuvieran realizando en el momento presente, y el lector cree, no que se traslada con el pensamiento á aquellos tiempos y á aquellos parajes, sino que se le presenta delante afectando sus sentidos todos, viendo, oyendo, tocando lo que lee, aturdiéndose con el ruído de las fiestas y de los combates, sintiendo el alma presa de lánguida melancolía en la pintura de la soledad; elevando su corazón por cima de todas las preocupaciones con las teorías filosóficas que hieren su mente; nutriéndose su corazón en las escenas de amor y

ternura; sintiéndose capaz de todo lo grande á cuya realización asiste; viviendo la vida de los grandes hombres con cuya historia se identifica; pensando como ellos; amando y aborreciendo lo que ellos aman y aborrecen; abrigando sus ideas, sus pensamientos, sus preocupaciones; pasando del cráter de un volcán á la nevada cima de la enhiesta montaña; anegándose en torrentes de luz y cayendo por entre espesas nieblas; adivinando todas las dulzuras y todos los tormentos; manchándose en el lodo y vistiendo mantos de armiño y brocados, que todo esto hace experimentar la historia de ese tipo universal, de esa creación, mezcla de fe y de excepticismo, de piedad é impiedad, de amor é impureza, de impaciencia y poder, de divino y humano, que se llama *Fra Filippo Lippi.*

Este es *Fra Filippo* y esta la obra de Castelar. Su representación en la literatura es bien clara, es la del poema histórico-artístico, que habla á la imaginación y á la inteligencia, que enseña y deleita, pero de una manera, si no desconocida, muy poco empleada, y en este concepto y en el de su originalidad representa un género nuevo, digno de ser cultivado, pero difícil y que ha nacido y morirá con Emilio Castelar. La tendencia de esta obra es por lo mismo doble, como que se propone abrir una nueva senda á la litera-

tura nacional, fecunda en frutos, aunque llena de accidentes peligrosos, y hermanar la historia con las bellas letras, de modo que, formando armónico conjunto, pierda la una su árida desnudez y gane la otra en utilidad. marchando unidas á un mismo fin la verdad y la belleza, hijas de Dios, del que dimana todo bien.

Este es el destino del libro, este es su fin. Después de esto, ¿será necesario añadir que la forma es brillante, el estilo y el lenguaje inimitables y todo como de quien es? ¿Será menester manitestar que abundan las descripciones magistrales, la pintura de caracteres, el retrato de las costumbres y todo esto impregnado de ese tinte indefinible, de ese vaporoso encanto que flota entre lo maravilloso fantástico y lo sublime ideal, que distingue de todas las demás, á las obras de Emilio Castelar?



EL COPO DE NIEVE

NOVELA DE ÁNGELA GRASSI

El rosal ¿qué puede dar sino rosas de fragante aroma y bello color?

El ruiseñor ¿qué puede hacer sino llevar al alma las delicias que inspiran sus suaves melodiosos cánticos que ningún músico podría copiar?

El sol ¿qué ha de hacer sino prestar al universo los tesoros de su luz y su calor, iluminándolo todo, embelleciéndolo, dando vida y color, movimiento y perfumes á las flores y á las aves, á las aguas y al ambiente, llevando doquiera la alegría y la felicidad, el bienestar y el gozo más puro y más tranquilo?

Angela Grassi ¿qué ha de hacer sino darnos un pedazo de su alma envuelto en magnífico ropaje; su pensamiento, desleído en poéticas y harmoniosas frases; su corazón, vestido con

el blanco cendal de la más ferviente caridad, del más adorable ingenio, de la moral más agradablemente seductora?

Como el rosal, ella nos brinda los frutos privilegiados de su talento, llenos de ese perfume que encanta al alma y la embriaga, y adornados de mágicos colores.

Como el ruiseñor, adormece blandamente nuestros sentidos, manteniendo fresca y despierta la imaginación, gozosa al saborear sus conceptos sublimes.

Como el sol, que todo lo ilumina, lleva á nuestra mente la luz de la razón y de la experiencia, el calor de la virtud y de la caridad, la noción del bien y el ejemplo moral.

Flor, ave y astro luciente, sabe apoderarse completamente de todo nuestro ser, infiltrarse, comunicarse, hacerse sentir y comprender, querer y admirar, porque posee con el genio que se impone á la preocupación más arraigada, el encanto que cautiva y seduce, la harmonía que halaga, la mano que ayuda y sostiene, la voz que consuela y anima.

Es condición de su alma y no puede sustraerse á ella. Necesita depositar en alguno el tesoro de sus sentimientos, la poesía que brota de su mente privilegiada, y busca la manera más cómoda y fácil de ponerse en relación con aquellos á quienes destina los frutos de su talento, la expansiones de su corazón.

Fía sus pensamientos á la pluma, y la pluma, fiel intérprete y sumisa servidora, va vertiendo y vertiendo palabras, frases, períodos, conceptos; las líneas se agrupan, las páginas se suceden, los capítulos se persiguen.... luego gime la prensa, y el mundo admira y aplaude un nuevo libro.

Y ese mundo acoge siempre el libro con entusiasmo, con amor, porque lo esperaba; porque sabe que en él va á encontrar algo que le pertenece exclusivamenle, algo que le toca de cerca; porque está seguro de encontrar en él el sabroso entretenimiento de la mente, las suaves delicias del corazón; porque él va á despertar sus recuerdos y á avivar sus esperanzas; porque representa para él unas cuantas horas de grato solaz en que su pensamiento va á comunicarse con el de la autora; y porque sabe todo esto, lo desea, lo acoge gozándose de antemano con el placer que se promete, con las delicias que adivina.

¿Qué tienen, pues, los libros que *Angela Grassi* nos envía de tarde en tarde como destellos de su claro talento y sensible corazón?

¿Qué contienen sus páginas que ávidos devoran millares de lectores y sobre todo de lectoras?

Esto es lo que vamos á decir, esto es lo que mejor que nosotros dirá el libro *El copo*

de nieve cuyo análisis vamos á hacer, ya que basta una pincelada para conocer á un pintor.

Ante todo, debemos dedicar cuatro palabras á la autora, sin perjuicio de ocuparnos de ella al fin de este trabajo, cuando sea preciso agitar las disciplinas que con placer vemos será en pocas ocasiones, y á decir algo de su genio revelado en sus obras, de su carácter en ellas retratado, de su estilo que todo lo permite adivinar, ahorrando relaciones enojosas, de su forma siempre variada y elegante, y su lenguaje siempre puro y castizo y ajustado á las inflexibles leyes de la moral más severa.

Una inteligencia clara y serena que no han turbado ni el soplo del escepticismo ni el humo de la vanidad y del orgullo; un corazón apasionado y vehemente que necesita traducir sus sentimientos, y una voluntad activa y eficaz, son las dotes principales de la mujer que vamos perfilando. Con estos caracteres, *Angela Grassi* concibe admirablemente y sus concepciones no son vanos alardes de una imaginación fantástica y fecunda, pero descarriada; á todas ellas preside un pensamiento, el bien moral; una idea, la magnificación de ese bien, de la virtud, de Dios, del alma; como tales, jamás llevan á la mente las fatigosas elucubraciones de episodios inverosí-

miles que se suceden, se agolpan con novedad, pero sin precisión, con belleza pero sin claridad; no, las obras de esta poetisa son un antídoto al veneno que cada día propinan á la juventud inexperta hombres más atentos á la idea del lucro que á la de la moral; son un refresco calmante á las sofocantes obras de los novelistas modernos, que con tal de despertar y mantener el interés destilan en corazones inocentes la hiel amarga de fingidas decepciones, la ponzoña del más absurdo escepticismo.

Y siempre la idea del bien ha guiado la pluma de la inspirada autora de *Las riquezas del alma,* y siempre ha solido presentar la virtud amable, el vicio odioso, dando el espectáculo de una felicidad que la práctica del bien hace durable y tranquila, el ejemplo de las virtudes cristianas hechas amables por la paz que al alma proporcionan, el premio y el castigo, la recompensa y los remordimientos.

Pero no basta querer hacer una cosa, y menos cuando tras ella, cuando tras de su cumplida realización se comprende la de otra más importante, más trascendental; en una palabra, no sirve declamar, es preciso hacerlo de manera que la declamación no sea inútil: el exabrupto filosófico, la homilia, la filipica cuando no interesan, disgustan; y me-

nester se hace embellecer la lección ataviándola con los encantos de la acción, de la vida, del movimiento; porque lo abstracto no posee las calidades de aplicación y elasticidad que lo concreto; porque lo visto conmueve más que lo contado, y lo comprendido más que lo explicado.

El copo de nieve es una relación apasionada. Aparecen en ella caracteres y tipos tan reales como bellos, y otros, sino tan verdaderos, diestramente pintados. En cada uno retrátase un vicio social, una enfermedad del alma, ó una virtud á toda prueba. El interés comienza al principio del libro para no decaer en el curso de todo él. Se deja de las manos con sentimiento, pero con satisfacción; y esta es causa poderosísima de que la moral que encierra sea más fructuosa, de que el ejemplo se grabe en la mente con más indelebles caracteres, yendo derecho al corazón, que toma parte en las peripecias de los personajes de la fábula, y sustituyéndose con ellos, reciba sus impresiones y saque de sus hechos y situaciones provechosa enseñanza, saludable horror al vicio y ardiente inclinación á lo bueno, á lo bello, á lo verdadero, á todo lo justo, á todo lo amable.

Clotilde es un ser, demasiado común por desgracia, que, con exceso impresionable y de imaginación voladora, posee un corazón

puro y una inteligencia que la falta de dirección y de consejo han extraviado. Ccn las mejores calidades hace desgraciados á cuantos le rodean, y las tinieblas de su entendimiento, impidiéndola conocer la verdad, la sumen en el error, consecuencia de lo cual es que su corazón se vicie dando entrada á pasiones y sentimientos á que nunca debió dar cabida; y los celos, la envidia y la malevolencia, la deslealtad, la mentira, y otras malas pasiones y defectos se apoderan de su alma y la hacen infeliz.

¡Terribles efectos de una lectura perversa! ¡Funesta predisposición de la mente á creer todo lo que halaga su orgullo y excita su vanidad; primero la soberbia; luego la rebeldía contra el yugo más dulce y verdadero; después la falta, el pecado; más tarde el arrepentimiento, y, por último, la desventura, que trae con sus amarguras el reconocimiento de la verdad, las lágrimas y el goce más puro, que la desgracia es á veces un bien para el que llora sus yerros, que le separaron del camino de la virtud!

Clotilde era buena, pero tenía ambición. Debió ver esta colmada casándose con Guillermo que la amaba; pero con su afán de obtener una felicidad que los malos libros la habían hecho crearse y figurarse, estuvo á punto de consumar con su eterna desdicha, la

desdicha de todos los que la querían. Su corazón era bueno y la salvó cuando aún era tiempo; pero ¿cuántas amarguras no tuvo antes que devorar? ¿qué inquietudes y recelos no produjo con su conducta extraviada? ¿á qué males no pudo dar lugar su funesta preocupación? Ejemplo es el de Clotilde que deben grabar en su pensamiento todas las jóvenes del día, ya que las corrientes revolucionarias llevan las turbulentas olas de sus disolventes doctrinas hasta los sitios más recónditos, allí donde nunca se sospechó su existencia, al más humilde hogar de la aldea más miserable.

Guillermo, el esposo de Clotilde, tomando á ésta por esposa, á pesar de su pobreza y orfandad, y tal vez por esto mismo, rodeándola de todo cuanto puede hacerla agradable la vida; obsequiándola solícito; siendo su padre y su hermano; llorando sus extravíos, cuando éstos se dan á conocer; procurando corregirla sin irritarse ni reconvenirla, sin herir su susceptibilidad con palabras ni con obras; siendo el mejor de los esposos y el más rendido y firme de los amantes, es el modelo de esos hombres que, nacidos para el bien, tienen un corazón bondadoso y caritativo que disculpan y perdonan los yerros de sus semejantes y procuran remediarlos; que no quieren creer en los vieios y defectos de las per-

sonas queridas hasta que los ven; que suponen con la mayor buena fe que las virtudes que sin alarde ellos practican son patrimonio de todos; y con el contraste de su recta y clara inteligencia y la errada de Clotilde sabe presentar *Angela Grassi* un cuadro de notables proporciones en que nada falta para la harmonía del conjunto, ni la exactitud en los detalles, ni lo bello del fondo, ni la majestad de las figuras, ni lo grandiosamente moral del pensamiento, ni lo acertado del fin, lo conveniente del desenlace, el remate más verosímil y agradablemente oportuno.

Pero el carácter más bellamente sublime, aquel en el que *Angela Grassi* ha puesto todo su empeño, aquel para el que ha agotado los más vivos y deliciosos colores de su paleta... es el de Juana. El alma entera de la autora se ha trasladado á aquella grandiosísima figura, tan elevada por su carácter moral que á su lado palidecen las de las más bellas creaciones. Es necesario que *Angela Grassi* haya puesto empeño, en un momento de esfuerzo psicológico en retratar su alma; era inevitable que así le sucediera para hacer posible tanto encanto, tanta abnegación, tanta belleza, tanta sublimidad. Y no hay exageración en todos estos calíficativos: los más heróicos personajes de la antigüedad, las más bellas creaciones de los novelistas parecerán

pálidas ante el carácter de Juana, que representa la suma belleza moral.

Si en la tierra no hay posibilidad de que exista la perfección moral, el carácter que *Angela Grassi* ha dado vida es falso; pero si á la inteligencia humana hubiese dado Dios el privilegio de crearla, me atrevería á sostener que ninguno hasta ahora la ha personificado, y que *Angela Grassi* ha conseguido lo que jamás ha podido soñar el ingenio más peregrino.

Quiero hallar *El copo de nieve* plagado de defectos; inverosímil en el viaje á Avila en pocas horas; desacertado al complicar acciones que vienen á robar interés á la principal; precipitado, ligero, incompleto su final, que no resuelve ciertas cosas con la fortuna que debiera; falsa, falsísima la pintura de algunos personajes que no existen de tal corrupción moral; todo esto, y algo más que me dejo, porque no tengo necesidad de ser severo con los defectos, quiero hallar en *El copo de nieve* para compensar ¿qué compensar, si esto es imposible? para no exagerar el mérito de la última obra de mi cariñosa amiga.

No me ciega el que *Angela Grassi* sea mi buena amiga y perteneciente al bello sexo; yo, que soy galante y agradecido, sé cumplir mis deberes de crítico, censurando, si bien con bondad y cariño, los defectos de las obras de mis amigos. No creo que me halle alucinado

al asentar aquí, después de maduro examen, que *El copo de nieve* es una de las novelas más morales que conozco, que está destinada á ejercer muy saludable influencia en el bello sexo, y que Juana es un carácter tan bello, que ningún escritor español ha igualado á *Angela Grassi* en este concepto.

Es verdaderamente admirable lo que sucede con *Angela Grassi:* ella no se ha afiliado á ninguna escuela literaria; siempre se ha mostrado ajena á las luchas y aspiraciones políticas; y quizá por esto vive más olvidada de lo que merece, pero no por esto menos feliz y dichosa. Su vida está consagrada á hacer el bien, y á destruir las maléficas influencias de los que con más talento que ella, si se quiere, no han tenido su bellísimo sentido moral. Bajo este punto de vista, no hay por qué callarlo, es la más bienhechora de las escritoras de España, sin que sus obras hayan revestido la altanería de los genios prepotentes, ni la filantropía de las medianías entrometidas.

La Real Academia Española pudo hacer mención especial y premiar *Las riquezas del alma,* de *Angela Grassi;* pero no debió contentarse con esta obra, y no se contentó. Si en la actualidad reconoce lo necesario que es moralizar la sociedad; si aprecia más esa emanación purísima de los nobles caracteres que crean la belleza moral sin los arrebatos de la

belleza diabólica, que las calenturientas creaciones de los genios que envuelven la corrupción en los más engañadores elementos, no debe vacilar en dar público testimonio de su aprecio á la modestísima escritora que ha sabido llevar el consuelo á muchas almas desgraciadas y á punto de caer en el precipicio del crimen ó del pecado, interesándolas y halagándolas con muy tiernas, muy poéticas y muy delicadas situaciones.

Yo deseo llamar la atención de los críticos que no han parado mientes en *El copo de nieve*, para que lo examinen y manifiesten si en la novela española hay alguna creación más perfecta que Juana. Yo deseo llamar la atención de la Real Academia Española, por lo mismo que tan apegada se halla á sus tradiciones, para que reconozca esta obra, que es la más bella de todas las novelas morales y la más necesaria dentro del hogar doméstico.

Esos críticos que han hecho profesión pública de su imparcialidad y amor á lo bello, y que en el santuario de su conciencia son los primeros en aplaudir y reconocer la necesidad de las obras morales: Valera, Revilla, García Cadena, Cortazar, Escosura, Pacheco, Alas y tantos otros, ¿han podido leer esta obra y dejarla pasar sin admirarse, pero admirarse grandemente, de tanta belleza moral?

Esa Academia, vetusta y rancia para algu-

nos, pero á la que ni aún sus más apasionados enemigos podrán negar su competencia, su mérito, su buen deseo, porque en ella se albergan los más sabios varones, las gloriosas tradiciones literarias y el atemorizado espíritu de la más sana moral cristiana, sin mezcla alguna de conquistas modernas que al espiritu se refieren, y que para ella son aparentes; esa Academia, repetimos, no debe confiar sólo en que acudan á sus certámenes para repartir sus galardones y ejecutorias de mérito; debe acudir solícita en busca del bien para otorgar la gracia al que tenga la dicha de haberlo hecho dentro de lo que es objeto de su instituto.

Tengo por la dicha mayor que una mujer puede alcanzar el haber creado á Juana y parecerse á ella.

¡Qué dicha deberá sentir *Angela Grassi,* si después de haber creado la perfección moral, hubiera sido el modelo de tan bellísima creación!



SU UNICO HIJO

POR

LEOPOLDO ALAS (CLARIN)

Ya tenemos otro *herrero de Quintanapalla,* que, según cuentan, de tanto martillar, se le olvidó el oficio.

Clarín, critico de buena cepa, que ha seguido la labor expurgadora, con más método que ningún otro, y que más que ningún otro ha hecho por la historia literaria española del presente siglo, (testigo el tiempo), martillea de continuo contra los novelistas que presentan tipos nuevos, ó preparan desenlaces demasiado efectistas y martillea con mucha razón; pero; he aqui á *Clarín* novelista, con *Su único hijo,* y en esta obra con *Bonis,* protagonista, al cual le meten el dedo en la boca y no muerde. Basta de sentido figurado.

Clarín, que sabe mucho y que penetra decididamente en el fondo de los libros y en lo.

íntimo del alma humana, ha querido hacer un alarde de ello y pintar en esta novela, *Su único hijo,* un cuadro de costumbres provincianas, que, por lo mismo que están faltas de relieve, son de mucho más análisis, y lo ha conseguido, debiendo decir, no ya que ha salido airoso en su empeño, sino que ha fotografiado, con exactitud admirable, todas esas pequeñas cosas que sólo miramos por la superficie los que vivimos en provincias; pequeñas cosas en que los ojos vulgares no ven más que hechos, como el que mira rodar una piedra desde la altura, con más ó menos velocidad, mientras que el observador entrevé inmediatamente la acción de la gravedad y las relaciónes que deben existir entre la pendiente, el peso y el volumen con dicga velocidad.

Así, *Clarín* no ve únicamente hechos aislados en esos incidentes de la vida social de los pueblos pequeños, sino que procura ahondar las causas y lo consigue, desentrañándolas ó investigando el espíritu humano y mostrando el medio ambiente en que los demás no se han fijado, ni aún fijándose, lo hubieran desenvuelto como lo hace el autor de *La Regenta.* conocido.

En una capital de provincia viven *Bonis,* espíritu dislocado, digno marido de Emma Valcárcel, temperamento erótico, más bien por voluntariedades no reprimidas que por

necesidades de la materia. Tienen ambos esposos de administrador de sus bienes y propiedades á un tío de Emma, don Juan Vepo, con lo cual, el marido puede convertirse, y se convierte efectivamente, en una completa nulidad, pero también en una encarnación del vicio, al que le arrastra é inclina la atmósfera de malicia en que vive y se agita. Y así sucede. Una compañía de ópera actúa en el Teatro; *Bonis,* maltratado por su mujer enferma, se enamora de la tiple Serafina, y es correspondido. Emma recobra la salud, adivina todas las picardías de su marido y las de su tío, el administrador, y forma un plan diabólico para faltar á su marido, allí donde éste más había gozado, es decir, en el teatro, enamorando al barítono y derrochando su fortuna, á fin de que el tío y sus parientes no participen de ella.

Todo lo que en la acción de esta novela sucede, desde que Emma empieza á realizar sus propósitos, hasta la catástrofe final, episodios, peripecias, hechos y sucesos es inconcebible, aunque concedamos que, como excepción, puede suceder; y no sólo puede, sino que sucede ó ha sucedido, que á tal afirmación nos llevan lo admirablemente concebido y desarrollado que se presenta el cuadro con su acción y sus detalles. Pero este mismo mérito, que á nosotros nos convence, debe convencer de igual manera á los perso-

najes que toman parte en la acción de la novela, y sobre todo á *Bonis,* el cual está retratado de mano tan maestra y con tal relieve, que nada tendríamos que reprochar si no se empeñara en ver á *su único hijo.*

De las relaciones amorosas entre el barítono y Emma, ésta ha quedado en *estado interesante.* Sea ó no verdad fisiológicamente, lo adivinan y lo murmuran todos, menos *Bonis,* al que se le ha metido en la *mollera* hacerse hombre formal cuando tenga un hijo y está en camino de serlo, cuando Emma da á luz con toda felicidad.

Aquí está lo endeble y lo quebradizo de la novela. Nada vale que el autor haya, en sazón oportuna, presentado el renacimiento de una iniciativa conyugal, largo tiempo abandonada, porque también hace coincidir las intimas relaciones de Emma y el barítono con el período oportuno para que la murmuración pueda tener algún fundamento. Sería preciso suponer á *Bonis* tonto hasta la estupidez,—y el autor no lo supone, haciéndole al contrario muy dado á extrañas filosofías, que aunque prueben un desarreglo mental, son clara prueba de espíritu despierto y avisado,—para que después de haber contribuído, (por saborear más libremente la posesión de Serafina), á facilitar las infidelidades de su esposa, no cayese del burro, como se dice en lenguaje vulgar.

Aun admitiéndose, y es mucho admitir, que con tantos detalles de prueba, de indicios, por lo menos, como hay para engendrar la duda, antes del parto, en el parto y después del parto, no se concibe que no se apee *Bonis* de su estupidez, ésta no puede ya soportarse, cuando Serafina, abandonada de todas sus amigas y convecinas, que la contemplan con ojos de acero y miradas puntiagudas, le dice:—*Bonis,* siempre fuiste un imbécil. Tu hijo..... no es tuyo..... es del organista.

Desde aquí la novela de Clarín es una aberración.... aunque sólo sea de media página, que es lo que resta para concluír el libro.



PRÓLOGOS

PRÓLOGO

al poema histórico de Patrocinio de Biedma

EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA

Mi deseo.—Objeto de los prólogos.—Pensamiento de la autora.—Quién es Patrocinio de Biedma.—Su corazón.—Su fantasía.—Su inspiración.—Sus sentimientos.—Su poesía.—Por qué ha elegido asuntos épicos.—Sentimientos que en ella despertara el sitio de Zaragoza.—Su poema es un canto épico; sintetiza la guerra de la Independencia.—Ésta es verdadero asunto del poema histórico.—Situación de España.—Cuadro que veía Patrocinio.—Su poema—¿Qué es?—¿Qué representa?—¿Por qué lo ha escrito?—Su verdadera poesía.—Su genio.

Abandonada, muda, huérfana de sus más robustos sones, deslustrada por el poco uso y casi olvidada por los que más amaban su estruendo sonoroso, yacía en nuestra patria la trompa épica que, con tanta gloria empuñaron Ercilla y Balbuena entre los antiguos, Quintana y Justiniano entre los modernos, cuando hirieron nuestros oídos los acordes y

sublimes ecos del privilegiado instrumento que, hacía vibrar, empleando para ello el encanto y suavidad de las formas, la pureza de los sonidos, una mujer que, abandonando momentáneamente la lira que hasta ahora ha pulsado, con placer y deleitable embeleso de cuantos han escuchado sus vibraciones y han sido heridos por los destellos de su inspiración, siempre brillante, cada vez más fecunda y jamás debilitada, empuñó con noble osadía y brioso ímpetu el bélico clarín, dispuesto á producir potentes y armoniosos acordes, notas dulces y graves, que pugnaban por esparcirse y extenderse á impulso de su poderoso genio.

Entre el asombro y la sorpresa que este hecho ha debido producir á los que conocen, siquier sea sólo por sus obras, á la bella poetisa, como nos lo ha producido á nosotros, una idea se destaca y eleva sobre todas, idea que, al par que nos colma de sincera alegría, por ver resucitar en nuestra época la afición á los trabajos épicos, un poco dados al olvido, nos causa cierto particular despecho y amargura, hijos del amor propio, y efecto de la convicción que de nuestra superioridad tenemos, acaso sin razón, los que pertenecemos al sexo fuerte, al ver que es una mujer, la que olvidando la dulzura de su genio, su proverbial aversión al ruído de las armas y

á todo lo que no sea dulce, tierno y consolador á la vez, rompe por todos los obstáculos que su edad, sexo, condición y carácter acumulan á su paso, y emprende la tarea de cantar las glorias de su patria, que están vinculadas en las de su familia, con voz fuerte, vigorosa, enérgica y valiente.

Antójasenos en este punto que hay mucha semejanza entre Patrocinio, al realizar esto, y el niño que ahueca la voz y se empina sobre las puntas de los pies para aparecer de mayor edad. Oculto en la oscuridad os parecerá un hombre, y vuestra sorpresa, al reconocerlo y observar vuestro engaño, no será menor, ni desemejante, á la del que sin conocer el nombre de la autora lea el poema de *El héroe de Santa Engracia,* porque parécennos, en verdad, impropios de una mujer, el vigor, la lozanía, brillantez y fuerza de expresión que en él se revelan y mucho más, si se considera que esa mujer es joven y bella y como tal festejada; una mujer que nacida en cuna de marfil ve abrirse ante su vista extensos y risueños horizontes, á quien la naturaleza presta sus galas y el amor brinda con sus encantos, y que nada es más natural que entre las diversas sendas que conducen al Parnaso, escogiera aquella ó aquellas cuyos bordes matizan las flores, sirve el césped de alfombra y alegran los pájaros con sus melodiosos

trinos que, una erizada de peligros, dificultades y obstáculos en la que se ve obligada á luchar con su genio y carácter y con las preocupaciones de los hombres, inconvenientes, no menos temibles, que la dificultad de poseer la elevación de lenguaje y entonación necesarias para dar cumplido fin á su tarea.

Y llegamos al cúmulo de la extrañeza, al pensar que Patrocinio no abandona su preciosa lira por haber desistido de arrancar á sus cuerdas los sones que encantan, las melodías que embelesan, las armonías que arrullan con su poderosa dulzura, su ternura sin rival, ni porque medite dedicar exclusivamente su claro ingenio, su exuberante imaginación á los cantos épicos; no, Patrocinio, echa esta excursión al terreno épico con la que satisface uno de sus más ardientes deseos y halaga el más preciado y puro de los afectos, tributando á las personas de su familia la admiración y alabanza á que se han hecho acreedoras por sus méritos y sus virtudes, volverá, no lo dudamos, á su antiguo campo en el que tan variados y ópimos frutos ha cosechado y cosechará en adelante, de seguro, dándonos con ello el más grato placer, sin que esto suene á censura de su atrevida excursión, ni mucho menos, que mujeres como ella se lo merecen todo y todo debe serles perdonado.

Loable y digna de encomio es la idea que

ha precedido á la formación del poema, bajo el doble concepto de que su fin tiende á ilustrar, ensalzándolos, los hechos gloriosos de la nación española y á perpetuar, al mismo tiempo, en el pueblo y en su familia, el recuerdo de las acciones heróicas de los hijos de España, y de los que la están unidos por los vínculos de la sangre. De este modo saltan á la vista del lector, menos perspicaz é ignorante, las condiciones de la poetisa, el patriotismo refinado, el amor á las glorias patrias, la adoración y respeto de aquellos de sus mayores que honraron, abrillantaron y sostuvieron los timbres de su siempre ilustre casa, cualidades que no son las menos apreciables de las que campean en el curso del poema.

Estas páginas del porvenir como admirablemente las llama en su dedicatoria, lo son verdaderamente, toda vez que están destinadas á perpetuar uno de los hechos más gloriosos de nuestra historia que, esculpido en bronces y escrito con caracteres indelebles, contribuirá, sin duda alguna, á dar inmortalidad al libro, porque hay ideas que impregnan de su esencia especial los objetos que les están íntimamente ligados; y si el libro de *El héroe de Santa Engracia* no es una joya comparable á las que han producido nuestros mejores ingenios es y será una página brillante que honrará á su autora y la dará la conside-

ración á que se ha hecho digna por tan difícil como trascendental empresa.

Tiémblanos el pulso y extremécese nuestro corazón al pensar que vamos llegando, en el curso de nuestro trabajo, al momento de analizar detenidamente el poema, objeto de este prólogo, porque antes de vernos en la necesidad de criticar lo que por ser producto del más puro sentimiento, del afecto más acendrado, no debiera estar sometido á la crítica, desearíamos poseer el pincel de Murillo, la musa de Zorrilla para embellecer y adornar este cuadro, del que sólo acertaremos á concluir el deslucido y abigarrado marco en vez de constituirnos en aristarcos de sus escasos defectos, bien poco distintos entre las innumerables bellezas que los envuelven y oscurecen.

Pero como quiera que no basta la lectura del poema á dar perfecta y cabal noticia de la idea que entraña sin que la acompañe la ilustración comentariada, el análisis razonado, y, más que todo, el minucioso examen de las causas que han presidido á su formación y del fin á que aspira, vémonos en el angustioso trance de hacer, contra toda nuestra voluntad, la crítica razonada de este libro, porque, decimos, repitiendo lo anteriormente expuesto, preferiríamos en esta ocasión ser poetas á críticos, toda vez que los hechos humanos

pueden ser vistos bajo estos dos diferentes prismas, y es preferible, cuando se trata de productos que tienen su origen en el corazón más que en la cabeza, hacerlo en el primero y general concepto.

Para ser consecuentes con nuestros propósitos preciso se hace dar á conocer el pensamiento de la autora, magnífica y perfectísimamente expresado en su dedicatoria al Marqués de San Miguel, y no bastando esto, á nuestro objeto, parécenos conveniente y oportuno hacer el retrato psíquico-moral de la misma por medio de una, en cierto modo, semblanza explícita y acabada.

Patrocinio reune, á una inteligencia muy poco común, un talento claro y despejado, un ingenio vivo, cuya vivacidad la hace dar vida y movimiento á cuanto toca; posee una instrucción vasta y sólida que realza un perfecto conocimiento de la lengua castellana, que maneja á su placer, y, sobre todo, una imaginación, á prueba de desencantos, que circunda cuantos objetos le son gratos de una aureola poética que la seduce, llevándola á pintarlos tal como los ve y no, tal vez, como son.

Esto en cuanto á la parte más noble del alma que preside el entendimiento; por lo que respecta á la parte más pura, por lo que toca á su corazón, puede admirablemente aplicársele el gráfico dicho vulgar *lo tiene en carne*

viva y nosotros, amplificando, añadimos: Patrocinio es toda corazón, toda senlimiento, toda amor á Dios á... la patria, á la familia, al cielo, á la tierra, á sus recuerdos, á sus esperanzas, á lo real y á lo imaginario. Afable, cariñosa, compasiva, llena de sublime piedad cubre sus ojos con la venda de la fe, á través de la cual aún tienen fuerza sus miradas para dirigirse al porvenir y ver las desdichas que puede mitigar la caridad.

El ardor de su sangre meridional la obliga á amar con frenesí, como lo haría á odiar con vehemencia; si este sentimiento no estuviese desterrado de su corazón, en el que sólo caben los que le ablandan y engrandecen, jamás los que le achican y hacen duro. La bondad de su corazón se halla estereotipada en su semblante que animan siempre la afabilidad de su sonrisa, la dulzura de sus miradas. que no dejan adivinar la energía de su carácter, ni la impetuosidad de su genio.

¿De dónde toma Patrocinio esa inspiración continua é inextinguible que la presta asuntos notables y variados, formas brillantes, imágenes seductoras y pensamientos nobles y elevados, por medio de la cual canta, refiere, describe, adorna, pule y embellece cuanto sale de su privilegiada pluma? ¿No es esto de extrañar tanto más cuanto que estamos conformes con *Velisla*, en que es difícil, por no decir im-

posible, hallar inspiración en una época en que la cabeza ha sustituído al corazón, el cálculo al sentimiento, el egoismo á la caridad, la fría, grave y descarnada autoridad de la razón, al suave, dulce y encantador dominio del afecto puro y santo, de la sensibilidad delicada y exquisita?

A pesar de todo, hay almas superiores que, abstrayéndose por completo de las miserias y debilidades humanas, buscan en esferas más sublimes y dilatadas la inspiración que el suelo parece negarles, y aún saben, en medio del lodo y de la podredumbre actual, atravesar, sin mancharse sus inmundas capas, para hallar la perla oculta en el cieno, el diamante cubierto por la roca, que se encargan de pulir y desbastar, haciéndolo después brillar y lucir en una diadema de inapreciable valor, de la que forman el mejor adorno.

Y una de estas almas superiores es Patrocinio, que, con su brillante fantasía, halla do quier motivos para cantar en todos los tonos, y que sabe, con particular discernimiento, presentar las bellezas poéticas despojadas de cuanto tiende á desvirtuarlas y á hacerlas deformes.

Y no es sólo su inteligencia, á la que ayuda una poderosa intuición, la que le guía á hallar inspiración en las cosas más vulgares para otros, sino que encuentra siempre en su

corazón fecunda é inagotable mina de sentimientos puros y de tiernos afectos; tesoros de encanto y poesía que brotan á raudales de sus labios, de su pluma, de sus ojos, de todo su ser, cuando habla, escribe, mira ó se aparece á la vista de cualquiera.

Tiene, además, la joven poetisa. una cualidad grande é inapreciable, como que Platón hacía consistir en ella la poesía: es el entusiasmo, ese sentimiento, que es también una idea, porque nace en la cabeza para llenar el corazón, que da fuerzas á los débiles y aumenta las de los fuertes, que anima y vivifica, que enciende y estimula, y que produce los héroes y los mártires, presidiendo á todas las acciones grandes, á todos los hechos gloriosas, á todas las sublimes manifestaciones del poder, de la ciencia, de la virtud del hombre que encuentra cumplida satisfacción y recompensa proporcionada y sus sacrificios, ó sus duelos y trabajos en la posesión de tan noble sentimiento.

Y es precisamente él mismo, el que, sin dejar de la mano á otros, por lo menos tan nobles y poderosos como el amor á la patria y á la familia, ha impulsado á Patrocinio á escribir el poema de que nos ocupamos, porque es bien cierto que si hay sentimientos que se oponen casi siempre á ser abrigados por algunos pechos, más aptos para dar cabida á los dul-

ces, tiernos y consoladores que á los fuertes, grandes y enérgicos, también lo es que una vez apoderados de su corazón, siquiera sea éste femenino, y, como tal, tímido y apocado, lo llenan completamente hasta rebosar y producir una explosión como la que representa el libro de Patrocinio.

Esto explica cumplida y satisfactoriamente el por qué ha escogido para asunto de su poema el hecho glorioso que describe y dará la razón de su retorno á la poesía lírica, porque una vez satisfecha su aspiración y cumplido su anhelo se encontrará allí más en su centro, como la cándida paloma que halla en la hermosa primavera abundante y nutritivo alimento sin verse expuesta como en el triste invierno á los enconados tiros, á las trampas y redes del despiadado cazador.

Por lo demás, en este, como en todos los trabajos de la autora, brillan las galas líricas, como tendremos ocasión de hacer observar cuando nos ocupemos de la forma especial de su poesía; lo cual, al mismo tiempo que hace menos árida y pesada la lectura del poema, ameniza, deleita, encanta y seduce á la imaginación, y hace el conjunto más agradable, perdiendo de este modo gran parte de la austeridad y monotonía peculiares de todo canto ó poema épico.

Consta el poema de dos partes, dividida cada una en seis cantos, con su título particu-

lar; todo va precedido de una dedicatoria, de que hemos hecho ya mención, y seguido de veinte notas y una *copia de la certificación dada por el General Palafox de los hechos del brigadier Qüadros, cuyo original se conserva en la Real Academia de la Historia.*

Todo el poema está escrito en octavas reales, combinación métrica la más á propósito para esta clase de asuntos, toda vez que los dos pareados se prestan admirablemente á reforzar el pensamiento condensándolo, y á encerrar una exclamación enérgica, profunda y oportuna.

El canto primero, que lleva por título *La batalla de las Heras,* principia por una invocación á la historia patria y á los héroes de la misma, y después de protestar en él la autora de la escasez de sus fuerzas, describe en un bello y animado cuadro el movimiento, ardor bélico y entusiasta anhelo que se notaba en Zaragoza al mediar el año de 1808, de gloriosa memoria para los españoles, como que en él probaron éstos que no es empresa fácil arrebatarles su querida independencia, ni hay sacrificios que no estén dispuestos á realizar por defenderla y por vengarla.

Contrastan notablemente en este canto las felices y exactas comparaciones del ímpetu y bélico coraje de los españoles á ciertas escenas de la naturaleza, con los severos y furi-

bundos apóstrofes al enemigo, la trascripción poética de las arengas y discursos de los héroes del quince de Junio con las sentidas y profundas reflexiones sobre el valor y la pericia bélica de un pueblo que arroja la esteva y el arado para empuñar la espada y el fusil; la brillante y engalanada descripción del combate, del asalto, de la lucha individual con el magnífico exabrupto en que las escenas de horror hacen prorrumpir á la poetisa.

Vése con placentera sorpresa al lado del elevado pensamiento que en florida frase viene á dar cumplido conocimiento del hecho que condensa y entraña, el tributo de admiración y respeto á aquellos esforzados adalides, cuya pericia, ardor, heroismo y patriótico entusiasmo tan breve y perfectamente se encuentra retratado.

Todo es bello en este canto, el pensamiento que lo inspira, la idea que lo preside, la forma que lo desenvuelve, hasta la especie de letal desmayo en que parece caer la autora, cuando despues de referir la batalla empeñada y la victoria conseguida desciende en una ligera digresión del tono alto y sostenido que domina en todo el canto.

Titúlase el canto segundo *Juramento de los defensores*, y en el pinta admirablemente la calma que sigue á la agitación pasada; la esperanza que reanima; la victoria conseguida;

el entusiasmo, siempre creciente de los valientes zaragozanos; la enérgica actitud en que se colocan, después del triunfo, lejos de ellos la idea de adormirse con su encanto; el sentimiento del deber que late en sus pechos denodados; la confianza que procuran inspirar á los más tímidos y apocados, ocultando el peligro y demostrando la seguridad de renovar los laureles adquiridos; la patriótica unión que reina en todas las clases, en todas las gerarquías, viéndose confundidos el noble con el pechero, el sacerdote con el militar, el cuadro de armonía y esplendente belleza que presentaba natura en aquellos momentos en que el sol parecía complacerse en iluminar con sus más bellos rayos la gloria de los héroes de la independencia española y la brisa oleaba las frentes de los adalides que, la fatiga del combate había empapado de noble sudor. Brillan en este canto, más que en el primero, las comparaciones felices y oportunas, verdaderas imágenes que presentando á la imaginación del lector el cuadro exacto y acabado de los objetos y lugares que pintan, contribuyen poderosamente á dar á la frase un sabor poético y lírico, colorido que seduce y lleva el pensamiento como deslizándose por una suave pendiente á cuyo fin se espera, se adivina, la cumplida satisfacción de un deseo fomentado y entretenido al mismo tiempo.

Magnífica, sobre todo encarecimiento; es la descripción del entusiasmo que después de la batalla anima á los vencedores, traducido en la unidad de miras que, en todos se observa, ya viendo los proyectos que forman, las medidas que proponen adoptar para impedir que el triunfo se convierta en derrota, tomando el enemigo la revancha, ya la generosa insistencia con que sin escuchar la voz de la razón y de la prudencia que, dicta la quietud y el reposo momentaneos, piden todos combatir á las huestes enemigas costando gran trabajo y debiéndose sólo al respeto, que los zaragozanos, como españoles que son, tienen y han tenido siempre á la autoridad y á sus jefes, el que tal ardor sea moderado y contenido dentro de sus justos límites, sin dejar por eso que se apague y tratando, por el contario, de robustecerlo y afirmarlo por medio de la sublime ceremonia del juramento.

Caprichosamente descritos están el día y lugar en que debía celebrarse este solemne acto; brilla aquí el más refinado lirismo que, como la rosa entre sus hojas. sirve para que la mente se detenga con delicia en esta brillantes imágenes para pasar como por una sencilla transición, del animado y fuertemente acentuado cuadro de bullicio y algazara del pueblo zaragozano al espectáculo del recogimiento y respetuoso silencio con que se ce-

lebra la solemnidad del juramento que el jefe toma á aquellos esforzados paladines, y que es notable por el modo en que está formulado y el pensamiento que entraña, hallándose breve y sencillamente expresada la espontánea unanimidad, así de los que toman, como de los que prestan el juramento sagrado de defender con la independencia patria la libertad amenazada y la honra que trataron de mancillar aquellos fieros y altivos conquistadores, que sólo por la traición pudieron un momento sojuzgar á la patria de los Cides y de los Guzmanes, la que, después de ocho siglos de constante y encarnizada lucha consiguió acabar con la dominación sarracena, á que otra traición había dado principio.

El *canto tercero,* titulado *Una traición,* trata en su mayor parte del horrible siniestro que la historia nos cuenta del incendio del Seminario destinado en aquellos momentos á cuartel y almacén de utensilios, siendo notable la manera con que se halla pintado el estrago producido por el furioso elemento, el terror y la agonía que oprimía los corazones de aquellos héroes, mudos en presencia de la catástrofe y que veían desfallecidos, puesto que era forzoso dividir su atención entre el enemigo que desde fuera insultaba su valor y el que dentro de su recinto amenazaba realizar lo que

el otro intentara en vano, esto es, doblegar el espíritu aragonés, que es condición humana humillarse á las desgracias que el destino ó la fatalidad provocan, no así, con tanta facilidad, á las que tienen su origen en la soberbia ambición de otros hombres.

Presenta la autora, en animada confusión á los habitantes de la inmortal Zaragoza, acudiendo con noble solicitud y patriótico celo á combatir al enemigo, que tan poderosamente secunda los esfuerzos de otro no menos traidor y violento, y vense allí hombres y mujeres, niños y ancianos llegar, todos animados de laudable intención y ardoroso deseo, á ayudar á extinguir el poderoso incendio, uniendo sus fuerzas á las de los que trataban de atajarlo, poniendo para ello en riesgo su existencia.

Después de una bellísima digresión en la que se ocupa de las mujeres con motivo de haber sido muchas las que en aquel triste momento contribuyeron á disminuir los estragos del feroz elemento, llevando agua y poniendo á salvo objetos que era preciso librar de la acción del fuego, viene á convenir con nosotros al afirmar que se halla fuera de su centro, al cantar estos hechos en la forma en que lo hace, porque, como dice muy bien,

«............ quien sólo cantó sueños
No puede realizar estos empeños.

Hecha esta digresíón, vuelve á tomar el tono que dejara, no brusca é impetuosamente, sin transición alguna, sino suave y lentamente, á la manera del músico cantor que, antes de alcanzar la nota que ha de sostener su canto y dominar en él, recorre con singular maestria las demás de la escala, produciendo armoniosos arpegios ó brillantes y sentidas variaciones.

Una vez á la altura de su cometido, detiénese á pintar el pavoroso desfallecimiento que el siniestro referido produjo en los zaragozanos, la reacción que en ellos se verifica cuando llegan á comprender que tan terrible desgracia puede ser un cobardė ardid de los invasores ó mañosa traición de algún ser miserable á ellos vendido, pensamiento que justifica la odiosa conducta de aquéllos desde que pisaron el territorio español y que confirma el ver que á aquel suceso responden determinados movimientos de las huestes enemigas, que en vano intentan prevalerse del natural terror que el hecho infundiera á los heróicos defensores, pudiendo, muy bien, datar de aquel punto, el convencimiento que los franceses llevaron á Francia, de que los españoles no pueden ser vencidos, ni por la traición, ni por la fuerza, cuando defienden su independencia.

Termina el canto con la relación brillante y detallada del combate que siguió al incen-

dio, combate en el que, á pesar de hallarse las fuerzas de los defensores harto menguadas, rechazaron, una vez más, las águilas imperiales, siendo notable la defensa del monte de Torrero, hecha por escaso número de hombres que, defendidos por la escabrosidad del terreno, determinaron la derrota del francés, consiguiendo una victoria tanto más brillante y admirable, cuanto que, el ejército derrotado había sido hasta entonces invencible, á pesar de haber llevado sus armas desde el Pó hasta el Danubio, de los Alpes al Cáucaso, de Rusia á Egipto y de haber vencido una por una y unidas entre sí, á las demás naciones de Europa, cuyos soldados no debieron de tener el temple de los españoles, cuando se dejaron sojuzgar por gentes extrañas, que, arrebatándoles, con sus glorias, su libertad é independencia, las uncieron á la triunfal carroza de su ambicioso caudillo.

El canto cuarto, que lleva por epígrafe *Temores,* es sólo un incidente del poema, en el que se manifiestan la duda y el temor que los tristes sucesos recientes engendran en aquellos pechos esforzados, temor y duda que alimenta la creencia de que la traición se alberga dentro de los muros de Zaragoza, que puede llevar al pueblo á escesos é imprudencias que origina la desconfianza y que no es bastante y disipar el recuerdo de la

reciente victoria, la esperanza de otra más grande y gloriosa.

Hácese ver la falta de un jefe valiente y entendido, de genio y corazón que dirija el belicoso ímpetu de aquellas enardecidas falanges, y muéstrase el deseo, que á todos anima, de que esto suceda, porque es evidente que todo grupo de fuerzas sin armonía, sin dirección, acaban por destruirse á sí mismas, en vez de obrar unidas en el sentido más conveniente.

Insiste la autora, al comenzar este canto, en manifestar que sus fuerzas son más adecuadas, y es más propio de su carácter, el cantar amores que combates, é insistimos, también, nosotros, en confirmarlo y sostenerlo.

Una prueba más de lo que dejamos dicho es el canto siguiente, que es el quinto, titulado *El bombardeo*, en el cual, la poetisa, se halla en su elemento describiendo, á maravilla, la belleza de una noche de verano en que la luna brilla en el cenit, la brisa mueve las flores con blandos susurros, los astros iluminan con su tibia luz los campos matizados de verdura, las aves llenan con sus trinos el espacio embalsamado, gime el arroyo, ríe la fuente y todo encanta. y habla al corazón, como habla todo lo que es bello, puro, suave y harmonioso, que todo esto se encuentra en la introducción del canto que vamos examinando.

Refiérese á seguido, formando descomunal contraste, el formidable empuje de las huestes invasoras, el horroroso estruendo de la artillería, el incesante clamoreo, la agitada confusión que precede al bombardeo, y allí, en medio del espantoso choque de las masas que se baten fuera, el espanto producido por los que dentro sufren las consecuencias de tan terrible acontecimiento, se ve el triste cuadro de la madre que oculta sus hijos y tiembla al más pequeño ruído, de la joven que despide á su amante con las lágrimas en los ojos y el luto en el corazón, cuadros que entona y colorea fuertemente el entusiasmo, que hace ver, en el llanto debilidad, en la tristeza temor, y en la desesperación falta de patriotismo.

Triste y desconsolador es en efecto el cuadro que se describe, pero, encierra tanta verdad, está tan maravillosamente adornado, que todo contribuye á formar el pensamiento, la idea del hecho, descrito de un modo tan vivo y eficaz, que parece al lector estar viendo el herido que cae, el tímido que escapa, la madre que llora, el valiente que anima y estimula á los que no lo son, y escuchar el fatídico son de la campana de la torre Nueva que da aviso con su fúnebre lamento de la caida de una bomba y cree ver á los héroes que se baten fuera de los muros, envueltos

en un torbellino de llamas, caer al pie del cañón ó empuñando el arma mortífera, con los ojos vueltos á la ciudad, por la que dan sus vidas, y las facciones, que el despecho y el coraje contraen, expresando el odio á los extranjeros, cuya huella ni aun pudo borrar la muerte con su helada y descarnada mano.

Medidas defensivas es el título que encabeza el canto sexto, y en él parece que la autora se encierra en un prolongado éxtasis que, abstrayéndose completamente de su idea principal, la hace vagar con delicia por los recuerdos de otros tiempos en los que el amor de la familia, el ejemplo de sus virtudes, la pura y noble felicidad que en su seno gozado había, despiertan en su alma, siempre propensa á recrearse con cuanto tierno y dulce existe en su rededor y dispuesta á anegarse en sus indefinibles encantos. Y ahora es cuando, como inimitables preludios de música melodiosa, entona dulces sones á la paz del alma y tranquilidad de conciencia, á la deliciosa expansión del amor filial, al honor, á la virtud, á la lealtad que, habiendo sido los timbres de sus mayores, hallan en ella reverente y fervoroso culto, respetuosa admiración y constante deseo de imitar el ejemplo de quienes fueron ardientes sostenedores de estas virtudes.

Complácese en renovar las imágenes de otros días para con su recuerdo tomar fuer-

zas y vigor, é inspirándose en el amor á la patria que en todas y en cada una de sus frases sobresale, como límpido rubí entre pálidos topacios, cantar las glorias de la misma empresa que, si deja algo que desear en cuanto á la fuerza y energía de su ejecución, supera cuanto pudiera decirse en lo que respecta á la finura, delicadeza, elevación de ideas y sentimientos y melancólica dulzura que campean en todo el curso del poema.

Prueba en sentidas y harmoniosas octavas que no es el sentimiento religioso, tan arraigado en los pechos españoles, el que menos contribuye á dar al alma la fortaleza, que tiene conciencia de sí misma, la convicción del derecho de la justicia que asiste al oprimido contra el opresor, que hace héroes de los cobardes, mártires de los pusilánimes, demostrando la santa ira, el piadoso coraje que las sacrílegas profanaciones encendieron en aquellos esforzados paladines de la mejor de las causas, ira y coraje traducidos en el belicoso entusiasmo, en el formidable ímpetu con que resisten y rechazan las huestes enemigas, sin que el peligro le extremezca ni haga volver atrás, sin que la mayoría del número disminuya un quilate el valor de sus corazones, sin que el violento empuje de las masas contrarias les haga dudar del triunfo, que nada anima y estimula más el corazón humano que la

posesión de una idea, de un sentimiento en los que está personificado cuanto de noble, digno, santo y consolador existe para él.

Termina este canto con un himno,—si así puede llamarse,—á la inmortal Zaragoza, cuyo recuerdo será imperecedero, cuyas virtudes cívicas y el valor de sus habitantes pusieron tan alto el honor patrio, probando que es imposible de toda imposibilidad que un pueblo como España, inspirado en sus tradiciones históricas y religiosas, iluminado por el amor á la libertad y á la independencia y enardecido por la traición execrable de un enemigo indigno pueda ser sojuzgada, vencida, ni humillada.

Esta primera parte lleva por epígrafe general *El Sitio de Zaragoza*, y su lectura nos ha hecho vacilar más de una vez en nuestra opinión de que es fácil afirmar que es una mujer la que ha escrito el poema, porque si bien es verdad que en las descripciones y líricos arrebatos es donde más se ve y siente á la poetisa y donde más se derrama y extiende su inspiración, no es tan débil y apocada en el resto del poema que no pueda asegurarse que con más tiempo y estudio, con reflexión madura y detenida y exquisito cuidado no hubiera hecho la autora una obra digna de rivalizar con las de los más afamados poetas épicos, pero si se atiende á que el poema

todo está impregnado de la dulzura y sensibilidad que caracterizan á Patrocinio, y que tan impropios son de este género de poesía, y á que, sin mirar á su corta extensión, la forma en que está escrito no es tampoco la más á propósito, por ser requisito indispensable la energía, solidez en los pensamientos y nervio poético, de que la mujer es necesariamente incapaz, debemos convenir, confirmando nuestro aserto, en que la joven poetisa se ha engañado si se ha propuesto escribir un poema épico, y ha ido más allá que su pensamiento si únicamente se propuso formar un poema histórico. Esta es también su opinión y será, á no dudarlo, la de cuantos lean el poema *El héroe de Santa Engracia,* de cuya segunda parte vamos á ocuparnos de seguida.

Lleva ésta por título *El Brigadier Qüadros* y consta, como hemos dicho ya, de seis cantos, dedicados, en su mayor parte, á enaltecer y á honrar la memoria de aquel héroe de la independencia, que no vaciló en sacrificar lo que más amaba en el mundo, y hasta su propia vida, en aras del deber patrio, que siempre tuvo en su alma un templo consagrado á su culto y un altar en su corazón generoso.

Refiérese en el primer canto, en robustas y valientes octavas reales, la dulce felicidad, la tranquila dicha que rodeaban al denodado

militar al tener noticia de la apurada situación de la inmortal Zaragoza; manifiéstase su patriótica decisión de acudir en su auxilio, abandonando aquellos lugares en que el amor le sonreía y la ventura le inundaba completamente, y arrastrando con él á los valientes ciudadanos que hallaron preferible el peligro de las armas, el estruendo del combate, la fatiga y la incomodidad de la campaña, á la dulce tranquilidad y envidiable reposo de sus hogares; cuéntase cómo el pueblo de Teruel, respondiendo á la indicación de su gobernador, le sigue con ánimo decidido, dispuesto á compartir su suerte, sacrificio tanto más admirable y digno de encomio, cuanto que no podía decirse que faltaban á su deber permaneciendo en el sitio que les estaba destinado, toda vez que sin mengua de su honor, podian aquellos habitantes y su heróico jefe, abandonar á su suerte á la capital del reino de Aragón, que harto era necesario y conveniente cuidar de la propia casa, sin exponerla por defender la ajena. Pero en pechos tan nobles como el del ilustre brigadier Qüadros no podía caber el sentimiento de la indiferencia al mirar la desgracia de sus hermanos, y mucho menos cuando en él podía consistir el remedio apetecido, aun cuando para alcanzarlo diese, como la dió, su noble vida y destrozase las fibras más sensibles de su co-

razón y las de los que le amaban. Así que, sin escuchar lo que el suyo le dictaba y obedeciendo sólo la idea de su deber, abandona á su esposa y tiernos hijos, deshecha en llanto la primera, sonrientes los segundos, con la sonrisa de la inocencia, siendo notabilísimo el modo con que la autora transcribe el diálogo que tiene lugar entre los dos esposos, diálogo lleno de pensamientos elevados, de frases dulcísimas y tiernas y arranques enérgicos y vigorosos, envueltos en una forma poética sencilla y elegante, que impide al lector apartar la vista del libro una vez devoradas, para indicar que se leen con ansia las primeras octavas.

Al llegar aquí parece que la autora se recrea en despertar en el lector recuerdos que brotan en su alma, renovando dormidos sentimientos y juega con los del que lee, produciendo en su alma el patriótico ardor que aviva y extiende el relato de la acogida que los turbitanos hacen á su caudillo aclamándole y vitoreándole; y haciendo asomar á sus ojos lágrimas que la sensibilidad, excitada por el relato de la despedida de ambos esposos, agolpa y precipita, nublando la vista por un momento y estimulando el deseo de seguir leyendo una relación tan fiel, breve y sencillamente hecha, como bella, suave y sentimentalmente exornada.

El canto segundo de la segunda parte—*El Dos de Julio*—debiera ser el más notable por el objeto que le da asunto, y es precisamente lo contrario por lo descuidado de su forma y lo vago de ciertos pasajes en que unas veces se sacrifica el pensamiento al sonido, otras éste se sujeta á aquél con gran desperfecto de la armonía y cadencia.

Abundan más en el resto del libro los consonantes alternos asonantados y no escasean los forzosos y los duros. Por lo demás, trátase en él de la acción memorable que en tal día se libró entre franceses y zaragozanos, en la que, sin la oportuna y eficaz ayuda del héroe del poema, tal vez hubieran aquéllos conseguido su depravado intento.

Por lo que sin detenernos á analizar las descripciones y relaciones detalladas de la entrada del brigadier Qüadros en Zaragoza y la alegría é indescriptible entusiasmo que este hecho produce en los habitantes de la inmortal ciudad, de la bizarría y terrible denuedo con que, secundado por su escogida legión, arrolla y confunde á los franceses, sembrando el terror en sus filas. que merma y aclara el filo de su acero, ni del heróico hecho de Agustina de Aragón, que otra Juana de Arco lleva á los pechos aragoneses con el ejemplo de su ánimo valeroso, la confianza y la fe que comenzaba á vacilar.

Valor y abnegación, así se titula el canto tercero, que comenzando por ensalzar el demostrado por los héroes de 1808, que nada pudo menguar, ni los ardides de los enemigos, ni sus crueldades manifiestas, ni su conducta falsa y pérfida, continúa refiriendo las hazañas llevadas allí á cabo, en especial por el invicto protagonista del poema, concluyendo con la relación de las prudentes medidas y acertadas disposiciones del aguerrido jefe, que merecieron la aprobación y alabanza del general Palafox, asentadas en un brillante testimonio que la historia nos conserva.

A pesar de lo desaliñado de la forma, de lo casi trivial del estilo, nótase en todo el conjunto cierta harmonía guerrera y patriótica melodía, que hace menos dura y cansada la lectura de este canto, que con el anterior es de los menos favorecido por la musa de Patrocinio.

El título del canto cuarto, resume en sí el poema entero; *todo por la patria* debió ser la expresión que el sentimiento del deber y del honor arrancara al héroe de Santa Engracia según de su conducta se desprende y por su carácter se deduce.

Y, en efecto, este canto está destinado á probar que no era un vano alarde el hecho heróico y doloroso de Qüadros, sacrificio que el ansia de popularidad, el deseo de la

fama hubiera producido, sino que, el alma de aquél, templada en los combates y fortificada con el hábito del cumplimiento de sus deberes, no se entregaba á luchas estériles entre el sentimiento y la idea, apenas faltaban los testigos cuya presencia podría sin razón sospecharse, había dado lugar á ello. Qüadros, parodiando aquella célebre sentencia de Escipión el Africano, podía muy bien decir: *¡nunca estoy menos solo que cuando estoy solo!* porque no era en verdad el afán de hacerse popular el móvil de sus acciones y le bastaba la voz de su conciencia, cuya inflexible mano le señalaba la senda de su deber, para creerse bastantemente recompensado con la más pura y noble de las satisfacciones, con la tranquilidad de espíritu que la práctica del deber engendra, y lo mismo en el seno de la familia, que en el de la amistad y compañerismo, que á solas con su pensamiento, Qüadros jamás vaciló ni sostuvo lucha alguna, toda vez que, dado su carácter y gloriosos antecedentes, si mandádosele hubiera escalar el pico de Teide y viese en este mandato la indicación de un deber, podría dudar y aun negar la posibilidad de realizar esta empresa, pero no quedaría sin intentarla.

Es cierto que la dificultad y aun la imposibilidad de algunas cosas se atenúa, y á veces se anula, en presencia de genios como el que

canta Patrocinio, cuyo valor y noble decisión allanan los obstáculos, porque combate y lucha con una fe no menor que la del que intentaba mover la montaña de su asiento.

Trascríbese á continuación dos cartas, notables en su género, por los pensamientos que encierran y el afecto en que están inspiradas; una de Joaquina, esposa del héroe, en la que con la amargura propia de la esposa amante y amada, de la mujer tímida y sensible, se queja de la ausencia de su esposo, le llama apurando toda las frases del cariño y tratando de llevar el convencimiento á aquella mente, toda ocupada por la idea del deber, y la persuasión á aquella voluntad de hierro que nada era capaz de torcer, ni las consideraciones sociales, ni el amor de la familia, ni la conservación de la propia existencia.

La segunda carta es del héroe á su esposa y en ella, protestando de su amor y cariño, jamás menguado, á su mujer y á sus hijos, de los impulsos de su corazón, que le llevan á sus amantes brazos, del inefable placer que las palabras de su carta le producían, le manifiesta que sólo el amor, apagando la voz de la razón, había podido dictar aquellas palabras á la débil mujer, enviando un triste y cariñoso recuerdo á su hogar, á sus hijos, cuya vista anhela, y en un arrebato de noble patriotismo, exclama: *¡Todo por la patria!* tras de

lo que viene su triste despedida de la que es imagen y recuerdo una margarita, pálida flor arrancada en el campo de batalla y que Qüadros envía á la compañera de su vida después de haberla besado y suspirado sobre su cáliz.

Ocasión tendremos de ocuparnos de las bellezas de este canto, más notable que los dos anteriores y de más vigorosa entonación, quizás porque al escribirlo consultó Patrocinio á su sentimiento más que á su mente, inspirándose en la tradición histórica que de su familia se conserva y dejando volar, por otra parte, á su pluma por los espacios imaginarios de la poesía.

El penúltimo canto de la segunda parte lleva por título la memorable fecha del *4 de Agosto,* día en que dió principio el segundo bombardeo, y á causa de su corta extensión sólo diremos que en él se pintan admirablemente los efectos terribles y el estrago producido por tan feroz alarde, con vivos colores, constituyendo un cuadro en que á la animación se aduna la verdad y el brillo, y á la sensación de terror que produce, el sentimiento belicoso que despierta.

Ocúpase también de la generosa decisión del aguerrido Qüadros al ceder á Lazán parte de los escasos soldados que defendían el punto por él guarnecido y de las palabras cam-

biadas cambiadas con este general que, en nombre de la patria, prometió á aquel la recompensa merecida sin conocer que sin la esperanza de ésta Qüadros hubiera obrado lo mismo, ni sospechar que el ilustre caudillo estaba dispuesto á morir antes que dejar de defender el puesto que le estaba confiado, aunque con su muerte perdiera cuanto en el mundo dejara, con tal de que la patria alcanzase los frutos del sacrificio de su vida.

Muy bien podía la autora, prolongando este canto, haber dado fin en él al poema, pero aficionada, sin duda, á la simetría ó igualdad artística, quiso que su segunda parte tuviese, como la primera, seis cantos, destinando el último á la acción capital, al hecho que da base y origen al poema todo, ó tal vez quiso reconcentrar todas sus fuerzas y el vigor de sus pensamientos y exprimir todo el afecto y sensibilidad de su corazón para cantar dignamente y con elevado y fúnebre tono y con frases que el llanto entrecortase *La muerte de Qüadros,* que tal es el título del sexto canto de la segunda parte, último de todo el poema.

Empieza éste por describir la espantosa lucha que siguió al bombardeo, en la que, abandonando los cañones los nobles zaragozanos, empeñan el combate á brazo partido, haciendo sólo uso de las espadas y bayonetas: las escenas de horror y desolación, consecuencia

de la refriega y el valor y patriotismo de los que mueren ó caen heridos, victoreando al Rey y á la Patria, la enérgica actitud de Qüadros al pretender arrebatar al enemigo un cañón de que se había apoderado, prometiendo una charretera al que lo clavase y viendo con gozo verificarlo al soldado Ruiz; la sostenida y pertinaz resistencia de los sitiados, el violento ímpetu de los sitiadores, que en aquella acción jugaban el todo por el todo, los prodigios de valor realizados por el héroe que canta, los actos de patriótica abnegación que ejecutan los hombres y las mujeres, entre los cuales descuella el de la Condesa de Bureta, que hizo con sus muebles una barricada frente de su casa, los combates parciales y las manifestaciones hostiles de sus habitantes al entrar los franceses en sus calles, y, sobre todo, la lucha general, en la que después de maravillosos esfuerzos y actos prodigiosos de valor, Qüadros queda sólo, cercado de cadáveres y expuesto á los fuegos enemigos, y cuando trataba de levantar una batería, deshecha por el fuego contrario, recibe una descarga que lo tiende espirante, terminando de este modo una vida llena de sacrificios y virtudes, de admiración y gloria inmensa, pero cuya memoria quedará siempre impresa en los corazones de los españoles, en los que habrá un lugar destinado á consagrarle el tribu-

to de veneración á que se ha hecho acreedor.

Hemos terminado, con gran satisfacción, la crítica de *El héroe de Santa Engracia,* réstanos ahora hacer algunas advertencias aclaratorias que, si bien inútiles para los que conocen á Patrocinio, se hacen necesarias á los que no se encuentran en este caso. Hemos dicho ya que la obra que hemos analizado no es un poema épico, toda vez que, prescindiendo de su corta extensión, carece, aunque no completamente, del estilo peculiar de esta clase de trabajos; tiene sí, la unidad en ellos exigida, pero, échase de menos, la variedad dentro de la unidad misma, de más que, dominando, en él, el sentimiento más que la idea, si es capaz de conmover, produce pequeño asombro, porque las acciones épicas deben considerarse en absoluto y no por la relación que pueda unirlas á otros hechos.

Las circunstancias hacen en ocasiones de un hecho insignificante una epopeya, y si muchas veces un acto humano produce admiración entusiasta é inmenso asombro, no es bastante que pueda producir estos efectos, para calificarle de hecho épico.

Por eso, Qüadros será siempre un héroe de la patria, mártir de su independencia; la narración de sus hechos arrancará lágrimas de ternura y entusiasmo, será querido y admirado, pero esta admiración nada tendrá de

común con la que despierta el Aquiles de Homero, el Eneas de Virgilio, el Bernardo de Balbuena y el Cortes de Justiniano.

Pero si no es poema épico, tiene todas las condiciones de histórico, y, así considerado, merece la aprobación de los inteligentes, por la galanura de su estilo, por lo puro en general y castizo de su lenguaje; por lo florido y brillante de sus imágenes; por el encanto y sencillez de sus descripciones; por el vigor y energía de muchos de sus pensamientos; por el carácter de su poesía; en una palabra, por lo agradable de su conjunto y lo esplendente de su forma.

El estilo de Patrocinio es elástico sobre toda ponderación, grave y concienzudo cuando toca objetos que la gravedad caracteriza, sencillo y familiar cuando se ocupa del que le está íntimamente ligado, majestuoso y poético cuando divaga en sentidas y magníficas digresiones, noble y elevado cuando los pensamientos y circunstancias del asunto lo requieren; toma todos los tonos, recorre toda la escala con singular afinación y produce, á satisfacción, el arrobador embeleso, la alegría sincera, el encanto y la admiración de que su alma se halla en aquellos momentos poseída.

El lenguaje empleado en su poema, es castizo y puro en su mayor parte, y si bien la

propiedad y corrección se resienten, algún tanto, de la escasez de conocimientos filológicos de la autora, como mujer que es, este defecto se halla compensado superabundantemente por lo florido y harmonioso de la dicción, por lo escogido de la frase y la rotundidad de la cláusula.

Para nada debo ocuparme de los pensamientos acá y acullá sembrados por Patrocinio en el curso de su poema, ya que basta leer éste para formar idea perfecta de su nobleza y elevación.

Su poesía, ya lo hemos dicho, es eminentemente lírica, llena de adornos y elegancia, de animación y movimiento, de brillantez y colorido; domina en ella el sentimiento de lo bello, de lo justo, de lo bueno, de lo noble, de lo digno, de lo santo, de lo verdadero.

Su estro sentimental derrama la dulzura y la suavidad por todas partes, y complácese sobremanera, en pintar todo lo que es tierno, sencillo, puro, y melodioso interpretándose y dando á luz el anhelo que la domina y la expansión de su alma privilegiada, sus pasiones como dulces afectos, la esencia de su ser entero, su vida, su alma, sus esperanzas y sus desengaños. lo que cree y lo que ama, sus recuerdos y sus aspiraciones.

Omitimos transcribir aquí algunas de sus inspiraciones, pero no podemos resistir al

deseo de hacerlo con una de las octavas del canto primero de la segunda parte, en la que no se sabe qué admirar más, si la belleza y sencillez de la descripción ó el sabor poético de que está impregnada, si la tersura y fluidez del lenguaje ó su majestuosa entonación. Ocúpase en retratar á la esposa de Qüadros y, después de algunas frases, continúa así:

Aquella mano es blanca y delicada;
El cabello castaño y onduloso
Sobre su frente tersa y despejada
En suaves bucles se recoge airoso;
Breve la boca de coral labrada,
Los dulces ojos del color hermoso
Con que en las tardes plácidas de Mayo
Se pinta al cielo de la luz al rayo.

En cuanto al conjunto del poema, produce el mismo efecto que la vista de un hermoso paisaje, cuyos detalles y accidentes le hacen más hermoso y encantador á medida que se van examinando; cada flor, cada arbusto produce una sensación distinta que añade valor y mérito al país que se admira, y el fugitivo arroyuelo, la pintada mariposa que vuela de flor en flor, el verde y mullido césped que tapiza el suelo de esmeralda, el alegre cantor de la alborada, aumentan el encanto, doblan la admiración y embargan el alma arrobándola en dulce y continuado éxtasis.

De su forma sólo añadiremos, á lo dicho en otra parte, que se revela en ella la pureza de la autora y parece como su imagen y semejanza, bella, ligera, sencillamente ataviada, desprovista de adornos supérfluos, embelleciendo el pensamiento, la idea; animando la expresión y hermoseando la frase, es, en fin, de lo mejor que tiene el poema, que es cuanto podemos decir una vez que éste es conocido.

Hemos acabado. Pedimos indulgencia y perdón á la autora, que nos calificará de duros y atrevidos, á los severos aristarcos que nos tacharán de tímidos y blandos, que, si no podrían conciliarse los dos extremos aludidos, estaríamos siempre por el primero y disculparíamos á la poetisa, no estando dispuestos á hacer lo mismo con sus detractores, ni lo estaremos, mientras no sean mujeres, ni jóvenes, ni bellas, ni discretas, ni se llamen Patrocinio de Biedma, ni hayan escrito el poema *El héroe de Santa Engracia.*



PRÓLOGO

DE LAS

POESIAS

DE

ACACIO CÁCERES PRAT

Acacio Cáceres Prat y el Ateneo de Vitoria.—Sus poetas y sus oradores.—Berrosteguieta. Don Poli. El ama del Cura.—Sevilla y sus poetas.—Acacio y Zorrilla.—Sus poesías.—Retrato á pluma de Acacio Cáceres Prat.

¿Quién es Acacio Cáceres Prat?

. . . .

Hay en Vitoria un foco de ilustración y adelanto que mantiene enhiesta y desplegada la bandera del progreso, dando sabrosísimo pasto á las inteligencias estudiosas y derramando por do quiera los conocimientos alcanzados á fuerza de aplicación y privaciones, y en ese foco, entusiastas jóvenes tratan de hacerse dignos de los compañeros que invo-

luntariamente los abandonaron, para alcanzar á su vez el aplauso de los que les atendieron y la admiración de los que les sucedieren; centro en el que su natural asiento tienen los estudios reposados, tranquilos y bienhechores y del que están alejados, por unánime convenio, los perturbadores, disolventes y rencorosos.

Y es espectáculo que asombra grandemente el ver que, mientras unos hermanos suyos, fanatizados, los más, por encubiertas ideas religiosas, y, los menos, por mandato imperioso impuesto por una convicción profunda y por una conciencia recta, viven entregados á la guerra—que es el más triste empleo que el hombre puede hacer de su actividad, porque la sangre suele manchar las manos de los combatientes y el odio y la venganza llegan á arraigar en los más hermosos corazones—ellos tratan de llevar la santidad de consoladoras doctrinas y la afición á estudios beneficiosos á las inteligencias de los que á este templo de la ciencia acuden devotamente.

Es el Ateneo de Vitoria un ejemplar rarísimo, allí, donde todo conocimiento es desatendido y toda ciencia despreciada, que, más admiración ha de causar á las venideras generaciones, que abandono é indiferencia hácia él tuvieron y tienen los que, aun sin quererlo, disfrutan del apacible frescor que á su sombra se siente.

En este centro, pues, conocí á Acacio Cáceres Prat. ¡Qué tiempos aquellos! No eran los mejores que aquella asociación había tenido, pero tampoco eran los de la decadencia. Si no se escuchaban las elocuentes palabras del elegante Eduardo Orodea, del facilísimo Ricardo Becerro, del tormentoso Ricardo Moñiz, quedábanos todavía la profundamente intencionada de J. Roure, la lógica de C. Vidal, la clara y ordenada de A. Pombo, la majestuosa de Nicasio Lacalle, la florida y correcta de Marcial Martínez, la metódica de F. Baráibar, la pesada y sustanciosa de J. Apráiz y la exuberante y desbocada de Angel María Alvarez, y todavia, cuando la poesía llegaba á entusiasmar los corazones de los modernos socios, que recordaban los magníficos cantos del *Hernán Cortés,* de Juan Justiniano, el mejor poeta épico de la España contemporánea; *El mundo y el poeta,* de Obdulio de Perea, el más inspirado que hasta el presente ha tenido Alaba; *Los sueños de una calavera,* del prodigioso Ricardo Becerro; *El kosmos,* de Ricardo Macías, valioso poeta, más aún por su mérito, que por su modestia, que es muy grande, y que con tan magnífica entonación nos leia Alvarez, hallaba verdaderos representantes en Sotero Manteli, tan poeta en *La duda* como leyendista en *La dama de Amboto,* y más que leyendista y poeta soñador en *Aranzazu, Re-*

cuerdos, Iruña y *Mis sueños;* en F. Baráibar, clásico como pocos y delicado por añadidura; en J. Arbulo, compositor de comedias á la ligera y de letrillas llenas de gracia y chispa; en A. Rodríguez de Ochoa, que siente como un romántico desgreñado y canta como un amante apacible; en E. Velasco, en sus producciones menos poeta que filósofo, por ser más filósofo que poeta, y en Acacio Cáceres Prat, cuya manera de ser como poeta trataré de poner de manifiesto en este prólogo.



Me acuerdo como si fuera ayer. Estábamos en la primavera de 1873, benigna y adelantadas como pocas. El Ateneo se reanimaba. Discutíamos *El progreso moral está en harmonía con el intelectual?* Un público numeroso y escogido acudía á las sesiones, anhelante de escuchar á los antiguos mantenedores del Ateneo, y más principalmente—porque la novedad atrae—á los que hacían en este combate sus primeras armas. Velasco, Vicuña, Juan José Herrán y Barcelona se llevaban la palma. Vidal, Baráibar, Roure y yo debíamos descansar como los antiguos guerreros después de un sangriento combate. Para ello propusieron la celebración de una junta poética. Yo entonces no estaba reñido con las musas y también tomé parte en ella. Por un socio—no

recuerdo cuál—fué presentado un poeta nuevo. Modestamente, y á nuestros ruegos, subió á la plataforma y se colocó en último término. Galantes todos con él, le invitamos á que leyera el primero; ni aún de los primeros pudimos conseguirlo; aferróse tanto que se quedó el último. Su modestia me parecía tan natural que perdí la esperanza de que el presentado fuese lo que creíamos, y comencé á pensar si sería algún hortera que por meterse en lo que no le iba ni le venía, habíase metido á *poetizar*. Bien es verdad que detrás de un mostrador presentábaseme Antonio de Trueba, que es el verdadero poeta bucólico de la época presente y sin rival. Se levantó, por fin, y trató de explicar su llegada. Su emoción era tan grande que apenas balbuceó. Yo principié á adivinar algo. Tartamudeando empezó su lectura, serenóse bien pronto, invadió todo su ser la emoción poética y al terminar, todos prorrumpimos en aplausos, porque todos admiramos en él á un inspirado poeta. A una *Serenata* sucedieron, á ruegos nuestros, *La tristeza de la ausencia*, *La amistad* y *A la esclavitud*. Así terminó la sesión, y Joaquin Herrán escritor históríco de severa imparcialidad, me dijo al oído:

—Si lee el primero, la sesión se acaba en seguida.

—¿Por qué?—contestéle yo.

—¿Por qué? ¿Quién se hubiera atrevido á continuar leyendo después de él?



Al poco tiempo éramos íntimos amigos. Yo tengo una gran afición hacia los jóvenes que prometen y aman las bellas letras ó las artes bellas, y Acacio prometía mucho y amaba con verdadero entusiasmo la poesía. Todas las mañanas de aquella primavera, salíamos á pasear por el campo. En él era de ver el alma del poeta, embelleciendo los objetos que nada dicen á los espíritus vulgares. Allí comprendíase el éxtasis de un entendido contemplando un cuadro bello, y la indiferencia del ignorante para el que las más asombrosas pinceladas son letra muerta. No es posible decir lo que mi amigo gozaba en estos paseos. Es verdad que la llanura se prestaba á la poesía.

Un día, después de atravesar la encantadora Florida, vergel de flores jamás descrito ni soñado con más realidad poética, caminábamos hacia la fuente del Mineral. El Prado nos parecía un bosque de árboles gigantescos. A lo lejos se divisaba la nevada sierra de Gorbea; después, el Zadorra que parecía un hilo de plata; luego Badaya con su vetusto monasterio; más cerca adivinábamos á Iruña; á nuestro frente Armentia, depósito de nuestras

antigüedades religiosas y la casa del Santo, destacándose entre todas las demás y casi rodeada de una plazoleta de nogales y castaños. En un fondo verde oscuro, que señalaba más y más la limpidez de la mañana, se divisaba Berrosteguieta, pequeño pueblecillo situado al pie de una cordillera en la que se asienta el derruído castillo de Zaldiáran. Acacio tenía verdadero empeño en visitar al cura de aquella aldea. D. Poli—Policarpo se llamaba—nos había invitado á tomar chocolate y más de una vez había yo merendado en su casa con Sotero Manteli, Ricardo Becerro y Daniel Arrese, y en aquella casa, de sobremesa, se había pensado el *¿Por qué nos morimos?* originalísima historia increible, destinada, con otras varias, á acrecentar la fama del escritor de la calle Chiquita. Llegamos al pueblo cuando el buen cura salía de celebrar la misa. Nos saludó afable y nos llevó á su casa, que es la más grande y blanca de la barriada. Aquélla estaba limpia, no tanto como la linda y modesta sobrina que le servía de ama. Pero la huerta, con ciruelos, albaricoques, manzanos y perales, en donde se adivinaba la mano de un inteligente en arboricultura, nos convidaba con más poéticos encantos. Debajo de la parra, que era el sitio donde *mejor daba el sol,* había una mesa rústica, con tres ó cuatro sillas de mimbres he-

chas por D. Poli; aquel, pues, fué el sitio destinado á tomar el chocolate. Cuando apenas habíamos acabado de dar un paseo por la huerta, y no era grande, el amita del buen cura, nos llamaba á saborear el sabrosísimo chocolate, que con un jarro descomunal de leche y el clásico azucarillo nos había servido demasiadamente pronto y activa.

—¿Cómo se llama su sobrina de V., señor Poli?—exclamó el amigo, que no había cesado de mirarla con avidez.

—La chica de mi hermano se llama Serapia.

—¿Y por qué no toma V. chocolate con nosotros, Serapia?—dijo Acacio dirigiéndose á la interpelada.

—Porque yo tengo más placer en servir á los convidados de mi tío y además porque hace mucho tiempo que lo he tomado—contestó tímidamente, y avergonzada de las indiscretas miradas de mi amigo, se marchó diciendo:

—Si hago falta, allá dentro estoy, tío Poli.

El poeta sacó la cartera, y mientras el cura y yo filosofábamos á nuestro modo, escribió *El ama de un cura,* lindísima composición, que en este libro se titula *La flor de la aldea.* ¿Porqué la ha variado en pensamiento, forma y título?

*
* *

Y cambió la decoración, pero no el alma del poeta.

Ya no eran las costumbres de un pueblo sencillo y tranquilo como ninguno, sumido hoy en desgraciadísima suerte, sólo comparable á su pasada felicidad, lo que había de inspirar á Acacio; ya las verdes montañas, las pequeñas caserías, los frondosos montes, las cándidas aldeanas quedaban lejos, sino olvidados del poeta, y otra atmósfera más vivificante, otros horizontes, si no tan pintorescos, más saturados de poesía, que hablaban más á la imaginación, porque evocaban recuerdos históricos, iban á servir de musa inspiradora al romántico vate. El mismo lo decía en sus lindas *Melodías á Eloisa*—(que extraño y falso es lo de Acordes ¿qué es acorde, señor poeta?)

Allá canté, de aquellas gentes sanas,
Sus faenas, sus goces y costumbres, etc.

*
* *

Y, ciertamente, que en el cambio no perdía. Verdad es que cuando se ve á Salamanca vive uno en medio de un mundo que pasó; aquella universidad manifiesta la sabiduría de sus profesores; aquella catedral y aquellos magníficos conventos el poder de una clase; Toledo, la más respetable de las capitales españolas, nos hace ver á los godos jun-

to á los romanos, á los árabes cerca de los españoles; aquella situación sobre el Tajo asombra, aquellas tortuosísimas calles dan miedo; Valencia, con sus torres árabes y góticas, su río, sus huertas, llenas de granados y naranjales; Cádiz, nido de blancas palomas, con las murallas y las naves, el oleaje y las brisas, las corrientes y las tormentas; Granada con la vega alfombrada de verde grama, con sus aloes y nopales, con su Darro y su Genil, con su Alhambra de torres doradas y sus bosques y sus jardines; Córdoba, la oriental, con su aljama, con los ecos poéticos de los trovadores árabes, esmaltada de los más olorosos árboles, admiran, encantan y seducen, pero Sevilla, como ha dicho el más grande de los oradores, Castelar, cuando la primavera acaricia su abundante suelo, no hay en la tierra otra Sevilla, levantando sobre inmenso océano de claro verdor sus agujas, sus botareles, sus ajimeces, sus ojivas, sus cresterías, bajo cielo resplandeciente de luz y entre los giros del aire cargado con los ecos de las orientales canciones y las esencias del embriagador azahar, es el más puro y fecundo manantial de poesía. Y á Sevilla, clara de cielo, abundante de luz, hermosa de contornos y campiñas, de ciudadanos ingeniosos, de mujeres bellas, fué á sentir emociones vivísimas el autor de las *Poesías*.

Y en tal ciudad, demás de esto que podríamos llamar textos muertos, tiene otros que podrían servirle de textos vivos. Todavía hay en Sevilla poetas de verdadero mérito. Compañeros suyos han podido ser el severo Carlos Peñaranda, el delicado Benito Más, el fácil José Sánchez Arjona, el escogido Manuel Cano y Cueto, el sencillo Luis Montoto, el inspirado José de Velilla y su hermana Mercedes, no menos inspirada, el religioso Manuel de los Palacios; éstos y otros sin contar á los que se fueron como el ingenioso y profundo Alvarez Surga y á los que se elevaron como Ruiz Apodaca.

En la catedral de Sevilla compuso su oda *A Dios*, que tiene rasgos dignos de Zorrilla y de Zorrilla también, y de su poesía *Al Ateo* son los resabios de versificación que noto en ella

*
* *

Y Acacio seguía haciendo versos, y seguía rindiendo culto á la poesía con una fé, con un entusiasmo que me asombraban. El había hecho de ella una religión. Frecuentemente me leía inspiraciones del momento. Un día me sorprendió con *El candor de una aldeana.* ¿Dónde ha ocultado el autor esa violeta modesta de sus flores poéticas? Yo creo que adi-

viné en esta composición el porvenir de Acacio. Para mí lo más difícil de los poetas es encontrar su género, porque cada uno ha nacido para una cosa determinada. El que da con ella se llama Cervantes ó Calderón. El que no, se queda algo más oscuro.

Zorrilla, poeta de una fantasía poderosa y una imaginación exuberantísima, divagó mucho antes de llegar al campo de su inspiración. En sus primeras poesías hay más disparates que en todas las de los demás poetas, y en ellas, sin embargo, se descubría al que había de ser el más popular de los poetas españoles, porque, dígase lo que se quiera, Zorrilla será en los siglos venideros el poeta español más nacional del siglo XIX. El día que cantó á la tempestad pudo decir: «De aquí no pasaré. Este es el límite de lo humano.» Desde entonces Zorrilla es el rey de los poetas. El sólo ha escrito más versos malos que todos los demás poetas juntos, pero de sus obras puede sacarse—como dice el elegante Juan Valera—una cuarta parte que pondríamos nosotros sobre nuestras cabezas y que, como joyas riquísimas y divino presente de las musas, conservaríamos en el Narthecio de la memoria.

Se me ha venido á las mientes ese poeta incorrecto, descuidado, elegante, florido, pomposo, arrebatado, sublime, vulgar, enérgico,

conciso, desleído, verboso, simpático, popular, aplaudido, censurado, querido, exuberante, descarriado, locuaz y silencioso, porque sus huellas sigue, no la voluntad, pero sí la inspiración de Cáceres. Si hubiera vivido allá en los tiempos de las cabelleras largas, y de los amores exaltados, y de los trovadores errantes, su más fiel intérprete hubiera tenido la musa romántica en Acacio Cáceres Prat.

*
* *

Este tomo de *Poesías* de Acacio nada significa para mí. El encierra ráfagas de una brillante inspiración, rasgos de un genio que no ha despertado todavía, pero en él no veo yo marcada y distinta la verdadera senda del poeta. Poesías de varios géneros, dedicadas á objetos diversos, inspiradas por asuntos diferentes, si pueden gustar y agradar al lector, no muestran al crítico la verdadera manifestación de un genio que adivina y que buscará su genuina expresión; por eso yo, si celebro que este libro salga á luz, no aplaudo sin reserva que el poeta no haya determinado su poesía favorita.

Empieza este libro con la composición *El amor,* (á mi madre) y siguen: *Un suspiro á mi país* (A mi padre), Dios, *(En la catedral de Sevilla), Himno,* los himnos casi siempre tienen

estribillo; este lo mismo puede ser himno que balada; *Al Redentor en el Gólgota, Magdalena* (oriental bíblico) ¿qué es esto de oriental bíblico?; *Flor de la aldea, A Cervantes con su siglo,* buenas octavas, pero debiera titularse *A Cervantes y su siglo; Felicitando á la inspirada poetisa la señorita doña Mercedes de Velilla* á la aparición de su libro *Ráfagas; Trova* á la bella poetisa la señorita doña Concepción de Estevanera; *Vivir en calma* (á mi particular amigo el poeta religioso D. Manuel de los Palacios y Fagundes); *Oda al vino* (á mi amigo D. Leodegario Unceta); *A España en la guerra civil, año de 1874; Profecía; Amor, celos y rencor,* (leyenda á mi ilustre amigo D. Fermín Herrán); *Trascendencias del amor* (lamentos de una aldeana) mejor estaría consecuencias en vez de trascendencias, y no del amor; *El Poeta,* he aquí una gota de agua; *Melodías á Eloisa,* el acorde VII es precioso; *Doloras; El regazo maternal; Amor sin celos; La Aldeana en la corte; Flor sin aroma; La herida en el alma; Entre la tierra y el cielo; A los trapenses; El infierno de la muerte;* quédense las doloras para Campoamor, que sólo él las hace buenas; *A la muerte de mi madre,* ésta debiera ser una sentida elegía y no en octavas reales.

Estas son las producciones que encierra el primer libro del poeta de Santa Cruz de la Palma. En ellas hay inexperiencia, incorrec-

ción, descuidos sin cuento, impropiedad en los títulos, poco ingenio en las denominaciones, se hacen versos largos por cambiar acentos, se aconsonantan la *z* con la *s*, como *hermosa* con *destroza*, y en todo él se echa de menos una mano adiestrada que saque al poeta y á sus obras del estado de encunamiento en que se hallan. Acacio mirará pero no verá; dejémosle, pues, en sus elucubraciones, que él producirá algo bueno, y aplaudámosle, pero no sin abandonar los fueros de la crítica, que dejáramos abandonados á no manifestar las debilidades que van unidas á las grandezas del poeta.

Hay un joven endeble de cuerpo, no muy fuerte de alma, vagaroso en la vida, distraído en el habla, amante de lo bello, poeta de lo hermoso, aficionado á lo noble, partidario de lo cándido, creyente de la andante caballería, rendido amador de las damas, recordador de Zuleyma, caballero de Sindaraja, mantenedor de torneos, torneador de justas, rejoneador de lanzas, servicial á lo extremo, amigo de la desgracia, compañero de lo pasado, que vive entre lo presente como planta traída de los trópicos, que ha escrito el tomo de las *Poesías*, y que se llama *Acacio Cáceres Prat*.

ARTE PICTÓRICO

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES EN 1878
MADRID

Conocida como es la utilidad y beneficiosa influencia de las Exposiciones de todas clases, y en particular de las de bellas artes, que como destinadas á despertar el sentimiento de lo bello, caen bajo la jurisdicción común y son hasta del dominio del vulgo y de los profanos, no puede desconocerse la importancia de la crítica en esta materia, si aquellas han de ser eficaces y el gusto del público ha de ser dirigido como conviene, al respeto que se les debe y á la consideración que se merecen los artistas; y en esta convicción, y guiado, no más que por el deseo de coadyuvar, en cuanto podamos, al fin que estas manifestaciones representan, nos proponemos hacer una ligera reseña de los principales cuadros y obras de escultura que han figurado, ventajosamente, en la última Exposición nacional, juzgando más que por el criterio del artista, que parecerá á veces exagerado, á veces

tímido, por impresiones, por detalles, teniendo por norma el eco, que la opinión ha formado ya, y el que el gremio de los inteligentes se ha reservado.

Bien quisiéramos ser más extensos y explícitos, pero ni la índole de nuestro trabajo lo permite, ni es fácil comprender en una reseña la variedad de obras presentadas, por lo que hemos de limitarnos á las de más importancia, ya por su mérito ó el nombre de sus autores, ya por los defectos y vicios que encontremos censurables, dada la fama de los que los han cometido.

El jurado lo componían personas de reconocido mérito é indudable competencia; era de esperar que su fallo fuese justo y acertado y ajeno á toda debilidad patriótica, no menos que á susceptibilidades personales.

Por si acaso no sucedía así, el público manifestaba su opinión bien á las claras.

He aquí el juicio que la Exposición le merecía, y lo que al que lo trasmite se le ocurre agregar.

Doña Juana la Loca. Este es el mejor lienzo de la Exposición. Acaso desde que el infortunado Rosales pintó su gran cuadro, no hayan creado otro superior los pintores españoles. Es grandiosa la concepción, y la ejecución es más grandiosa aún. Concebir á una reina infortunadamente enamorada, obli-

gando á la comitiva, que acompaña el cadáver de su esposo, á alejarse de un convento en que debía descansar, por ser de religiosas, es sin duda la manifestación más elocuente de lo que pueden los celos; pero, hallar el momento del descanso, combinando tan admirablemente la composición, es elocuentísimo, y, ésto, es lo que ha conseguido Pradilla, autor del cuadro. Todo lo principal es bello, todo lo accesorio es digno de lo principal. Sus defectos, son de ligereza en el dibujo y de sobra de explicación en el comentario escrito. Saludemos á Pradilla como el sucesor de Rosales y Fortuny. España tiene otro gran pintor.

Origen de la República de Roma, por Plasencia. Buen pensamiento; buen desarrollo en la acción. Mediana ejecución en lo principal; muy notable en lo secundario. Desgraciada la figura de Lucrecia. Este cuadro desmerece en lo que recuerda la *Muerte de Lucrecia*, de Rosales, y aumenta su mérito en lo que diverge de él.

Guillén de Vinatea delante de Alfonso IV haciéndole revocar un contrafuero, por Sala.— Asunto interesante. El mérito de este cuadro está en el colorido y en la fuerza de expresión. La perspectiva mal tomada. Su autor puede más. Con éstos no debe haber compasión.

Muerte de Ofelia, por Nin y Tudó. Cuadro en el que se ve la habilidad extraordinaria de su autor. Inexacto en la pintura y en la com-

posición. Son buenos en detalles el dibujo y el color.

Extracción del cadáver de San Sebastián de la cloaca Máxima, por Ferrant.—Algo desigual y desproporcionado, pero hecho á conciencia y con entonación buena; falto de color.

Educación del Príncipe D. Juan, por Martínez Cubells.—Mala composición con ejecución buena. El protagonista del cuadro, admirable. Dibujo bueno y colorido mejor, sobre todo en ciertos detalles: es español marcado. Debe pensar más para pintar menos ó mejor aprovechado.

El mensaje de Carlos I al Cardenal Cisneros, por Villodas.—El episodio es bueno, el momento oportuno. La figura del Cardenal interesante, y expresa, con verdad, la pena que le causa la lectura.

Llegada del Consul de España á Dirful, por Pellicer.—Se ve una maestría especial en la disposición; es bueno en conjunto y visto de prisa. Los detalles no resisten el análisis.

Isabel la Católica cediendo sus joyas para la empresa de Colón, por Muñoz Degrain.—Bien pintados ciertos detalles de muebles, alhajas y ropas, y nada más.

Prisión de Riego, por Borrás.—Todo puede pasar y aún celebrarse menos el color y la actitud de algunas figuras.

Carlos V en Yuste, por Jadraque.—Cuadro

de progreso y de cuasi perfecciones. Es de los menos defectuosos del certamen, pero no de los más inspirados. La cosa es de poca importancia; pero está bien hecha.

Al llegar aquí el público citaba muchos nombres que yo no podía retener; algunos recuerdo: *La paz,* por Rubí; *Destierro del Cid,* por Mezquita; *La profecía del Tajo,* por Martínez; *La viuda de Padilla,* por Comelerán; *La muerte de Pizarro,* por Ramírez; *Doña Blanca de Bórbón,* por Parada; *El Cristobal Colón,* por Masó; *Escena del Gólgota,* por Benlliure...

Todos pertenecen á la pintura histórica, y ellos prueban, no sólo que progresamos en este género, sino que todas nuestras manifestaciones artísticas hallan su más perfecta realización cuando se basan en nuestro pasado, fuente inagotable de inspiración y poesía.

Esta es más entretenida, decia el público.

Esta era pintura de género, de costumbre, anecdótica.

Y en efecto, es más interesante que la de historia, pero su mérito es inferior en esta Exposición.

Cogida de un diestro, por Lizcano.—Es el mejor de todos los cuadros. Ironía profunda, pero falsa. No hay público más impresionable que el de una plaza de toros. La expresión de la gente del tendido es falsísima. En

lo demás el cuadro es soberbio. Y sus alambicados defectos de líneas curvas, por ejemplo, ni aún citarse merecen.

Una aventura del Quijote, por Moreno Carbonero.—Convengamos en que la representación pictórica de Don Quijote es imposible, cuando no la ha podido hacer Moreno Carbonero en este cuadro, lleno de habilidades y de aciertos.

Los secuestradores, por Muñoz Degrain.—Bonito asunto, bien concebido y admirablemente aprovechado el detalle de las golondrinas.

Las espigadoras de la Mancha, por Pozo.—Verdad y colorido, si se exceptúa el suelo, que no parece del mismo autor.

Antes de la corrida, por Ferrandiz.—Buenos detalles, mejor colorido.

Felipe II en Hampton Cour, por León y Escosura.—El mejor de cuantos cuadros hay en la Exposición, en pintura de detalles y minuciosidades. Aquellos pormenores igualan á cuanto conocemos de la escuela flamenca.

¿Quién ganará? por Jover.—Bien pensado, ejecutado regularmente en tonos de luz y detalles.

¡A las armas! por Peyró.—Buena ejecución, de composición desigual y color agradable.

Interior de una posada, por Benlliure.—Ex-

presivo en su composición y de buen efecto, si su color no pecase de falta de verdad.

Mal encuentro, por Pérez Rubio.—Muy regular de entonación y colorido.

Llorando à su ama, por Santa Cruz.—Asunto mediano, ejecución superior, está pintado con habilidad y gusto.

Entre estas ligeras síntesis de juicios críticos, el público iba intercalando sus opiniones sobre otros cuadros. Yo recuerdo haber oído que eran meritorios por su concepción ó pensamiento:

El naufragio de Oliva y *El nuevo Sileno,* de Sala, (sin dar la última mano); por su ejecución *La bendición paterna,* por Gómez Moreno, *Lección de piano* y *Un amargo desengaño,* por Branvilla; por su colorido los dos lindos cuadros de Sala (que tanto vale), *El Jerez y la Manzanilla,* y por determinados detalles *La chula deshojando una rosa,* por Yanguas, *El obrador de modista,* por García Hispaleto, y *Un loro descarado* y el pequeño lienzo las *Caballerizas de Guillermo III,* por León y Escosura.

*
* *

Bien merecen párrafo aparte los demás géneros.

¿Qué importa que tengamos pocos pinto-

res de marinas, de perspectivas, de paisajes si son buenos y pintan mucho y no escasean sus obras plausibles?

De ellos son estas obras que tanto admira el público; dejando á un lado las *Cercanias de Vreeland,* de Háes, el primero de todos en España, cuadro de perfecto dibujo y colorido, y si acaso. solo falto de una pincelada; reparad en *Orillas del Wald* y *Una Laguna en Loweur* de Morera que seducen y encantan á pesar de su falta de dibujo; *Después del aguacero en Madrid,* de Ferriz, de colorido verdadero con no serlo común; *Orillas del Manzanares,* de Beruete, con entonación bien comprendida; *Cementerio de Urgell* y *Un país en Otoño,* de Armet, de tonos acertados; *Estudio del natural,* de Masriera, de buena luz; *Pirineos,* de Lhardy, notabilísimo por sus montañas; y después pasad á las *marinas* de Monleón, la más pequeña, *Antiguo muelle de madera sobre el Escalda en Amberes,* bella por sus detalles y sus aguas, y la mayor, *La rada de Vlissuguen,* hermosísima por la manera de presentar el mar con sus olas, y lo bien dibujado de los barcos; y luego seguid con las perspectivas de Gonzalvo, á no dudar el primero de todos, fecundo en esta Exposición hasta el punto de presentar doce lienzos, entre los que sobresale el *Interior de la Basílica de San Marcos de Venecia,* débil en los cuerpos altos

y acabado en los bajos, pero en todos abundante en habilidad y entonación, y el *Interior de la Seo de Zaragoza,* en que si hay más igualdad, acaso hay menos dificultades vencidas, y con la perspectiva de Herencia: *Capilla mayor de la Catedral de Toledo,* importante pero escasa de entonación.

Citemos para concluir con la pintura los cuadros de Gessa, *Fuga frustrada* y *Tentación y olvido,* caprichosos pero de mérito; el de Jiménez, *Un tibor Japonés; Frutas y animales, El canastillo y las flores,* de Pérez Rubio, de tintas encantadoras; el *Estudio de flores,* de Laplaza, con buen dibujo, los retratos de Masriera *(Una señora),* el mejor de todos; *La esclava,* de Nin y Tudó; *D. Pedro Avial en su lecho mortuorio,* y los de Rouzé el más fecundo de los expositores.

***

Vamos á concluir esta revista.

Somos pobres en dibujos y en grabados. Apenas si bastan para representarlos Pellicer, Maura, Rosell, Ferrant y Galván.

Tampoco son numerosos nuestros escultores, pero tenemos algunos muy buenos. Sanmartí con *La pesca,* Samsó con *La Virgen madre,* Bellver con su *Angel caído,* colocan la escultura en aventajadísimo lugar.

Apenas hallamos palabras para juzgar la arquitectura, y no negamos que tiene digna representación; pero ésta entra menos por los ojos de un aficionado que las otras bellas artes. Dejemos el juicio para los inteligentes.



PINTURA DECORATIVA

I

EL PALACIO DEL SR. ANGLADA

Inmenso beneficio el que prestáran á la pintura y á la escultura las comunidades religiosas de los siglos pasados. Inútil negarlo; entre los grandes males que ocasionara á la riqueza pública el amontonar en poder de conventos y bajo la dirección de frailes tantos tesoros, ocasionó el bien de que ellos favoreciesen la pintura de tal modo, que dependía mil veces de tales instituciones el porvenir, la subsistencia y el bienestar de nuestros artistas. Y precisa no negarlo si hemos de ser justos; á tales protecciones, ni el Estado, ni los poderosos sucedieron en mucho tiempo; ha sido necesario que una revolución social, artística y literaria, se haya efectuado, conmoviendo todas las bases en que la sociedad se asentaba, para que un nuevo auxilio haya venido en ayuda de los pintores, habiéndose

creado nuevas aficiones artísticas que, si no han adquirido todo el desarrollo que es de desear, son fiel anuncio de que están próximos días felicísimos para las bellas artes.

Hoy vamos á ocuparnos de preciosas obras pictóricas, trabajadas en las mansiones de dos potentados que sólo pcr ello se han hecho acreedores al aplauso de los aficionados y al respeto de los artistas. Nos referimos á los palacios de los Sres. Anglada y Murga, que, más inteligentes ó más desprendidos que la mayoría de sus iguales, han preferido adornar sus casas con notables cuadros, debidos á artistas acreditados, con lo cual favorecen el desarrollo de un género de pintura. decaído desde que se pintaba para iglesias y conventos, y prueban su buen gusto, prefiriendo obras pictóricas á lujosos objetos de similor, aparatosos y sin arte, que dan bien triste idea de la instrucción y de las aficiones de nuestras clases acomodadas.

En uno de los sitios más hermosos de Madrid, entre la calle de Serrano y el paseo de Recoletos, se levanta suntuosísimo edificio, rodeado de verjas, que limitan extenso y caprichoso jardín. La vivienda parece más bien morada de sultanes que de simples, pero ricos y modestísimos, mortales.

La entrada en el palacio de Anglada produce extraordinario efecto. Aquel hermoso vestíbulo, aquella amplia escalinata de moteado mármol blanco recuerda los más celebrados monumentos del arte greco-romano, y el afiligranado patio, del más puro estilo árabe, no ya recuerda, sino que hace pensar en la sin igual Alhambra, y que por aquellos miradores van á asomarse las sultanas, y por aquellas estrechas puertas va á aparecer el sultán seguido de sus guardianes, y en aquel intercolumnio rendido amador entonando sus sentidas trovas amorosas, llenas de esa melancólica quejumbre y de esa infinita pasión que respira la poesía oriental.

Y apenas atravesáis ese patio os encontráis en suntuoso y severo comedor, rodeado de imitados tapices flamencos, que representan episodios de cacerías. Pero ya en el salón, lo que cautiva por todo extremo es el techo, pintado por Manuel Domínguez. Nada más bello, más entonado, más plácido, más encantador. En medio, un óvalo representando el campo; un hombre sentado con las piernas cruzadas, que por estar vestidas de calzón ceniciento me parecieron primeramente faltas de color; una mujer recostada en su hombro, otra sentada en el suelo y otra en una actitud indiferente. Este ovalo está rodeado de cuatro medallones, figurando las cuatro estacio-

nes, con niños hermosamente pintados. Grande es el mérito del color; pero el de su dibujo es mayor todavía. ¡Cómo guarda las proporciones, evita los extremos y da en el justo medio! Como mejor se conocen sus aciertos es penetrando en el salón de tomar café, inmediato al comedor, pintado por Sabater, y contemplando en los salones del piso principal los cuadros de Nin y Tudó.

Sabater presenta un techo cuyo marco, adornado de elegante greca, es una preciosidad. ¡Lástima que lo importante y principal no sea tan bueno! ¡Qué desengaño! Aquellas figuras representan ó pueden representar *La pereza* y *La voluptuosidad*. El asunto no estaría mal elegido, pero la ejecución me parece desacertada; desacertada, porque las gasas de azul y lila son falsas y feas; los ángeles, abultados y amorcillados, y las mujeres, exageradas en sus formas redondeadas, condiciones que, si no las da plasticidad, imprime á las líneas cierta tendencia al barroquismo. Y nótense dos tendencias contrarias: como á Sabater le gustan las formas redondas y abultadas, á Nin y Tudó le agradan las angulosas y diminutas.

Nin ha pintado para el palacio de Anglada *La primavera, El estío, San Antonio de la Florida* y prepara *El ensayo de El sí de las niñas*. Yo he contemplado en el estudio del pintor

los tres primeros lienzos y los aplaudí, acaso con exageración; pero contemplados en el palacio me han producido muy distinta impresión. *La primavera* es una muchacha recostada en un pedestal, sobre el cual se eleva la estatua de Venus, que tiene á su espalda un almendro en flor y á sus pies un ramo de flores deshojado. Mejor que *La primavera* representaria *La cita* ó *La tristeza*. *El estío* es una pareja de manolos voluptuosísima, y *San Antonio de la Florida,* el acto en que la Duquesita de Alba se apea de su carruaje en el campo. Los tres cuadros tienen los mismos defectos. Hay empeño en Nin de caracterizar la época de Goya, y lo consigue; pero sus figuras están desdibujadas, y son afectadillas y angulosas y sin proporciones humanas. Las mujeres de Nin parece que sólo procuran ser hermosas, pero no humanas; así resultan vaporosas, pero no naturales. Además hay otro defecto capital. Nin abusa del color blanco, y el color blanco ó gris no da color, y menos entonación. Sin pensarlo, viene á la mente un deseo de comparación entre los tres pintores sobre cuyas obras voy escribiendo en este artículo. Sabater quiere abultar por dar pasión y juego, y *barroquea* y avinata; Nin quiere dar luz, empleando el blanco, y enfría y amortigua; y Domínguez, dibujando como un gran pintor, da bellísimas proporciones, y coloreando

con mesura, presta claridad á sus cuadros.

II

EL PALACIO DEL SR. MURGA

Joyas pictóricas más valiosas encierra el palacio del Sr. Murga. Decorando sus techos ha tomado Plasencia vuelos asombrosos, que auguran épocas florecientes en la pintura mural. Plasencia ha pintado en casa de Murga: un cielo de nubes con dos palomas, que pasman por la sencillez y la ligereza encantadora; un grupo de niños entre nubes, *Juego de amorcillos,* caprichosamente colocados, pero con un acierto digno de alabanza, y *El tocador de Venus,* un hombre sosteniendo el espejo á una hermosa mujer que se mira en él, que es un portento de buen color y de entonación, en los que Plasencia va adquiriendo una maestría de primer orden.

Por contrarias condiciones se nota el lienzo de Villodas, *La noche,* representado por Morfeo dormido en brazos de la Noche. Si puede pasar y aun aplaudirse como dibujo peca por la falta de verdad en el color; y al observar que Gessa, el sin rival pintor de las flores, no está á la altura de su reputación en su cuadro de parras, uvas y palomas, nos hace reflexionar sobre la diferencia de la pintura de cua-

dros y la mural. Por lo menos existe la diferencia de la costumbre, y así se explica fácilmente el porqué no hay pintor que acierte en la pintura *al fresco* (á la moderna) la primera vez, aun siendo ya consumado pintor.

También Domínguez tiene cuadros de singular mérito en el palacio de Murga; figura en primer lugar *La aurora,* en el que lo que más descuella son los tonos delicadísimos de luz; pero su trabajo más completo es *La música* y *La poesia:* un poeta lee delante de varias mujeres, una de ellas echada en cómoda postura; un pastor bucólico toca la flauta, teniendo encantadas á unas muchachas que le oyen, rodeando todo esto, en caprichosas barandillas, distintos grupos y junto á una fuente dos figuras. En esta obra todo cautiva; es de buen efecto la composición, correcto y rico el dibujo, y las tintas empleadas despiden una lucidez, que hacen de ella la obra maestra del más plácido de los pintores.



CASTO PLASENCIA

PINTOR

Entre la concepción y la ejecución de la obra artística, como de la obra literaria; entre la idea que la da origen y su manifestación externa sensible, hay una distancia inmensa que no todos llegan siempre á recorrer con seguridad y acierto, logrando interpretar fielmente el pensamiento que le preside y el que anima al artista, de manera que no quepa dudar de la verdad y exactitud de la expresión de éste, ni de la oportunidad y grandeza de aquel. Concebir y expresar son las condiciones esenciales del artista, la falta de una de las cuales le haría incapaz de realizar el supremo ideal del arte, ó impotente para satisfacer la aspiración á que corresponden sus varias manifestaciones. Por eso, cuando se miran reunidas, la inspiración brota espontaneamente, la verdad y la belleza se unen en armónico conjunto, la naturaleza y el arte conspiran á un mismo fin, y el artista, entonces, se revela en la plenitud de su genio asom-

brando por la grandiosidad de sus concepciones no menos que por la manera prodigiosa de exteriorizarlas y hacerlas visibles. Una concepción mezquina es susceptible de engrandecimiento, por la regularidad y la armonía de su expresión ó por la originalidad de su desempeño; una concepción grandiosa desmerece notablemente, se desvirtúa, casi se anula si el resultado no corresponde al esfuerzo que supone, por falta de facultades ó por vicio de exageración, por someterse ciega y servilmente á las prescripciones establecidas ó prescindir absolutamente de ellas; por hacer un alarde de recursos, que más perjudica que favorece al conjunto, ó blasonar de un descuido ó abandono que se revela en lo incompleto de la obra.

Esto, que se refiere á todas las bellas artes, tiene más inmediata aplicación á la pintura, porque participando ésta de la plasticidad de la escultura y de la tonalidad de la música, afecta directamente á los sentidos, y en este concepto, como copia que es de la naturaleza, la verdad real puede serle exigida, y habla á los sentimientos, á las ideas, y en este otro, como símbolo de expresión de los mismos, es indispensable que exista estrecha relación entre lo que quiere representar y la manera de representarlo.

Pero si el ideal literario consiste en presen-

tar la vida con sus placeres y dolores, con sus grandezas y miserias, con sus afectos, sus pasiones, sus luchas, sus ilusiones, sus errores y la perpetua instabilidad de las cosas humanas, no como debe ser, que esta tarea está encomendada á los filósofos y naturalistas, sino como es realmente, el ideal artístico, más expansivo, más perfecto, permite al artista salirse de los límites que le marca la naturaleza, embellecer la realidad y respetar una verdad relativa, tanto más artística cuanto más original. La única excepción de esta libertad que ya dejó consignada Horacio en su inmortal epístola, es la de que el artista en su anhelo de singularizar sus obras no dé en el absurdo ó monstruosidad que resultaría de violentar las reglas de la verosimilitud representando efectos que no pueden convenir ni remotamente á la realidad, como si un pintor se empeñara en pintar en sus cuadros una flora imaginaria ó una faura fantástica, figuras descomunales, contornos extravagantes y perspectivas inverosímiles.

Esta conformidad de las obras de arte con la verdad natural debe ser más completa en las que se refieren á asuntos históricos, de las que el artista no debe ignorar las circunstancias y detalles precisos, si ha de ajustarse á la tradición que representan, á los personajes estando y obrando de determinada manera, la

distribución de las figuras, sus posiciones relativas, sus aptitudes, la expresión de los semblantes, los accesorios indispensables para dar color local, movimiento y vida al cuadro todo esto debe constituir su principal empeño; después la imaginación, la fantasía se encarga de prestar belleza y poesía á la concepción. De ahí el que sea más fácil concebir que ejecutar, ya que lo primero puede ser un don natural ó producto del genio, y para lo segundo es necesario poseer tal copia de conocimientos, de generalidades, de nociones de todas las ciencias físicas, morales, históricas y naturales, que no basta á suplir la más alta inspiración, y que pocas veces se alcanza á poseer, pudiendo afirmarse que el que lo posea tiene mucho adelantado para ser un verdadero artista, si por otra parte le abona la inspiración y la posesión de los secretos del arte.

Hechas estas consideraciones, necesarias para el perfecto conocimiento y demostración de lo que voy á decir, entro en materia, manifestando desde luego el concepto que me merece como artista-pintor *Casto Plasencia,* y lo que de la contemplación y análisis de sus obras he deducido.

Plasencia es un artista que concibe gigantescamente, de un modo original, extraordinario, incomparable. Acierto en la elección de asun-

tos, grandeza en su composición, interés y realidad, belleza y discreción, estas son las calidades que distinguen á sus concepciones; verdad, armonía, naturalidad, sentimiento, expresión y nobleza, las que hacen recomendable su ejecución. Ni demasiado pródigo, ni esencialmente nimio en los detalles, sabe hallar siempre el justo medio que se aleja igualmente, moviéndose en una atmósfera que parece poderse palpar; en todas ellas hay arrogancia y dignidad; sus aptitudes son propias, el color de las carnes es natural, el plegado de los paños y los contornos que discretamente velan de admirable exactitud, y sobre todo los muros, las grandes masas de color, parecen dotados de aquella poesión y aquella inmovilidad que son los caracteres de los reales y verdaderos, al extremo de ser fácil hacerse la ilusión de que no es un débil lienzo lo que á la vista aparece, y de que hay detrás algo que se adivina y que tiene las condiciones de solidez y resistencia positiva que quiere representar. *Plasencia* es sin duda un pintor mural de primer orden, no queriendo esto decir que no sea excelente en las otras manifestaciones de su genio, si no que en esta es en la que descuella principalmente; así lo han comprendido y afirmado cuantos con criterio han examinado sus obras, y así lo creerá él de seguro, ya que estamos persua-

didos de que tiene conciencia exacta de sus facultades y talento.

Casto Plasencia no sólo es un pintor fácil é inspirado: es también muy fecundo, como lo prueba la multitud de cuadros suyos, que son la admiración de cuantos los ven. Los más notables entre ellos son, en primer lugar, el *Origen de la república romana,* premiado en la Exposición española y en la de París, cuadro de grandes dimensiones, no exento de defectos, pero notable por la grandeza é interés del asunto, por lo discreto de la composición, que le permite hacer que una escena privada se verifique al aire libre, con lo que el hecho que la motivó toma un carácter más pronunciado de realidad. El color del cuadro parece á primera vista de atmósfera muerta; pero, esto, que podría considerarse como un defecto, es por el contrario un mérito, pues hace suponer que el hecho que constituye el asunto tuvo lugar en un día triste y sombrío en que reinaba un viento arenisco y ocultaban el cielo densos nubarrones, todo lo cual está muy en armonía con la escena que representa, y le presta un sabor trágico y del mejor gusto. Aunque el hacer una descripción de este cuadro sería tarea difícil, no renuncio á dar una idea aproximada de conjuntos y detalles, para que el lector que no haya tenido la fortuna de contemplarlo pueda apreciarlos.

En la parte superior del cuadro, á la izquierda, según se mira, está el grupo principal, en el que aparece la figura de Lucrecia, destacándose entre las de los individuos de su familia.

Hay vigor en las actitudes de éstos y sentimiento en la de la ilustre romana, que según dicen algunos, recuerda la de Rosales, y yo añado que esto honra á *Plasencia,* pues se sirvió del mismo modelo que *Rosales;* en los semblantes de los que rodean á la moribunda, están retratados los sentimientos diversos que les animan; el dolor, la desesperación, el deseo de venganza, la vergüenza del ultraje inferido, el noble ardimiento que les excita á no dejarlo impune, la ira y la compasión.

En los semblantes de los que están algo menos próximos, se pinta la curiosidad mezclada con una especie de temor y asombro, la impaciencia por conocer el resultado del suceso, el propósito de obrar inmediatamente, según las circustancias y la determinación de los principales actores, á los que están prontos á secundar. El resto del cuadro lo ocupan gente del pueblo. Los principales defectos de esta pintura son el aspecto demasiado teatral que produce la disposición extraordinariamente regular de las figuras, la repetición de algunas actitudes análogas y el descuido con que está pintada la de Lucrecia, en la que el

artista debiera haber puesto todo su empeño, y otros de menor importancia, ninguno de los cuales oscurecen ni amenguan en lo más mínimo los méritos que brillan en toda la obra.

Mientras pintaba este cuadro, en los momentos de descanso, *Plasencia* trabajó otro pequeño, *El descanso de un pintor,* que es propiedad del señor conde de San Bernardo, en el que hizo alarde de todo lo más excelente que alcanzaba su genio de pintor, de un dibujo, color y composición del gusto más clásico, creyendo yo que este capricho es lo mejor que ha hecho hasta ahora. En este cuadro descuellan una mujer sentada que es un modelo de hermosura, propiedad y corrección en las líneas, y de naturalidad en el color, y un niño, también notable por la verdad y expresión con que está pintado.

Completan la composición algunos accesorios precisos para dar color local al asunto, y que son de admirar más por el detenimiento que en su ejecución revelan, tales como escudos, armas y otros objetos que contribuyen á mantener más viva la ilusión y el interés.

Ha pintado además otro cuadrito, *Un templo en Tívoli,* en el que son de eplaudir la entonación, los efectos de luz y el cielo que se transparenta visiblemente; *Un baile flamenco*

en un patio de Sevilla, de lo más delicadamente bello que puede darse, en el que atraen y cautivan la atención un grupo de figuras tocando la guitarra y una bailadora en medio del patio en la más graciosa y encantadora actitud; dos retratos notabilísimos, uno del rey D. Alfonso, que se distingue por la majestad que le ha prestado y el exacto parecido, y otro del excelentísimo señor cardenal Benavides cuando fué á Roma á tomar el capelo, y que, en opinión de los inteligentes, es de lo más acabado que ha hecho en este difícil género; y otros que sería pródigo enumerar y que adornan algunos salones de particulares y establecimientos.

Casto Plasencia es un verdadero artista que inauguró, ganando la plaza por oposición, la Academia de Roma, con genio, inspiración y talento poco comunes; el amor al arte es su más relevante condición, el anhelo de la gloria su más vivo estímulo, y en la flor de la vida y en la plenitud de sus facultades, es de esperar que enriquezca el arte patrio con obras dignas de su pincel y de los nobles ideales á que aspira. Ninguno como él está llamado á dar esplendor á la pintura y á obtener consideraciones, honores y una fama universal, y nosotros, al felicitarle por sus triunfos, esperamos y deseamos que los renueve, haciéndose acreedor á la admiración de sus con-

temporáneos y al aplauso de las generaciones venideras, que en tiempos posteriores leerán en la historia al lado de los más ilustres artistas el nombre de *Casto Plasencia.*



POETAS Y VERSIFICADORES

EL LIBRO DE LOS RECUERDOS

POESIAS

DE

CARLOS VIEYRA DE ABREU

No más lamentaciones elegíacas. Basta de apóstrofes á la apatia de los poetas españoles; harto se ha dicho y repetido que la literatura está muerta; que la poesía ha enmudecido; que las bellas letras yacen olvidadas; que la política y el interés mercantil lo han avasallado todo. Cesen ya importunas quejas y alardes excusados de compasión y anhelo, que ya no tienen razón de ser, porque parece que todo se levanta volviendo del letargo en que estaba sumido.

No somos optimistas. Cuando vemos que aquí y allá aparecen, como brillantes meteoros, seres inspirados que cantan, lloran y ríen; que nos abruman con el cúmulo de sus bellas creaciones, nos vemos obligados á confesar que la literatura está de enhorabuena, que la

poesía toma nueva y más potente voz, que por cada genio que calla ciento ensordecen el espacio con sus elucubraciones; que la política y el comercio, sin desvanecerse, ceden en su monopolio, y que no parece sino que apunta la aurora de una nueva y más brillante Edad de Oro para las letras españolas.

Estas reflexiones ocupaban nuestra mente al leer las poesías de *Carlos Vieyra de Abreu*, de las que vamos á ocuparnos de seguida; reflexiones que creemos muy en su lugar en un tiempo en que todos son poetas y casi todos escriben y dan á luz sus poesías.

Si por desgracia el número no está en relación con la bondad, si la calidad no corresponde á la cantidad, sobrada compensación encontramos en los pocos escogidos de los malos ratos que los menos favorecidos por las musas nos obligan á pasar. De los pocos buenos es el autor de *El libro de los recuerdos*, que vamos á examinar.

Carlos Vieyra de Abreu es un poeta mixto; en él hay dos potencias que se encuentran y luchan, haciéndole incurrir en muchas contradicciones.

Piensa y su pensamiento le lleva, á veces, más allá de lo que creyera.

Lejos de estar libre del error, patrimonio común de las humanas inteligencias, se equivoca frecuentemente acerca de lo que piensa,

y atribuye casi siempre su pensamiento á una causa que está distante de ser verdadera.

Ni es el único que deja observar este fenómeno, bastante digno de atención, de no estar jamás conforme consigo mismo.

Por otra parte, su corazón siente con una fuerza que se traduce en brillantes rasgos y conceptos atrevidos, pero falseados sus sentimientos por una razón que vicia el ejemplo de la sociedad actual, no son con frecuencia los que en su alma privilegiada debieran tener cabida.

En perpetua lucha el corazón y la inteligencia, el sentimiento y la idea, vénse los deplorables efectos de este antagonismo, en sus palabras, en sus conceptos, en el conjunto de sus creaciones y hasta en lo variado y caprichoso de las formas que éstas adoptan.

Sólo así puede comprenderse que el poeta se contradiga y desmienta á cada paso, y tan pronto tenga ilusiones, como deje de tenerlas, así sea dichoso como desgraciado; y ésto, para el que lee sus obras, sucede de una página á otra, de modo que el lector vacila y se ve perplejo para decidirse á envidiar ó compadecer al que aquello escribe.

La verdad no está reñida con la belleza, y si es cierto que la mentira acostumbra á revestirse con magníficos y brillantes atavíos, no por eso deja de ser mentira, y una vez des-

nuda, merced al poder frío é inexorable de la razón, cae el ropaje que la viste y su aridez desencanta el alma que en un principio había deslumbrado.

Decimos y repetimos que no es sólo *Vieyra de Abreu* el que abusa de esta facultad de interpretar sentimientos que jamás se han experimentado, sólo por un espíritu de imitación quo está muy ajeno de producir resulresultados excelentes.

Las mujeres son el tema obligado de este género de poetas que así las ponen por las nubes comparándolas á los ángeles y serafines, como no encuentran palabras para exagerar su fiereza y crueldad; siendo de notar que en medio de todo brilla la galantería más refinada, porque en poesía una mujer puede ser un monstruo de crueldad, pero siempre será un prodigio de belleza; podrá ser insensible, maligna, coqueta, pero necesariamente tiene que ser hermosa. Esto, si no es un argumento de la falsedad de los sentimientos, es, por lo menos, una prueba de la no existencia de aquéllos.

No menos digno de notar es el empeño que ponen los poetas en aparecer como víctimas de sus pasiones y la santa resignación con que se conforman en sus desgracias, que no les impiden desear todo género de felicidades á la causa de su martirio, siendo raros los ejem-

plos en que se conmina y execra á las amantes Filis deseándolas la pena de Talión. Y caso he visto yo de poeta que, quejándose de su desgracia en amar sin ser correspondido, hablaba de muerte y de tumba, de fantasmas y espectros en una elegía que dedicaba á una costurera que, como vulgarmente se dice, *se moría por sus pedazos.*

Y va tan allá este empeño en hacerse interesantes, pintándose víctimas de la más fiera desdicha, que si no tienen una mujer á quien atribuir su desgracia se la fingen y la dan vida, abusando así, por satisfacer un vano capricho de la sublime facultad de los poetas, de crear seres que den animación y vida á sus concepciones.

No quiero decir con esto que *Vieyra de Abreu* sea uno de tantos ni que carezca de sentimiento, todo lo contrario, le creo dotado de alma tan superior que es capaz de comprender y adivinar todo aquello que ni siente ni padece, interpretándolo de una manera tal, que á veces haría creer que, en realidad, siente como habla.

Pero, pues, él mismo nos prueba lo contrario, no podemos menos de censurarle la manía de atribuirse esos sentimientos, personificándolos en sí mismo, y variando, como el camaleón, á cada instante, de color y matiz. Si es feliz cante su felicidad, si desgraciado

pinte con vivos colores sus desgracias, pero no quiera hacernos creer en esas alternativas sucesivas y violentas que ni son verosímiles, pese á la condición mudable del tiempo, ni justificables, siquier sus versos se empeñen en probar lo contrario.

No podemos creer que el poeta tenga exclusivamente necesidad de encerrarse dentro de sí mismo para dar salida á sus expansiones.

Asuntos hay variados y oportunos, escenas presenta la naturaleza, misterios encierra el corazón humano, venturas singulares proporcionan los afectos, las relaciones de familia, de amistad, de compañerismo, argumentos de circunstancias asaltan á cada paso nuestra imaginación que constituyen ricos veneros de inspiración y poesía, sin necesidad de acudir como única fuente á las lamentaciones que desvirtúan las carcajadas siguientes, las cuales á su voz son apagadas por otras jeremiadas nuevas.

Abandone el poeta ese camino que, no por ser fácil y trillado, conduce más pronto á la gloria, y créanos, y tome por lo serio nuestras advertencias con el propósito de observarlas y esté seguro de que para otra vez sólo tendremos elogios para sus obras, cuyos defectos ahora vamos á indicar en comprobación de nuestras observaciones severas, de-

jando para lo último el hacer notar sus bellezas, que siempre es bueno quedarse con el sabor de la miel después de haber gustado el acibar, ó algo que en el amargor se le parezca.

Bajo dos distintos aspectos vamos á considerar al señor *Vieyra de Abreu:* cuando escribe inspirado y cuando lo hace á despecho de las musas *invita Minerva* como dice Horacio. En el primer caso sus versos son fluídos, sonoros y correctos; los pensamientos elevados brotan á cada paso de la pluma del poeta; la armonía que de ellos se derrama seduce y encanta á la vez. En el segundo el estilo languidece, vénse palabras huecas y vacías de sentido agruparse en renglones desiguales y ordenados en forma de versos, tal, que parodiando á Shakespeare, podríamos exclamar con el poeta inglés *palabras, palabras, palabras;* versos, versos, versos, pero no poesía; ficción, pero no belleza; ruído, pero no melodía; arte, pero no ingenio. Echase entonces de ver la afectación tenaz y la porfía de hacer versos á destajo; y como graciosamente dice otro poeta amigo nuestro, Julián Arbulo, *con premeditación, ensañamiento y alevosía;* buscando en la imaginación un calor que el corazón no siente; obedeciendo, en la lucha que en la cabeza y el corazón sostienen, á la primera, y martirizando su razón que de se-

guro le aconseja abandonar la palestra en determinados momentos. Producto de esos ratos de obcecación, que determinan accesos de misantropía, son muchas de las composiciones, de otros poetas, que campean en los libros de poesías que hoy se publican, y si por ellas fuéramos á juzgar de las dotes de los poetas, lucidos quedarían del análisis que de las mismas podríamos hacer.

En esos momentos en que el corazón no siente lo que los labios dicen y en que no hallando en el alma fuerzas suficientes, las toma, por decirlo así, prestadas, acudiendo á la imitación, ó lo que es peor, incurriendo en la más prosáica vulgaridad, el poeta no está conforme consigo mismo, y calculando el mérito de sus concepciones por el trabajo que le cuestan, las cree cosa superior, convicción que el amor propio, que á nadie es extraño, se encarga de mantener y afirmar, acallando la voz de la razón, é impidiéndola hacerse oir, con lo que acaso se remediara en parte el mal ocasionado.

De aquí que el primer desengaño es necesàriamente doloroso y el poeta que una vez ha aspirado el incienso de la lisonja, no ve, en la censura justa y severa, sino la envidia, porque podrá estar plenamente convencido del escaso mérito de algunas de sus producciones, pero jamás se persuadirá á confiárselo

á sí mismo, ni mucho menos á los demás, que nada más fácil de contentar y satisfacer que el ánimo de un poeta que á falta de valor absoluto, atribuye casi siempre á sus composiciones un mérito relativo, como si en poesía existiera el peor y el mejor, el más y el menos.

Abrase este libro por cualquiera parte y al lado de una poesía, verdaderamente tal, llena de vigor y galanura, de frescura y harmonía, en la que se deja adivinar la espontaneidad de su concepción y la facilidad de su forma, habrá casi siempre una composición fría, insonora, seca, sin gracia, dura y desnuda de toda gala.

En la composición titulada *Mi ilusión* campean versos tan desaliñados como este que quiere parecer un endecasílabo:

Yo he perdido la fe, ¡pobre criatura!

y este otro:

Debían morir también los corazones.

En la misma composición se deja notar el abuso de los consonantes vulgares y manoseados y repítense con insistencia las *ilusiones*, los *corazones*, etc., con intervalos de una octava solamente. Esto aparte de los versos obligados, copiados y parodiados, que en una composición tan corta no indican, por cierto, gran fuerza de inspiración.

La titulada *Días sin sol* aparte de otros defectos de menor importancia tiene algunos cuartetos que sólo son prosa rimada, pero, ¡qué prosa! Dicen así:

Sin hallar un paraje solitario,
En donde pueda recobrar la calma,
Que hace tiempo perdí, con esta lucha
Que tiene la cabeza con el alma.

. . . .

. . . .

Triste es vivir así; sólo la muerte
Me ha de poder librar de este desierto
En donde arrastro miserable vida
Porque mi amor y mi esperanza *ha* muerto.

Esto no es poesía, ni verso, ni prosa. Diciendo mejor, todo lo es á la vez, pero todo malo.

Modelo de vulgaridad y falta de lógica, de contradicción y dislate es la dedicada *A su madre en sus días;* en ella dice:

. . . .

Cuanto *piensa* mi pobre *pensamiento*
Yo quisiera cantarte en este día
Porque *baña* la *luz* del sentimiento
La triste oscuridad del alma mía.

La luz disipa la oscuridad, no la baña. ¡Qué pobreza de conceptos! ¡Qué vulgaridad!

Sigue la misma:

. . . .
. . . .
. . . . . . cual la flor de primavera
Que los encantos del vergel respira.

Nosotros creíamos que la flor forma ó es el encanto del vergel, no que los respirase ni que éstos fuesen susceptibles de ser respirados.

Y continúa:

...Mi pecho herido
Perdió con la ilusión la dulce *calma*
Y dentro de mi pecho dolorido
Solo tengo una tumba, que es mi alma.
Do reposa el amor y el bien perdido.

Aquí hay falta de lógica; el poeta se contradice. Siempre se ha dicho y tenido por cierto que las pasiones, y con especialidad las que nacen del amor, y el amor mismo, agitan el alma y tienen intranquilo al que conmueven, y que su ausencia, *dejando el alma desierta*, la da *la calma* y *la paz de los sepulcros.*

El mismo poeta lo afirma explícitamente cuando dice, en el mismo quinteto, que *el amor y el bien perdido reposan.* Pero como antes dijo que no creía *ni en la paz de los sepulcros,* y, por otra parte, necesitaba un consonante á *calma,* se expresó del modo que lo hace.

Basta con lo apuntado para demostrar que

Carlos Vieyra de Abreu, que es un poeta de corazón é inteligencia, se deja dominar muchas veces de extrañas sugestiones, que escribe sin tener motivos para ello, y lo entonces escrito ni puede satisfacernos ni debe satisfacerle á él, como no satisface el alimento á quien come sin gana, ni le aprovecha ni agrada.

Y abandonando la ingrata tarea de apuntar defectos, llegamos con placer al capítulo de las bellezas.

La poesía titulada *A un angel* es un modelo de antítesis poética; las contraposiciones están hechas con gusto é inteligencia y la forma que adopta es bella sobre toda ponderación; lo mejor de todo son, sin duda, estas estrofas que, al par que agradan y extasían, llenan el alma de pavorosa amargura:

...esas horas que tienes de alegría
son horas para mí de soledad,
tú ves tan sólo la ilusión que viene,
yo la ilusión que va.

Tú eres capullo que en la verde rama
ostentas tu hermosura angelical;
yo soy la flor del tallo desprendida
que arrastra el huracán.

Yo soy la nave que constante lucha
juguete de la ruda tempestad;
tú estás en puerto de segura calma,
yo bogo en alta mar.

Esto es poético y encantador; de seguro que en el momento en que esto escribía el señor *Vieyra de Abreu* su alma agobiada de triste melancolía mecíase entre el recuerdo de días tristes y la esperanza de horas más venturosas; todo es espontáneo en esta composición, abre y cierra con interés y oportunidad y mantiene la atención que no se aparta de su objeto hasta que se da cuenta de lo que observa; por eso su poesía es buena.

Como llena de interés dramático y de harmonía y fluidez merece citarse *La tumba de mi ilusión,* en la que á lo rotundo y fluido de la frase, se aduna la bello y profundo de los pensamientos, y, sobre todo, el final produce cierta tristeza y melancólico recogimiento que no se despiertan con vanas palabras.

Dos leyendas contiene *El libro de los recuerdos* que, aunque de corta extensión, prueban ambas que no es camino este difícil ni herizado de obstáculos para el Sr. *Vieyra de Abreu,* toda vez que en ellas se admira, con la sencillez de la frase, la belleza y elegancia de la forma, lo interesante y dramático del argumento, recibiendo el alma con su lectura una sensación fugaz y pasajera, pero dulce y conmovedora. *Taliso,* con algo más extensión, añadiéndole algún otro episodio, salpicándola de incidentes y adornándola con detalles que la completen y embellezcan podría pasar por

una bella leyenda de la edad media á la que podría darse cierto sabor histórico que la hiciera sumamente agradable y entretenida. Aunque no es más que un ensayo, prueba completamente que su autor podría hacer algo mucho mejor en cuanto al fondo, ya que por lo que respecta á la forma nada deja que desear, ni presenta en su lenguaje cosa que merezca censurarse.

En cuanto á *El beso de Zulima*—que así se titula la segunda—aunque más corta es más completa y menos vulgar. El único episodio de que consta sobre ser en extremo interesante y conmovedor, está bien conducido y preparado, expresado perfectamente y con una terminación bien combinada y feliz; los versos son fáciles y sentidos, el estilo como corresponde á esta clase de composiciones y el conjunto todo lleno de frescura y sabor oriental que deleita suavemente, encanta y satisface.

Diversas son las poesías del señor *Vieyra de Abreu* que podríamos apuntar como notables en su clase; siéndonos imposible ocuparnos de todas, únicamente haremos notar que, aun en aquellas que pueden calificarse de malas, se ven muchas veces, se adivina casi siempre al poeta que tiene ráfagas brillantes, verdaderos retazos de púrpura que, destacándose de un pardo sayal, discuerdan notable-

mente del conjunto, pero consiguiendo hacer olvidar, con lo elevado del concepto, lo poderoso de la expresión, el todo que afean y ennegrecen, la vulgaridad y la *chavacanería.*

A ésta clase pertenecen algunas de sus composiciones dedicadas, y otras que reunidas podrían asemejarse á los ruídos de un batán, toda vez que su monotonía produce una desagradable impresión, pudiendo observarse que todas versan sobre un mismo asunto, debiendo titularse, á formar un tomo aparte, *Variaciones sobre un amor desgraciado.*

En sus *caprichos,* género de composiciones á que es muy aficionado, si bien de escaso mérito porque no pueden tenerlo, se encuentran ligeros, sencillos, agradables, armoniosos, algunos verdaderamente inspirados, otros encantadoramente melancólicos. poéticos los más y todos floridos, suaves y escritos con facilidad é ingenio.

Lo que hace particularmente más agradable la lectura de estas composiciones, es su corta extensión, con especialidad cuando en forma de fragmentos reune en un sólo conjunto varios pensamientos, en los que, más que la inspiración, brilla la cavilosidad y el ingenio que se juntan para producir una cosa con la que simpatizamos y sobremanera nos agrada, pero, á la que no damos más valor

que á un chiste nuevo, á un rasgo ingenioso ó á un dicho agudo é intencionado.

Carlos Vieyra de Abreu es un verdadero poeta; pero poeta en quien la inspiración no reside continuamente, por más que le visite con bastante frecuencia; que abusa de sus facultades, como abusa el pródigo de sus riquezas, que no sabe guardar y conservar; que gusta de reconcentrarse y llamar al numen á gritos; que se cree inspirado cuando sólo siente excitación y que se engaña á menudo sobre el momento más oportuno para escribir sus pensamientos. Es ingenioso, versifica con facilidad y encuentra cierta fruición en hacerlo, de ahí que produzca muchos versos y poca poesía.

Empero, cuando esto no sucede; cuando verdaderamente inspirado vuela por los espacios imaginarios; cuando, sin acaso pensarlo, el numen habita su cerebro, entonces es cuando se manifiesta verdadero poeta; cuando seduce y encanta; cuando se admira de que produzca tan agradable impresión lo que él juzgaba, sin duda, un arrebato del momento, un capricho fugaz sin mérito y sin importancia, porque medía su valor por el esfuerzo empleado, muy pequeño en aquella ocasión.

PLEITO SOBRE EL MATRIMONIO

EN VERSO

POR

VARIOS AUTORES

La biblioteca de los *Cuentos de salón* que con tanta aceptación dirigen y redactan Teodoro Guerrero y Carlos Frontaura, se ha enriquecido con un libro más. Aunque el primero de estos dos escritores le niega la cualidad de *libro,* en su discreta y breve introducción, nosotros le consideramos como tal, puesto que no ha de juzgarse por el tamaño ni por la forma, sí que por el *fondo*, cualidad que modestamente le niega asimismo el Sr. Guerrero, y que nosotros no vacilamos en concederle, y con nosotros cuantos le hayan leído, lo lean ó se hagan cargo de las breves líneas que vamos á consagrarle.

El origen del libro *El Matrimonio,* es tan sencillo como natural. Un joven escritor que hizo sus primeras elucubraciones, y practicó sus ensayos en *El Cascabel,* bajo los auspicios

y dirección del Sr. Frontaura, —que halla singular complacencia en patrocinar y dar á conocer á esos jóvenes que, llenos de esperanzas y con dotes suficientes para salir airosos en su empresa, se deciden á surcar el extenso pero tranquilo mar de la literatura,—pregunta en unas lindas cuartetas consonantes al Sr. Guerrero: *¿Me caso?* Este, consecuente en sus propósitos de propagar la idea del matrimonio y la familia, le contesta en bellísimas redondillas: *Sí;* aquel protesta, expone sus dudas y recelos, y aunque promete ceder á las razones de su adversario, si éstas son bastantes á satisfacerle, no se resuelve y da lugar con su ingeniosa réplica en versos de doce sílabas consonantados á otra no menos ingeniosa y bella, en silva, de Guerrero, en la que pide se reciba el pleito *á prueba.* Verifícase esto con igual sencillez y maestría por ambas partes, sin que se eche de menos la necesaria de testigos en donde brillan sobremanera las dotes de escritor y filósofo del señor Guerrero y la sagacidad, frescura y valentía de los conceptos del Sr. Sepúlveda —que es el joven de que venimos hablando.—Toman luego parte para *alegar de bien probado* los festivos escritores Frontaura y Narciso Serra—de los que hablaremos oportunamente—viniendo después la *inhibición* del Sr. Hurtado y la *sentencia en primera instancia,* del

popular escritor y poeta Antonio de Trueba, de la que *apela* á continuación el condenado, siendo *confirmada* por Ventura Ruiz Aguilera, lo que provoca el *recurso de casación* por parte de Sepúlveda, para quien el fiscal, Sr. Arnao, pide la pena ya impuesta en primera instancia, que es, no obstante, *revocada* por el *Tribunal Supremo,* representado por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, terminando tan singular querella con un postcriptum ó acción de gracias del reo condenado á sus defensores y adversarios en la contienda.

II

Parece verdaderamente imposible que en el fárrago de actuaciones judiciales pueda encontrarse materia para dar amenidad á un trabajo de esta clase; pero el imposible, si existe, ha sido vencido, y el resultado de los apreciabilísimos escritores que en él han tomado parte, ha sido formar un libro que leerán con igual placer los jóvenes que los viejos, los hombres que las mujeres, los que pertenecen al estado honesto como los que han probado las dulzuras del matrimonio y los que han cesado de probarlas: libro en que campean las brillantes inspiraciones del ingenio y las profundas reflexiones del talento; libro en que, bajo una forma superficial y

ligera, se descubre un gran fondo de verdad y de experiencia, y que, por este doble concepto, es digno de ocupar un lugar distinguido en la biblioteca de todo hombre de gusto.

No escasean en él las sentencias filosóficas, ni las máximas que la práctica ha consagrado verdaderas, ni los pensamientos profundos, delicados, bellos é ingeniosos, envueltos en una forma ligera y agradable; los chistes, los retruécanos y juegos de palabras hacen más atractiva su lectura, al paso que la madurez de los juicios y reflexiones obligan á tomar desde luego partido por unos, sin dejar por eso de admirar á los otros. Esto sin tener en cuenta el fin, altamente moral, del libro, razón por la que, aun contrariando la opinión del esforzado defensor del matrimonio, le consideramos de la misma índole moral de los demás Cuentos de salón, toda vez que no obsta que los personajes sean ficticios ó verdaderos, y el libro *El Matrimonio* contribuye á hacer propaganda tanto como sus demás compañeros y llena su fin tan bien como la mejor novela.

III

Comienza el libro con una introducción del señor Guerrero, encaminada á manifestar el motivo de darse á luz el pleito en la biblioteca

de los Cuentos de Salón y á hacer una breve reseña del origen de la cuestión y escritores que en ella han tomado parte, haciendo la oportuna observación de que en el libro no deben buscarse los nombres de los litigantes, todos ellos ilustres, sino las ideas que, como añade muy bien, no naufragarán en el mar de la indiferencia, antes bien flotarán, aunque el barco se haga pedazos.

Viene inmediatamente la composición de Sepúlveda, en cuartetas consonantadas, en la que, á vuelta de algunas dudas y recelos, que francamente manifiesta, apoyándose en alguna autoridad, protesta de no obrar así por manía, sino llevado del deseo de conocer la parte buena y mala del matrimonio, y al efecto expone sus ideas, no sin dejar sentado lo inútil de su propaganda anti-matrimonial en esta linda cuarteta:

«Yo sé que fuí reclutando
del matrimonio enemigos...
y ahora... se me van casando
casi todos mis amigos...»

Manifiesta después que puede hallarse la dicha en una buena elección; pero teme equivocarse y tropezar además con primas, cuñadas y suegras... á pesar de lo que confiesa paladinamente

«...que el lazo sagrado

que funde á dos en un ser,
es el más perfecto estado
del hombre y de la mujer»,

terminando con manifestar que quiere ser convencido y que, de serlo, no vacilará en confesarlo.

Toma Guerrero la palabra y desde luego contesta afirmativamente á la pregunta *¿Me caso?* de Sepúlveda; pero esto, añade, si se llega á enamorar, como queriendo afirmar que «matrimonio sin amor es como primavera sin flores, que ni existe ni se comprende...»; rechaza la autoridad citada por su contrario diciendo que Byrón

«...tuvo mucho talento,
pero corazón muy poco»,

y en esta materia manda el corazón.

Preséntale como prueba de las razones que expone su propia felicidad, conviene con él en que todo consiste en una buena elección, y para esto le aconseja la busque como debe ser, y sobre todo educada por una buena madre, porque dice y con razón:

«No puede ser buena esposa
ni hacer feliz á un marido
la mujer que no ha tenido
madre honesta y hacendosa»,

sin duda, por aquello de que *de casta le viene al galgo ser rabilargo.*

Asómbrase Guerrero de la confesión de Sepúlveda con respecto al lazo conyugal, confesión que resuelve todas las dudas, haciendo el más completo elogio del mismo, y al ver las buenas disposiciones que demuestra, exclama:

«Tú serás un buen esposo,
pues ya casado te veo»,

pintando en seguida con bellos y brillantes colores la vida que de hacerlo le espera con su mujer, con sus hijos, etc., y complaciéndose en aquellos detalles de la vida del hogar, tan enojosos para quien no es padre, termina aconsejándole se case pronto, porque

«Se llega muy pronto á viejo,
y ¡ay del viejo solterón!»

y todo esto jugando con el asunto, con los versos, en nada desemejantes al niño de la mitología, que se entretenía en formar hombres de barro, que animaba después con su soplo; y muy parecido á aquellos príncipes guerreros de la antigüedad, que pasaban el tiempo haciendo conquistas y civilizando los países conquistados. De esta manera, lo que empezó por ser un mero pasatiempo se reviste ahora de carácter de empresa formal, y pueden tenerse por dichosos los que, como ellos, prestan utilidad hasta cuando se divierten.

Pero abandonemos estas digresiones necesarias, para demostrar lo que vamos exponiendo, y sigamos haciendo la reseña del *Pleito sobre el matrimonio.*

Con el epígrafe *Nequaquan* presenta Sepúlveda su réplica, en versos de doce sílabas consonantados, de caprichosa y variada combinación, en los que, empieza por manifestar cuánto le seducen los conceptos de Guerrero, que él llama tentaciones de San Antonio: pero se rehace de esta primera impresión y atribuye al cuasi convencimiento, la semipersuasión que los versos de su contrincante han llevado á su ánimo, al talento de éste y no á la fuerza de sus razones, conociendo lo cual se mantiene fijo en sus trece: insiste sobre la existencia de matrimonios desgraciados, en medio de los felices; vuelve por la autoridad de Byrón, recusada por su adversario, autoridad que funda en la experiencia y termina objetando que las costumbres del día van pervirtiendo á las mujeres de tal modo que pensando en

.....bailes y reuniones
no hacen un dobladillo ni á tres tirones.

El fondo de los argumentos de Sepúlveda y Guerrero está reducido á la siguiente máxima: *El matrimonio en sí es bueno, pero no hay*

en el mundo gente peor (ni mejor) que los hombres y las mujeres.

Al tiempo se titula la contestación, dúplica, que Guerrero dirige á Sepúlveda en una silva, en la que dicen que es muy común murmurar de las mujeres y postrarse después ante ellas; que la virtud reside en las mujeres; eleva un recuerdo á su madre y termina diciendo á su adversario

.....yo se qué quieres,
que eres bueno y te gustan las mujeres.

IV

Recíbese el pleito *á prueba,* y Sepúlveda supone que Guerrero abandona el campo batiéndose en retirada, presenta testigos pertenecientes á varias clases de la sociedad que den fe de la verdad de lo que él afirma y echando en cara á Guerrero lo que éste dijo en otros tiempos contra el matrimonio, termina gritando *¡vivan los solteros!*

Testigos mudos presenta Guerrero en frente de los de Sepúlveda, y no por ser mudos son menos elocuentes. Acusa Guerrero á Sepúlveda de haber escrito en otros tiempos unas seguidillas á Julia, en las que alababa el matrimonio, las cuales une como prueba concluyente á los autos; y termina pidiendo que

los *alegatos de bien probado* se encomienden á personas sensatas é imparciales que puedan ver claro y dar su dictamen en esta cuestión.

V

Frontaura y Serra son los encargados de *alegar de bien probado* en nombre de Guerrero y Sepúlveda respectivamente. El primero afirma que el matrimonio tiene penas, pero el celibato no tiene placeres y hay que tomar las duras por las maduras, y probando con el ejemplo de sí mismo que el matrimonio es higiénico, le recomienda que si se casa elija bien.

El reverso de la medalla es el alegato de Serra; echa en cara á Guerrero sus extravíos de soltero, diciéndole que hoy canta la palinodia porque es viejo y no puede volver á las andadas, después de lo cual le prueba con sus mismos testigos que no tiene razón tratando de hacer odioso el matrimonio, ridiculizado con sus gracias.

VI

Antonio Hurtado, encargado de pronunciar la sentencia, se *inhibe* por haber sido casado dos veces y remite los autos á Antonio de Trueba, el cual, después de varios conside-

randos, absuelve á Guerrero y condena á Sepúlveda á casarse y á Frontaura, por publicar este *escándalo,* á merendar juntos en Bilbao.

Sepúlveda protesta y apela del injusto fallo al Tribunal de los solteros recalcitrantes y persiste en que se remitan los autos, para su confirmación, á la Audiencia, representada por Ventura Ruiz Aguilera, que ordena la ejecución de la sentencia, lo que hace que Sepúlveda acuda al Tribunal Supremo, que después de oir al fiscal, Antonio Arnao, decreta, por boca de Juan Eugenio Hartzenbusch, la suspensión de aquélla hasta el siglo que viene, terminando tan singular contienda con un *post scriptum* ó acción de gracias de Sepúlveda á cuantos han tomado parte en la cuestión y un auto de Guerrero y Frontaura.

Este es *El matrimonio,* un libro de polémica conyugal—por decirlo así—en que la buena fe y la sana doctrina brillan en primer término; es, por consiguiente, un excelente medio de propaganda, tanto más eficaz y prodigioso cuanto que está lleno de atractivo; la forma judicial, tan hábilmente fingida, el estar en verso, los nombres de sus autores, lumbreras algunos de la patria literatura y también la circunstancia de publicarse en la biblioteca de los Cuentos de Salón, que el público conoce y aprecia debidamente, hacen que el libro

sea recibido con placer, leido con ansia, y sus máximas, chistes y reflexiones recordadas y con frecuencia repetidas por los lectores.

La idea es plausible, y el éxito más completo ha coronado los esfuerzos de los apologistas y detractores del matrimonio, á quienes creemos animados del mismo laudable pensamiento, por más que en la distribución de papeles en esta comedia haya correspondido á algunos el de fieros enemigos de tan santa institución, no de otro modo que en los dramas y comedias que continuamente estamos viendo en nuestros teatros se confían los papeles de traidor, tirano, etc., á actores de reconocido mérito. En uno y otro caso lo que únicamente se exige de todos es que desempeñen fielmente su cometido, y por esta vez hay que confesar que los *actores* del libro que nos ocupa han estado á la altura de su reputación.

Pero así como después de la representación teatral, y despojados los actores de sus vestiduras, se ve en ellos al amigo querido, al artista reputado, en vez del tirano aborrecido ó el traidor detestado, después de compuesto el libro, y examinado uno por uno á sus autores, nos complacemos en reconocer en todos ellos el talento y criterio necesarios para no pretender mantener en la vida común y fuera de la esfera en que lo han hecho, los pensa-

mientos y palabras que dejan expuestos en este libro, que consideramos como una comedia ó pequeña *farsa literaria;* se entiende, respecto de los que atacan el matrimonio, pues los que le defienden, obran seria y muy seriamente y hacen bien.

VII

Vengamos ahora al juicio que hemos formado de los escritores que han contribuído á formar el tomo que es objeto de este artículo.

Ricardo Sepúlveda es un joven de talento sumamente impresionable y un tanto versátil, condición inherente á su edad; sus versos son correctos y fáciles, llenos de la frescura de la juventud é imagen de la misma; se leen con gusto y sin fastidio, y goza el lector con sus ingeniosos retruécanos y equívocos, y con sus abundantes chistes encanta y seduce á la vez; lastima únicamente su decidida propensión á abrazar causas perdidas, lo que prueba, por otra parte, su valentía, nobleza de alma y afición á todo lo nuevo. Hemos leído algunos de sus trabajos en la novela y en el periódico, y su lectura nos confirma más y más en el juicio que de él hemos formado.

Teodoro Guerrero es poeta y novelista, y nada más diremos, que harto detenidamente

ha sido criticado en el juicio de su *Anatomía del corazón.*

A Carlos Frontaura le han juzgado ya por nosotros los que han leído sus escritos de la prensa y de la novela, del teatro y de las costumbres, por lo que nos abstenemos de hacerlo. Uno y otro—Frontaura y Guerrero—han procurado en este libro seguir la senda que se propusieron al emprender su misión de propagandistas infatigables del matrimonio, y al efecto en este asunto han demostrado que no en vano pasa la vida y se ven los sucesos, y que la experiencia es después de la virtud y la honradez lo que más recomienda al hombre, y le da sobre los que no la tienen, la ventaja de poder juzgar con conocimiento de causa, no guiados por autoridades, que el despecho ó la desdicha que ellos mismos se han procurado, los hace prorrumpir en esas reflexiones, que hielan el corazón del hombre á quien la práctica de la vida no ha puesto á cubierto de los defectos de sus desconsoladoras teorías.

Narciso Serra ¡desgraciado! lanza su anatema contra el matrimonio, sin comprender que otros que no le conocieran como nosotros le conocemos, tomarían su inventiva como expresión del despecho y de la impotencia: nosotros hallamos justa su repugnancia, porque verdaderamente, teniendo la ma-

dre que tiene, no debe exponerse á tropezar con una mujer como la que retrata en su alegato, al presentar al testigo del piso segundo, y es verdad que si se hubiese casado antes de su enfermedad hubiera renegado del matrimonio, pero esto nada prueba contra el mismo, porque su bondad depende de la de los que le contraen, y además todos no son Narciso Serra, ni están enfermos. Dios le de salud para que se case y tenga muchos hijos y viva feliz en el seno de su familia.

Antonio Hurtado tiene muy bien sentada su reputación como escritor y poeta para que pretendamos elevarla más aún; lo mismo decimos de Trueba, del cual y de sus obras nos ocuparemos extensamente en otro lugar; de Ruiz de Aguilera hemos de decir lo que de Hurtado, que hacemos extensivo á Arnao y Hartzenbusch, por lo que sólo nos resta dar á todos la enhorabuena y desear á sus editores la venta completa de dicha edición y de otras varias que han de hacerse pronto, con un pico de cuyas ganancias deben aquellos convidar á merendar—como Trueba se propone—á todos los que han contribuído á la formación de *El matrimonio,* no olvidándose del crítico, que á todos saluda cordialmente, y cuya opinión en el asunto del pleito quiere consignar en este sitio para que nadie se llame á engaño:

MI CUARTO A ESPADAS

Aunque me lleve el demonio
y mi nulidad confiese
quiero tomar parte en ese
Pleito sobre el matrimonio.
La cuestión es algo seria
y terciar en ella quiero,
y aunque yo, como soltero,
no soy voto en la materia,
voy á exponer las razones
que tengo en contra y en pro,
por lo que, á unos y otros, yo
antes pido mil perdones.
Fuertes son las que ya han dado
por una y por otra parte,
formuladas con gran arte
y escritas con desenfado;
mas cada cual está ajeno
de que... ¡cosas del demonio!
en el mundo el matrimonio
puede ser malo y ser bueno;
y no fuera cosa mala
para encontrar la razón
el que, así como el melón,
pudiera tomarse á cala.
Creo más autorizados
á los que ya han recibido
la bendición, porque han sido

solteros y son casados.
  Y si no estuvieran mudos
los viudos, por egoismo,
por este motivo mismo,
lo fueran mejor los viudos,
  porque la imparcialidad
es mayor, y la experiencia,
y no sufren la influencia
de su querida mitad;
  por lo que, con gran razón,
más competentes y duchos
á los viudos, ya machuchos,
declaro en esta ocasión.

—

  El matrimonio es muy bueno;
el matrimonio es muy malo;
unos dicen que es regalo
y otros dicen que es veneno;
  doy, cortando por lo sano,
á la lógica un revés,
para concluir que no es
bueno, malo, ni mediano;
  y se puede comprender
que sea las tres al par,
si lo son, no hay que dudar,
el marido y la mujer.
  Cuando son buenos los dos,
y más si tienen un hijo,
el matrimonio es, de fijo,
una bendición de Dios.

Si son malos... ¡Barrabás!
entonces el matrimonio
es hacienda del demonio
y parto de Satanás.
Si uno es bueno y otro no,
la dulce unión conyugal
es mediana, así... tal cual...
como no la quiero yo.
Ved cómo vengo á probar,
con artificiosos métodos,
que puede ser de tres modos:
bueno, malo y regular.

—

Hay en el mundo mil cosas
que halagan, cansan ó admiran,
y que son según se miran
útiles ó perniciosas;
y que siendo destinadas
á usos harto diferentes,
son malas ó convenientes,
combatidas ó alabadas;
y que son feas ó bellas,
ó del género común,
de dos ó de tres, según
el uso que se haga de ellas.
El matrimonio á mi ver,
y que miro muy bien creo,
siempre es... según el empleo
que hagan marido y mujer,
y así como arma mortal

defiende y nos causa herida,
el matrimonio, en la vida,
prueba bien ó prueba mal.

—

Teniendo que decidirme
por casarme ó no casarme,
casi estoy por inclinarme
á quedarme en tierra firme;
pero es la elocuencia tal
de los *Cuentos de Salón*
que, casi sin reflexión,
quiero la unión conyugal;
mas temo... ¡vano temor!
ya estoy curado de espanto,
y busco lleno de encanto
En el matrimonio... amor.
(Comedia aplaudida tanto
por ser Perea su autor).
Amor que aquél legitima,
que hace firme y duradero,
único amor verdadero
y el que á casarme me anima;
y aunque le de la razón
á Guerrero, de esta modo,
yo... quiero probar de todo
y me caso en conclusión.
A mí no me prueba nada
lo del vinagre maldito,
porque éste es siempre exquisito...
sobre todo en la ensalada;
y aunque haya dicho alguno

que sólo el demonio inspira
el matrimonio... ¡mentira!
(consonante harto oportuno).
  En fin, para concluir
me caso con mucho gusto
aunque en ello os dé un disgusto.
No tengo más que decir.



ARTE DRAMÁTICO

LA PASIONARIA

DRAMA

DE

LEOPOLDO CANO Y MASAS

Acabo de ver representar *La Pasionaria* á los distinguidos artistas de la compañía dramática, los cuales han hecho todo cuanto han podido, que ha sido muy bastante, para poder apreciar los méritos y deméritos de la obra. El efecto producido en el público fué extraordinario: veamos si á los ojos de una crítica severa son merecidos esos aplausos.

El genio dramático de Cano se parece á un un cajero que, teniendo contadas y apiladas gran número de onzas, las confundiese en informe montón para volver á contarlas; á un tipógrafo que teniendo un molde de caracteres de imprenta hiciese, adrede, un *pastel* para volver á componer lo mismo que había deshecho; á un fraile de cierto cuento muy obs-

ceno que, disputando sobre si había marcado con exactitud las rayas de carbón en la pared, exclamó: borrémoslas y empecemos de nuevo; porque ¿qué otra cosa ha hecho el talento privilegiadísimo que ha derrochado con la facilidad con que se va el agua de un triguero, riqueza sin cuento de estilo, de episodios, de efecto, de chistes, de arranques del más puro y genuino sentimiento, de frases nobilísimas de heroismo y abnegación, para hacer un drama absurdo, inverosímil, monstruoso, pero así y todo efectista, lleno de grandezas sublimes y de arrebatos propios de imaginaciones volcánicas?

¿Qué es *La Pasionaria?* Como título, un capricho del autor, si legítimo y hasta bello, no justificado por ningún propósito, no respondiendo á ningún fin, no significativo de ningún objeto, no hondo y profundo como aquel de... *El Gran Galeoto.*

¿Qué es *La Pasionaria?* Como drama, un pensamiento sin concluir, una finalidad pesimista, unos caracteres monstruosamente excepcionales que revelan carencia absoluta de estudio psicológico, un ataque á la sociedad, sin verosimilitud, una exposición de sentimientos que repugnan, una anarquía sin fascinadora utopia que la engrandezca, un propósito de extender el virus social sin curarle, pero todo disuelto en una acción maestrísima y en

una forma primorosa; esto es, treinta gotas de ácido prúsico diluídas en vino de Chíos, en vino de dioses, y servidas en una copa de oro cuajada de brillantes, rubíes y esmeraldas, en copa de emperadores romanos ó de los papas de la familia de los Borgias.

¿Es esto plausible? No. Y valga por lo que valiere, desde un rincón de esta patria abrumada de laureles dramáticos, nosotros celebramos la esperanza de un excelso poeta y protestamos contra el éxito de *La Pasionaria,* que ha fascinado la mente de tanto periodista ilustre como han contribuído con sus encomios á enaltecerla.

*
* *

Argumento.—Es complicadísimo por la multitud de episodios que le adornan y que se suceden estrechamente relacionados, sin violencia, aunque muy *casualmente* oportunos, á pesar de lo cual el artificio dramático se halla discretamente velado con incidentes y situaciones bellísimas que arrancan del mismo argumento. Imposible poner cuadro tan variado en breves frases y en el que no se da punto de reposo á la imaginación, que pasa de una escena á otra con la sorpresa de las más diversas y encontradas impresiones.

El drama está en Petra *(La Pasionaria)*, que

ha sido seducida por un hombre y abandonada con el fruto de sus amores. Sobre este hecho, con infinidad de casualidades y accidentes, con defensores violentos y estrafalarios, con argucias propias de infames abogados que causan náuseas; está formado un argumento que dura tres actos y que ¡oh poder del talento! está admirablemente bordado.

La acción.—Una, á pesar de ser tan varia, interrumpida á todas horas y convergiendo á ella todas estas interrupciones; conducida con una maestría sin igual, sin que valga á desvirtuar su mérito el amontonamiento de *coincidencias* que no puede el crítico reprochar y acaso sin poder señalar más tacha que ésta: ¿cómo se justifica el que Marcial, el carácter vehemente capaz de tirarse por el balcón en vez de bajar por la escalera, para llegar antes á la calle, se meta en discusiones inútiles con su tío y luego desaparezca durante cuatro largas escenas en momentos de tanto peligro para Petra, á la cual pretende asesinar Justo?

Caracteres.—Feliz frase la de O'donell, y ¡cuántas veces la citamos con oportunidad! Sí, *presidio suelto* y familia de galopines pueden titularse los mal llamados caracteres de esta obra. En una sola familia ha encontrado el Sr. Cano un viejo tramposo, hipócrita, libertino, mal padre, jugador y con cara de santi-

dad; una vieja (hermana del anterior) beata, chismosa, usurera, inmoral, escarnio de la Iglesia y befa del mundo; un joven (sobrino de los anteriores), seductor, usurpador de estado civil, engañoso tercero en asuntos sucios y criminales; una joven (hija del primero) liviana, coqueta, encarnación del descoco y de la impudencia, sabihonda, metalizada, cínica, repugnante... más que una prostituta empedernida en el vicio; y otro joven temerario, loco de atar, desfacedor de entuertos, quijotescamente caballero, lleno de arranques generosos y partidario de procedimientos violentos y estravagantes; y además de esta perversa familia presenta el autor, para completar los personajes que juegan en el drama, un juez... ¡qué juez! hasta á los que más los aborrecen les salían los colores á la cara al ver puestos en ridículo y de tal modo á los que están destinados á ser salvaguardias de las honras, de las vidas y de las haciendas; una niña que, á ser exacta la pintura del señor Cano, haría á las madres maldecir el momento en que engendraron y una Petra que con hacerse extraordinariamente simpática, por lo que de ella dice Marcial y por lo inmenso de su desgracia, nada hace para justificar la significación que el autor la quiere dar, pues después de aparecer humilde, suplicante, se la ve altiva, para volver á humi-

llarse y realizar al final un acto que no tiene explicación posible. Mata á Justo en un arrebato y luego no se atreve á tocar á su hija por temor de mancharla de sangre.

Estos caracteres son convencionales, y lo convencional en la escena tiene sus límites. Pasan de inverosímiles y lo inverosimil casi nunca debe presentarse en el teatro. El autor ha tomado las cualidades más repugnantes, los más depravados instintos y ha adornado con ellos á personajes que con irónica intención llama Perfecto, Justo, Angelina.

Finalidad y tendencias.—¿Tiene finalidad esta obra? ¿Se propuso tendencias determinadas su autor? Sí. Para hacer sólo una obra bella no necesitó acumular tantas deformidades. Pues si tuvo algún fin ¿cuál fué éste? Vista la obra con atención y leída con detenimiento, ó es tan clara la finalidad que deslumbra, ó se halla oculta de modo que no se puede determinar inmediatamente. Aventuremos que su finalidad ha sido mostrar la deficencia de la ley en lo que respecta á los derechos de la madre, del padre y del hijo en caso de seducción y abandono por parte de aquél. Pues admitido ésto, el autor no ha dicho la verdad de lo que dice nuestra legislación, ni se ha atrevido á proponer solución al conflicto que presenta. Nuestra legislación manda al padre de un hijo natural casarse con

la madre ó dotarla. ¿Qué quería el Sr. Cano que hiciesen los legisladores? ¿Condenar á la infeliz Petra á un eterno martirio, á una perpetua agonía, uniéndola con su infame seductor con los indisolubles lazos del matrimonio? Y si por el contrario, en vez de una víctima redimida era mujer entregada á todo vicio y á constante deshonestidad ¿obligar al hombre, que en vez de ser tan perverso como Justo, podía ser tan perfecto, aunque algo más comedido que Marcial, á llevar sobre sí la insoportable carga de un deshonor que nunca había merecido, haciéndole solidario del desenfreno de la que un día habría sido su víctima, acaso con fines egoistas y miras interesadas?

El Sr. Cano conoce casos excepcionales, que por esto mismo se han grabado tan hondamente en su alma; en ellos ha visto un drama de grandiosos efectos, y como es un poeta de gigantes vuelos, con un conocimiento ó un instinto de la escena ó de la trabazón dramática verdaderamente soberanos, con una forma lisa, elegante, apropiada como pocas para el teatro, ha escrito *La Pasionaria,* drama sentido admirablemente, pero sentido con falsedad, llevando á la escena lo que sólo un alarde de genio ha podido presentar con tan espléndida belleza.

*
* *

Post scriptum.—Resulta mi crítica severa, pero la creo justa. He estrechado una sola vez la mano del autor de *La Pasionaria;* soy sincero admirador de su genio que honrará la España moderna; si creyese ofender con mi crítica la susceptibilidad del Sr. Cano ó causarle algún perjuicio, no la publicaría, pues por ligera que sea la consideración que nos podamos tener mutuamente, aún la prefiero á causarle el menor daño con mis escritos, de los cuales ninguna honra ni provecho puede conseguir el que como yo desapareció del público literario. Cano, sin embargo, debe pensar que juicio crítico de quien tan poco vale poco daña, y tener por no escrito mi artículo y *admitir la protesta.*



UNA REVISTA DE TEATROS

Consuelo, por Abelardo López de Ayala.—*El Frontero de Baeza*, por Retes y Echevarría.—*Una criolla*, por A. García Gutiérrez.—*La rosa amarilla*, por Eusebio Blasco.—*El esclavo de su culpa*, por J. A. Cavestany.

Mal año para los criticones eternos del estado intelectual de España ha sido, en lo dramático, éste cuya temporada concluye con la obra perfectísima, CONSUELO, del inmortal Ayala.

Es necesario ser imparcial y tener el juicio muy sereno y muy seguro para juzgar los acontecimientos presentes. y quien tales condiciones reuniere tendrá que asegurar que en lo que va de siglo no ha habido en el Teatro Español año de más fortuna, desde aquellos del renacimiento romántico á los del clasicismo moralista. No hay que dudarlo; los que estudiamos con afán el desarrollo de nuestra dramática, los que consagramos nuestros afanes al esplendor del Teatro y á cantar sus glorias y á narrar sus hechos victoriosos, de-

bemos decirlo sin rodeos de ninguna clase, sin consideraciones de ningún género, sin apasionamientos de ninguna especie.

¿Quién recordará un año en que se hayan puesto en escena obras de tan distinta índole y de tan relevante mérito como *Lo que no puede decirse, El esclavo de su culpa, Los laureles de un poeta, Maldades que son justicias* y *Consuelo?* Y si nadie vió en tiempo tan corto obras tan largas de esperanzas, ¿por qué no decir en todos los tonos que el año dramático de 1877 á 78 es de felices augurios para el Teatro?

Acaso más que ninguna obra haya contribuído *Consuelo* para que personas ilustradas participen de nuestra opinión y juzguen justificadas las observaciones arriba expuestas. Y la obra verdaderamente es apropósito para ello; porque no es de aquellas que envueltas en sorprendentes arrebatos del genio tiene descarriadas elucubraciones de loco, sino que es *Consuelo* á manera de perfecto cuadro en que nada sobra ni disuena. Así es siempre la dramática de Ayala, y en esto no se si diga qué es en lo que de todas se distingue. Han sido todas sus obras acabadas con reflexión y pensadas á conciencia, (acaso todas más que *Consuelo),* pero por singular manera que yo no me explico, ésta es la más perfecta de todas ellas.

Consuelo ha conquistado á Ayala un triunfo más, quién sabe si el mejor, aunque menos seguro, de los muchos que ha conseguido en su vida, porque circunstancias políticas que á nadie se ocultan, sabida la alta posición del autor, podían influir en el ánimo del público más amigo de aplaudir á la oposición que de apoyar al gobernante. Temíase además que Ayala, en quince años de abandono poético hubiera perdido su costumbre y su maestría. Afortunadamente no ha sido así: *Consuelo* es un buen drama y lo es por medios sencillos y naturales, y en su argumento nada hay de espeluznante ni extraordinario, siendo su acción ordinaria en la vida, y por tanto más al alcance de todos.

Una mujer, *Consuelo,* se casa por vanidad con un hombre rico, Ricardo, despreciando á Fernando que era pobre, pero que la amaba. De esta debilidad de mujer, nace una serie de conflictos que colocan la acción del drama en el último límite de la tirantez, previéndose un desarrollo eminentemente trágico (por ciertas ligerezas de *Consuelo* que se empeña en dar celos á su marido, el cual se muestra exageradamente frío é indiferente), como en efecto tiene lugar, pero no el previsto por el público que adivina un acto de locura de Fernando que ponga fin á la vida de los dos esposos.

El drama termina de una manera tierna,

pues la buena madre de *Consuelo* muere en momento bien tristemente oportuno para dejar á esta en la mayor desesperación, abandonada por todos. Este es el drama; pocos se pueden dar más sencillos y de menos materiales, pero están tan perfectamente hilados, que el nudo y desenlace de la obra son una maravilla.

Agotados los calificativos del aplauso por los críticos, y no habiendo sido yo el que menos los usa, no quiero dejar de exponer algunos reparos al dichoso autor dramático. El primer acto es algo lánguido, aunque por ser de exposición merece disculpa. El segundo y el tercero, precipitadamente desarrollados, son magníficos. El desenlace, rápido como un rayo, hiere tan vivamente al espectador que no le da tiempo ni aun para aplaudir tantos aciertos.

De los caracteres, *Consuelo* no lo es, pero es retrato verdadero de una mujer común; Fernando y Antonia, madre de *Consuelo*, son creaciones admirables; Fulgencio es vulgar y ramplón; Ricardo un ente repulsivo; Rita tipo de criada algo inverosímil, tiene demasiada confianza con la señorita; su diálogo primero no conduce á nada; hay detalles y pequeñeces inoportunas y pueriles, y por querer pintar un carácter, se hace una miniatura recargadísima. Esta criada usa metáforas y comparaciones bastantes sandias.

Por último he de decir, para ser verdadero, que no dejan de abundar los ripios en muchos versos de esta notable obra; esto en lo que respecta á la versificación, sin salir de la cual debo aplaudir sin reserva la escena XX del acto segundo, monólogo de Fernando, que es precioso en el pensamiento y en la manera de expresarlo.

*
* *

El frontero de Baeza es un drama romántico. Como obra escénica es de muy medianas condiciones. Retes y Echevarría, sus autores, no acertaron en el asunto, ni en el desarrollo. Su representación sólo significa un gran arranque del actor Antonio Vico. La situación es á propósito. Los galanes, Rojas y don Diego, están enamorados de la hija de Manrique, y el primero incita al D. Diego á batirse, éste le manifiesta que lo hará cuando salve á Baeza, plaza cuya defensa le está encomendada; Rojas le insulta, le provoca llamando subterfugios á los que son cumplimientos de buen vasallo y entonces Vico (D. Diego) le contesta: Espera que cumpla mi deber y entonces, te juro, que empuñaré la espada para batirme, y no la suelto jamás

Si no me cortan la mano.

Este verso lo decía Vico de tal modo que el arrebato del público, que frenéticamente aplaudía, apenas si bastaba á calmar la impresión del arranque de inspiración del autor. Y nada más merece *El Frontero de Baeza.*

*
* *

Por estos días estrenóse también *Una Criolla,* producción de uno de nuestros más venerables poetas y cuyo nombre solo, García Gutiérrez, es garantía de acierto y de inspiración. No es la comedia el género en el que se hallan los grandes triunfos de García Gutiérrez, como lo proclaman *El Trovador, El Rey Monge, Simón Bocanegra, Venganza Catalana, y Doña Urraca de Castilla;* pero como su genio, tras de ser colosal y terrible en los alardes dramáticos, es delicadísimo en la concepción de caracteres tiernos y amorosos y aún en la urdimbre cómica como en *Crisálida y Mariposa,* idilio pocas veces superado, mucho podía esperarse del que en las postrimerías de su cultivado ingenio se inclinaba á la pintura de la tranquila vida del hogar; presentando un bellísimo carácter de las joyas de nuestras provincias ultramarinas, de las hermosas y fértiles Antillas.

Una Criolla, dicho con el respeto que á García Gutiérrez tenemos, es obra débil has-

ta no poder serlo más, y no merecía el éxito obtenido. Su contextura y enredo son frágiles y pobres y además sin mérito y sin interés. Su argumento se halla reducido á poner á una criolla modelo de perfecciones, en situación en que pruebe su amor á España, su interés, su incomprensible pasión. De aquí resulta que la obra es bella cuando Emilia (la criolla) en larguísima tirada de versos, no todos buenos, cuenta su vida y defiende á Cuba y cuando muestra al tutor sus virtudes por medio de rasgos que la elevan sobre todos.

Pero si el autor ha creado una protagonista que, concediéndola mucho, encanta y seduce al público que gusta de ver esos tipos de belleza física y moral, en cambio á los demás personajes los ha hecho tontos, estúpidos, antipáticos y empalagosos, resultando de aquí que se vean con disgusto los desenlaces, no merecidos, ni aún el de la criolla misma que entrega su mano á un ente tan ridículo como su tutor don Félix de Carvajal, el cual, después de estar tratándola yo no sé cuántos meses, y reconociendo sus virtudes, que son muchas, acaba por decidirse á casarse con ella porque «es muy bonita y en su belleza no había él reparado.»

*
* *

No quiero escribir sobre *El Trece de Febrero,* drama que, si no rebaja la reputación de su autor Jose María Díaz, es indigno de ella; hablemos de una comedia de asunto manoseado, tanto que todos los días hay en la vida social sucesos que podrían motivar comedias parecidas; hablemos de *La rosa amarilla,* última producción del feliz ingenio de Eusebio Blasco, que después de haber aprovechado el asunto en un cuento que publicó meses hace, le ha dado entretenida forma cómica que agrada al auditorio, haciéndole reir, gracias á ciertas equivocaciones y á chistes de marcadísima buena ley.

El desarrollo no deja de estar bien urdido, sin que esto sea decir que no podía haberlo hecho algo mejor; pero no es su argumento, ni sus episodios, ni sus caracteres, (?) ni su pensamiento lo que aplaude el público en esta obra. El resorte que el poeta ha sabido tocar para conquistarse los aplausos es cierto atropellamiento de escenas, ciertos equívocos, que no dan lugar á que se juzguen, y que estando acompañados de fácil y feliz versificación, halagan al espectador hasta el punto de dejarse dominar y hacerle aplaudir cosas que de otro modo merecerían la más severa censura.

La verdad es que dejando aparte estas be-

llezas y más que bellezas esta gracia verdaderamente extraordinaria que para tales recursos tiene el Sr. Blasco, su obra no puede ser más falsa. Pero donde la falsedad salta á la vista, donde la debilidad es mayor, es en los caracteres. Y cosa rara, caso singular, esos caracteres, que no lo son, esos personajes que representan caricaturas á medias, no excitan ni una dificultad á la obra, no detienen su triunfo, no entorpecen su victoria. ¿Y por qué? Fácilmente se explica. La impresionabilidad del ser humano no la pone hoy nadie en duda; la superficialidad de nuestro trato, de nuestras afecciones y sentimientos, la ligereza de nuestros deseos é intenciones, son conocidas de los mismos que las padecen y por tanto la falta de caracteres es inevitable, como que ellos no son otra cosa que firmeza y constancia é intensidad; conociéndose la sociedad, al ver en el teatro atrevidamente retratado su defecto capital, la protesta que de otro modo sería inevitable, viene á convertirse en aprobación manifiesta y, á poco, en aplauso hacia lo que la retrata ridiculizándola. Así se comprenden estas caricaturas de la sociedad; á tal punto conduce la perversión del sentido moral.

* * *

Nosotros habíamos visto á García Gutiérrez llegar oscurecido desde su pueblo natal á la villa y corte, presentar una obra en el teatro y dar alimento con ella á una revolución literaria, consiguiendo ser llamado y arrastrado á la escena para recibir por primera vez, en España, los aplausos en el palco escénico, costumbre inaugurada en Francia el año 1835 en la representación de la obra *Farruk el moro* de los suicidas Victor Escoure y Augusto Lebras.

Nosotros habíamos visto á Hartzenbusch «convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oir al día siguiente de sí mismo al pasar por una calle; *Aquel es el escritor de la comedia aplaudida* y conseguir un nombre claro por un apellido obscuro, y esto «en sólo veinticuatro horas» como decía Fígaro.

Nosotros conocemos á Ayala que huyendo de las aulas universitarias se presentó con una comedia, *El Hombre de Estado*, y con ella mostró su talento dramático sin segundo, cuando aún no había escrito *El tejado de vidrio* ni *El tanto por ciento*. Pero hay que decirlo, nosotros no habíamos visto, ni lo ha visto ninguno hasta ahora, que un modesto joven, de rostro agraciado, de color moreno, de fino semblante y delicada apostura, reflexivo, ama-

ble, llevando en su alma la conciencia de su valer y de su triunfo, dominando con firmísima voluntad los deseos del aplauso, á los que sirven de acicate la impaciencia de los amigos, se presente un día al poeta que tiene encerradas en su diminuto cuerpo las tempestades de la inspiración, á Núñez de Arce, le lea su drama, obtenga su aprobación, y que éste se encargue de recomendarlo al sanhedrín teatral, se acepte, y, otro día, pocos despues del anterior, el drama se estrene, el público se alborote, la ovación sea completa y el triunfo ruidoso, y el poeta salga á recibir los galardones que se tributan al genio... y ese poeta, que ha subyugado á todos los espectadores con el poder de su inspiración, tenga dieciseis años, á lo más dieciocho, dos años después de haber escrito *El esclavo de su culpa* y se llame Juan Antonio Cavestany. Esto no había presenciado nunca España; esto no lo ha hecho ninguno de nuestros grandes poetas. Calderón escribió su primera obra dramática á los trece años, pero qué ¿se atrevería alguno á comparar *El carro del cielo,* de Calderón, con *El esclavo de su culpa,* de Cavestany?

Y aquí entra lo fenomenal de la aparición de este poeta.

Ser poeta lírico cuando apenas apunta el bozo es vulgar en España; serlo dramático, y tener el instinto de los grandes efectos, y

crear las grandes situaciones, y arrebatar con pasiones tempestuosas es ya excepcional; pero, conocer los secretos del corazón humano y su manera de expresarlos; saber sentir ó cómo sienten una madre cariñosa, un hijo idolatrado, un hombre de mundo, excéptico y perverso, una niña candorosa y tierna, un pollo sin educación y sin sentimientos, y no sólo tener este conocimiento de la sociedad, sino conocer el mecanismo del teatro y consistir el mérito de su obra en el plan bien concebido, en la acción hábilmente conducida, en la sabia preparación de los efectos, no en los arranques de inspiración que magnetizan, pero que no señalan pericia; ser maestro cuando no se ha sido aprendiz, y todo esto cuando alborea la vida, cuando se desencadenan las pasiones, cuando el cielo se colorea sólo de rosáceos matices, esto es extraordinario, fenomenal, increible. Y, sin embargo, nada más cierto; Cavestany ha sido todo esto en *El esclavo de su culpa*.

He aquí su argumento: Ramón vive con su mujer Enriqueta en Madrid, cuando se le presenta su amigo Carlos á pedirle el favor de que tenga en su compañía una hija, fruto de criminal seducción, mientras dura un viaje que tiene que hacer á América. Ramón accede, pero desea conocer la historia de los criminales amores; Carlos se la refiere y viene á

descubrirse que la engañada es Enriqueta, la esposa de Ramón. Entretanto Alfredo, joven aturdido y enamoradizo, aconsejado por Carlos, pone los medios para seducir y aún robar á Emilia y lo consigue mediante las maestras lecciones de Carlos, llevándola á casa de éste, mientras prepara la fuga á París, en sazón de que Enriqueta ha ido á suplicarle que no se desafíe con su marido, el cual, como es lógico, le va á pedir una explicación. Enriqueta, no pudiendo salir por la puerta del jardín, que está cerrada, encuentra á Emilia y la reconoce averiguando que el padre de ésta, que es Carlos, sin saberlo, ha ayudado á Alfredo á robar á su hija; la oculta en un gabinete para alejarla de la vista de su padre, llega Ramón en el momento de la lucha moral en que Carlos quiere ver á su hija y Enriqueta no quiere consentirlo mientras no esté presente su marido, y al ver entrar á éste, precipitándose en el gobinete para sacar á Emilia, se encuentra con que ha desaparecido por una puerta falsa, llevada por Alfredo para huir de Madrid. ¡Qué final de segundo acto!

Arrepentido Carlos de sus maldades, que han estado á punto de causar la deshonra de su hija, y al ver la abnegación de Ramón, que le dice:

«ni tú mismo ya del lado
la arrancarás de su madre!»

renuncia sus derechos de padre (?), deja su hija en poder de Enriqueta y Ramón, y se marcha á América.

Aquí concluye el drama y vamos á ver en qué consiste su mérito.

Empezamos por decir que lo que pasma es ver un jóven viejo. Esta obra la escribe un hombre desengañado, acaso pobre de inspiración, pero riquísimo de enseñanzas y picardías sociales. Es decir, que esta obra podría muy bien llamarse *la obra de las debilidades*. Esto es un poco oscuro y necesita explicación. Comprendemos, concebimos que un poeta adelantándose á su edad conozca, adivine los afectos, y las pasiones, y lo bueno y lo malo; pero, lo grande, lo marcado, lo distintivo de esos afectos, de esas pasiones, de esas bondades y de esos crímenes; mas no lo debil, que el conocimiento de esas flaquezas humanas sólo es propio de los desengaños, de las desilusiones, del hastío y de la indiferencia; y estos desengaños, y estas desilusiones, y este hastío y esta indiferencia, sólo los tiene el que ha vivido, el que es viejo, si, el que es viejo, ó... de todos modos el que ya no es joven. Y hé aquí por donde deduzco yo que Cavestany ha nacido poeta de edad madura. ¡Si su obra casi es fría de puro hábil y bien preparada!

El pensamiento es de una moral elevada y

sana, pertenece á ese género moralizador, que hemos dado en llamar de sociedad.—El plan está maestramente concebido y desarrollado, quizás por estarlo demasiado se descubre la contextura antes de lo que conviniera. —La acción está llevada con un interés creciente hasta terminar el segundo acto; cuya situación final es de bellísimo efecto, pero después el espectador queda convencido de que no puede haber solución alguna que le satisfaga. Este nos parece el escollo de la obra. Porque, ¿qué ha de hacer un padre que adora á una hija y que se halla en la situación de Carlos? Llevársela? ¿y, cómo concluye la obra? Dejarla? ¿y en qué amor paternal se concibe el abandono? Y forzosamente ha de elegir uno de los dos.... ¿no le queda otro? Yo creo que sí. Nunca he hallado más justificado el suicidio. Es verdad que esto es bárbaro, pero, es más humano, más realizable, más verosímil. Lo que hace Carlos, resignarse á no ver más á su hija, eso no es verosímil, eso no es posible que lo haga, es decir, que lo cumpla viviendo, y no cumpliéndolo el conflicto moral tiene siempre lugar, queda en pie. Carlos y Ramón no caben juntos en el mundo, y Carlos no se concibe separado para toda una eternidad de su hija. El autor ha comprendido mejor que el público esta dificultad de la obra y para salvarla ha tenido necesidad de

dejar para este acto tercero el cambio de carácter de Ramón que hasta este momento venía siendo un hombre cualquiera, como hay muchos. El ha dado lugar á situaciones de dolores, de arrepentimiento y de abnegación como no las hay en el resto del drama. Aquella escena de apartes entre Enriqueta, Ramón y Emilia, es tiernísima sobre toda ponderación. Los caracteres satisfacen poco, pero son muy naturales, muy verdaderos. Emilia es el mejor, acaso por ser el más fácil. A Carlos y Ramón hay que ponerles reparos. Enriqueta es... una madre padeciendo, y los dolores por una hija interesan como los que más. Alfredo está bien copiado. La versificación es apropiadísima al diálogo, impropia, en cambio, de un *chico* que debía de ser aficionado al lirismo. Es decir que en esta obra todas son paradojas inexplicables. El escollo en que naufragan todos los poetas nacientes suele ser la falta de experiencia y de conocimiento; y las bellezas que suelen salvarlos son un numen poético reconcentradísimo, que sale á borbotones, y una intuición de situaciones ó efectos dramáticos que, acaso disuenan y cuesta meterlos en la urdidumbre, pero que salvan siempre la obra. Pues bien; á Cavestany le falta todo lo que es propio de los jóvenes y le sobra lo que es peculiar de los viejos. ¡Vayan Uds. á fijar reglas á la inspiración y á la naturaleza!

INDICE

APLAUSOS Y CENSURAS

(VOLUMEN SEGUNDO)

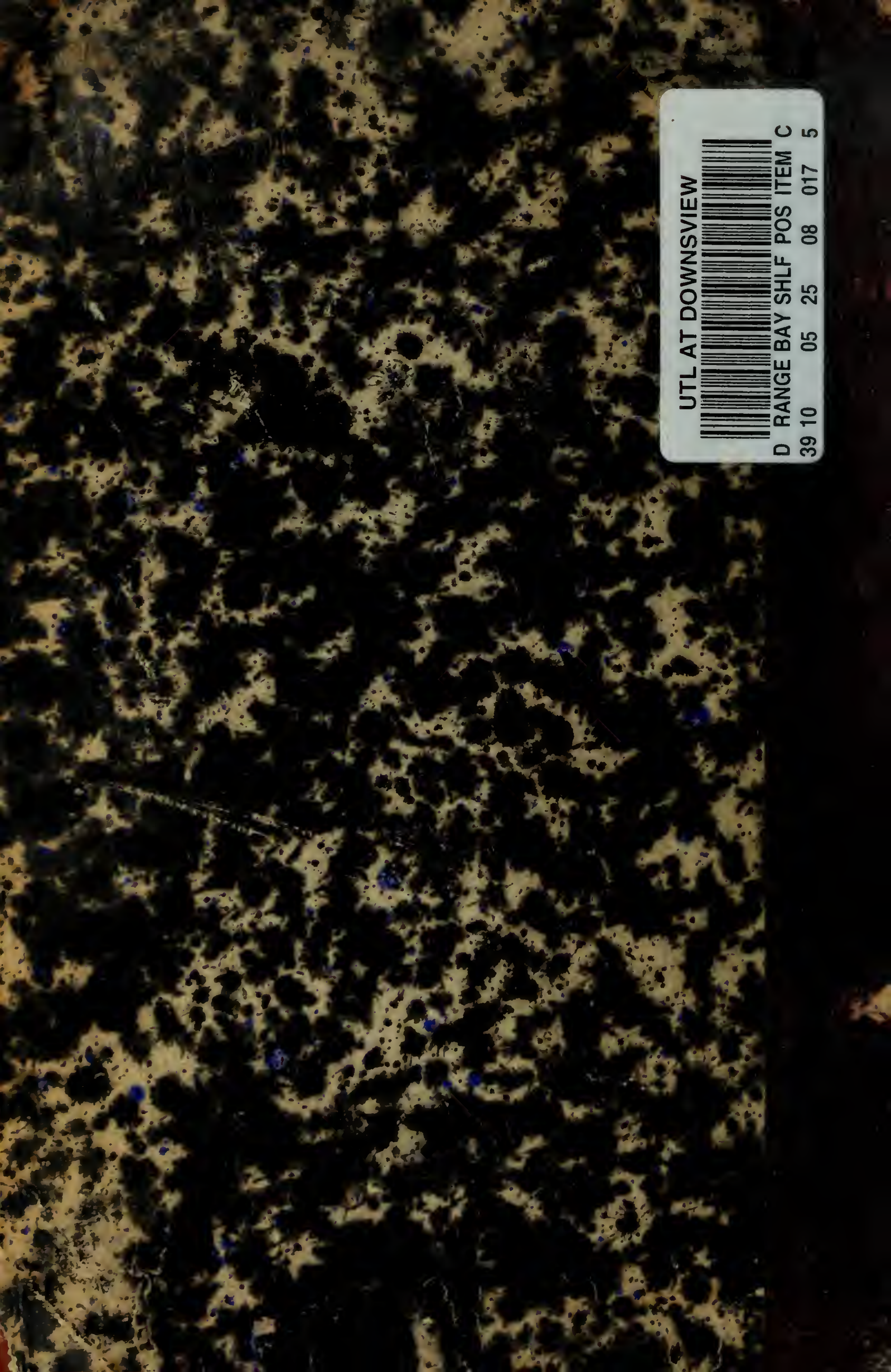


PQ 6039 H47 v.2

Herrán, Fermín
Aplausos y censuras.
v.2

PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 05 25 08 017 5